

DAVID BETANCOURT

Bebestiario



DAVID BETANCOURT
Bebestiario



RANDOM HOUSE

A la paz y a la felicidad de los primeros tragos.

Hay que estar ebrio siempre. Todo reside en eso: esta es la única cuestión. Para no sentir el horrible peso del tiempo que nos rompe las espaldas y nos hace inclinar hacia la tierra, hay que embriagarse sin descanso.

Pero ¿de qué? De vino, de poesía o de virtud, como mejor les parezca. Pero embriáguense.

Y si a veces, sobre las gradas de un palacio, sobre la verde hierba de una zanja, en la soledad huraña de su cuarto, la ebriedad ya atenuada o desaparecida ustedes se despiertan pregunten al viento, a la ola, a la estrella, al pájaro, al reloj, a todo lo que huye, a todo lo que gime, a todo lo que rueda, a todo lo que canta, a todo lo que habla, pregúntenle qué hora es; y el viento, la ola, la estrella, el pájaro, el reloj contestarán:

¡Es hora de embriagarse! Para no ser los esclavos martirizados del tiempo, ¡embriáguense, embriáguense sin cesar!

De vino, de poesía o de virtud, como mejor les parezca.

CHARLES BAUDELAIRE
«Embriáguense»

*En vista de que no podemos ser felices,
bebamos una copa, para el frío.
Una segunda, antorcha es la palabra.
Un poco más, destapemos un frasco.
Y otro. Y un tercero.
Hasta embriagarnos lo suficiente
para olvidar que duele
demasiado la vida
y que las cosas de este mundo
lloran inconsolables, silenciosas.
Aunque volvamos luego a la conciencia
con una capa menos en la voz,
con una nueva lámina de cobre en la fatiga:
mínimos personajes de un bolero
no cantado por nadie, que nadie va a cantar,
que nadie se sabrá, que nadie sabe.*

FLÓBERT ZAPATA
«Momento de gloria»

Contenido Neto
LOTE *BEBESTIARIO*

David Betancourt— Selección Especial^{*}_—

^{*}_—. El exceso de literatura de David Betancourt es perjudicial para la salud de su solemnidad. Prohíbese el expendio de este libro a lectores delicados, prejuiciosos y sin sentido del humor.

Beber para contarla^{*}_—

«La beba no es la que uno bebió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla», dudó Baguito la vez que me leyó el inicio de la novela sobre el alcohol que estaba escribiendo en la maestría de creación literaria. El director, con solo leer esa frase por encimita, le dijo que no le veía ni presente ni talento ni talante ni futuro, que no servía, punto, y le aconsejó que se dedicara a otra cosa. En ese momento Baguito pensó en retirarse de las letras. Yo lo animaba, le decía que no se desmotivara, que arrancara con nosotros para México y que allá se dedicara a escribir para que al regresar le tapara la boca a ese cucho, pero Baguito no me dijo nada y se la pasó mirando para el piso, aburrido, derrotado, y al rato se fue sin despedirse. Nosotros solo volvimos a saber de él un año después cuando me llamó.

—Virgilio, entonces hablá con los muchachos a ver si me abren un huequito en la guarida —me dijo—. Yo voy con plata, no te preocupés, pero necesito que me tengas la razón para mañana, ¿oíste bien?, para mañana, papi, que en quince días salgo para allá y...

La llamada se cortó y yo corrí para donde los muchachos. El Horacio y el Ovidio dijeron que claro, cómo no, que obvio microbio, que el Baguito estaba más que bienvenido al rancho y me preguntaron que a qué venía a México. Yo les dije que lo único que

sabía era lo único que había que saber: que venía con lana, plata, baro, billullo.

Después de muchos intentos por convencerlo de que se viniera con nosotros a México, de tantas tiradas de teléfono, de tantos desplantes, de evitarnos y evitarnos, pasado tanto tiempo, cuando ya se nos había olvidado que existía, Baguito apareció. Se había ganado una beca en la Universidad de Guadalajara para escribir una novela en un año. Sí, me había seguido el consejo: escribir fuera de Colombia, como García Márquez, Mutis y Vallejo, para que no lo frustraran, no lo despreciaran, no lo desconocieran, no lo estancaran allá y pelechara y se volviera famoso acá para luego volverse famoso allá. Pero mis palabras no fueron las que lo motivaron a venir, no no no, me dijo después, simplemente se animó dizque porque se sentía recuperado del vicio ese del traguito y no veía riesgos de recaídas.

Baguito no bebía todos los días, lo hacía de vez en cuando, una borrachera cada dos meses, o una al mes. Melo^{**}. Hasta ahí todo muy bien. Muy juicioso el hombre y lo que sea. Pero cuando probaba una gota de licor, con solo mojarse los labios, no podía parar y arrancaba como un cohete y en el vuelo derrochaba toda la plata, vendía hasta lo que no tenía y se endeudaba hasta los calzoncillos. Varias veces me tocó ir por él a un botadero de basura que como que cuando estaba farro le gustaba en la mera forma y empelota me lo echaba al hombro y lo dejaba en la casa de su mamá después de un mes entero, dos, tres, cuatro meses enteros sin descansar, sin comer bien, sin dormir bien, convulsionando a veces, o cuando tocaba lo arrastraba al hospital. Baguito bien peinado y de cachaco se volvía un señor gamín.

—Por eso no se vino con nosotros a probar suerte acá —dijo el Horacio.

—Claro, él se moría por vivir con nosotros, pero se tenía miedo; nos tenía miedo, porque él sabe que los tres hacemos barras, velitas y abdominales todos los días con una copa en la mano y nos juagamos la boca con cerveza —dije—. ¡Pero sabemos parar!

El Ovidio, el Horacio y yo teníamos alquilado un apartamento en el centro, cerca de la Universidad de Guadalajara. Como en Medellín, los tres nos dedicamos a lo que mejor hacíamos: beber. Todos los días de a dos o tres botellas. De alcohol, claro, de alcohol puro, de farmacia. No daba para más. Pero también vendíamos pulseras, artesanías y lanzábamos fuego por la boca en los semáforos. Era tanto el trago que nos metíamos que no nos hacía casi falta la gasolina. Nos poníamos el encendedor en la boca y tirábamos fuego como dragones. Con lo que nos levantábamos pagábamos los servicios y el arriendo y las botellas.

El primer día en el apartamento: una cáscara de banano en el piso. Qué juicio. El cuarto día: una cucaracha con arequipe pegada de la pared, el tarro debajo de una silla, hormigas, cáscaras de papaya, papas, melones, cebolla, tortillas a medio comer, restos de tacos al pastor, de cochinita pibil, diez platos sin lavar, la licuadora apestando, el paquete de tostadas vacío debajo de la nevera, moscas... A los quince días: olor a orín, a mierda, más cucarachas, más moscas... Eso, lo sabíamos el Ovidio, el Horacio y yo, no lo soportaría Baguito, que no tenía alma de hippie como nosotros. A él le gustaban el orden, la higiene, el aseo. Con Baguito en la casa todo tenía que cambiar.

Flotando en la basura esperábamos ansiosos que sonara de nuevo mi celular. No porque extrañáramos a Baguito, no no no, hay que ser sinceros, sino porque esas becas dan plata como maquinitas puntuales cada mes y eso nos ayudaría un chingo. Nunca, pero nunca es nunca, había esperado una llamada con tantas ansias.

—¿Qué dijeron los muchachos?, ¿qué decidieron? —preguntó Baguito.

Yo le respondí que sí, que de una, Baguito, güevón, y Baguito no dijo gracias ni qué alegría ni qué honor ni nada de eso, nada, pero sí me advirtió que tenía que escribir más de ciento cincuenta páginas en diez meses y necesitaba silencio, silencio, mucho silencio para concretar la novela. Yo le dije que tranquilo, fresco, y le pedí que trajera pues la plata para el arriendo y además, de detalle, vos sabés, unas botellitas de Anís Festivo.

—¡Yo ya no bebo! —dijo tajante—. ¡Eso es para los perdedores!

—Beber para creer —le dijo el Horacio cuando le pasé el celular, y cuadraron todo: día, hora, vuelo, dirección, cuota y todas esas maricadas.

Dos días antes de que llegara, los tres nos pusimos juiciosos a arreglar el apartacho para que Baguito no se arrepintiera y alquilara otra pieza por ahí. Sacamos costales y costales con pura basura y las cosas perdidas empezaron a aparecer: debajo de una tostada, que estaba al lado de unos calzoncillos tiesos, que estaban encima de un pedazo de carne podrida, encontré la placa de bruxismo del Ovidio que ya se estaba quedando sin encías; el Horacio encontró al lado de un mariguano intacto, que estaba al lado de lo que era un pescado, la loción del Ovidio, que mezclamos con limón y agua y nos la tomamos mientras trapeábamos y organizábamos.

Al otro día, cuando terminamos, fuimos a la peluquería porque estábamos criando piojos en la bezaca y hasta nos afeitamos y todo porque teníamos que estar bien pispos para recibirlo, pues, por un lado, no veíamos a Baguito hacía rato y, por el otro y más importante, esas becas dan muy buena plata como para recibirla en mala facha. El apartamento y nosotros quedamos divinos.

—Esas becas mantienen a los perezosos que no quieren trabajar —dijo el Horacio.

—Dizque pagarle la vida a un bobo todo un año para que escriba un libro. Definitivamente no saben en qué botar la platica —dije yo.

—Darle billete a un borracho colombiano para que mantenga a sus amigos borrachos colombianos y escriba güevonadas, en vez de dejar ese billete para emborrachar a los del propio país —dijo el Ovidio.

Estábamos felices por la visita de Baguito y por eso una de las dos piezas del apartamento, la más bonita, la separamos para él. En la otra dormirían el Ovidio y el Horacio. Yo, en el baño, porque era el que más vomitaba. Ansiosos lo esperábamos, pero Baguito se tardó dos días más en llegar porque tenía una cita con un experto en letras y licor que lo iba a asesorar en la escritura de su novela. En esos días no dejamos caer el rancho y el día antes no nos tomamos ni un pinche trago para que el hombre no nos encontrara bebidos o enguayabados.

Baguito se reunió con Donald Goodwin, nos contó después, un siquiatra de la Washington University que estaba de visita en Medellín porque quería probar la bandeja paisa. No tenían una cita. Baguito le siguió el rastro. Cuando lo vio en el restaurante se le

acercó a la mesa y le habló de su proyecto de novela y de su problema con el licor, ya superado.

—Escribir es una forma de exhibicionismo —le dijo Goodwin—, el alcohol desinhibe y saca fuera ese exhibicionismo. Escribir requiere interés en la gente, el alcohol incrementa la sociabilidad. Escribir implica imaginación, el alcohol promueve la fantasía. Escribir requiere confianza en uno mismo, el alcohol genera esa sensación. Escribir es un trabajo solitario, el alcohol mitiga la soledad. Escribir demanda una intensa concentración, el alcohol relaja.

Escuchando al Goodwin ese, Baguito sintió como si una gota de guaro le bajara por el guargüero quemándolo ricamente. Tragó saliva y sintió deseos incontrolables, que controló, de beber y de escribir al mismo tiempo, y salió corriendo sin despedirse ni nada, sin pagar el chorizo que se había comido, pues no se podía permitir esos pensamientos. Él sabía que una sola gota le arruinaría sus planes. «Yo soy alcohólico», se dijo, «y por eso no bebo». Y se dio unas palmaditas en la espalda para animarse a no animarse a aquello porque jum.

El día que llegó casi nos morimos del susto cuando escuchamos tres patadas contra la puerta y un silbido que nos aturdió.

—Vas a tumbar la puerta, hijueputa; entrá, entrá, querido —le dijo el Ovidio.

Lo recibimos con una fiesta. Claro, sin trago para él. Nosotros tomábamos al escondido. Es más, no tomábamos, se lo habíamos prometido. Remojábamos tampones en tequila y nos los poníamos en el culo. Esa era la moda. Así emborrachaba más y absorbíamos menos, y no daba tufo, por lo menos en la boca.

Los primeros días fueron calcados: apartamento aseado, borracheras con tampón, silencio, calma, Baguito escribía juicioso su novela encerrado en la pieza, nosotros salíamos todos los días a vender artesanías y a tirar fuego en los semáforos. Yo les propuse al Horacio y al Ovidio que ya no tiráramos fuego por la boca, que lo tiráramos por el culo y nos cagáramos en plata. El Horacio y yo cocinábamos, el Ovidio lavaba los platos y Baguito, muy juicioso, arreglaba el apartamento. Con la plata de la beca comprábamos pizza, tacos, tortas ahogadas, enchiladas, chilaquiles, tampones, alcohol, a veces tequila y caguamas al soco, cigarrillos, pagábamos el arriendo.

A los meses Baguito llegó a la parte final de su novela, un mamotreto de hojas de bloc que subía casi un metro en un rincón de su pieza, intimidante, y dejó de preocuparse por la única labor que le correspondía en el apartamento: asearlo. Solo escribía y escribía. Baguito estaba ahí metido, ensimismado, lapicero, hoja, lapicero, hoja y su mundo real dejó de existir. Se lo tragó su historia. Su ficción. Y todo volvió a la normalidad de antes: bananos, cáscaras de banano, pepas de aguacate, tortillas, bolsas de tortillas, cajas de pizza, sobras sobre sobras, sobredosis de sobrados, tarros, latas, vidrios, platos sucios, mugre, hongos, cositas andantes, moscas... inundando el apartacho. Ratoncitos caminaban por ahí, como uno más de nosotros.

—Baguito está como ausente, y nos oye desde lejos, y nuestra voz no lo toca. ¿Lo han visto? Se lo tragó la novela y la pieza: ya ni sale —les dije a los muchachos.

—Es verdad, Virgilio, se lo tragó, y si sigue así el exalcohólico amargado ese nos va a tragar es la puta basura —dijo el Ovidio.

—Sí, a lo bien, Ovi, tenés razón, ya me llega al ombligo esta marica y me hace cosquillitas; mirá, parece pantano movedizo —dijo el Horacio.

—Y el perro callejero que trajiste la otra vez, tu mascota, Horacio, ¿qué se hizo? —le pregunté.

—Se esfumó —dijo.

El Ovidio, el Horacio y yo dejamos el método de alcohol con tampón y volvimos a la beba por la boca, pues la actitud de Baguito, su dejadez, su displicencia con las labores del hogar, nos daban licencia. Él había cambiado, había empezado el desorden. De todas formas, no queríamos que viera las botellas, por su bien.

—No choquen las copas, muchachos, hagamos la bulla callados —les dije.

—Sí, porque sale, nos ve, y va a recaer, pobrecito —aseguró el Ovidio—. Porque Baguito pisa una lata de cerveza y se emborracha, y no para de bogar hasta dentro de un año.

—Se emborracha viendo la etiqueta de la botella —dijo el Horacio apartando un pedazo de pan como piedra que entre la basura llegó nadando donde él—. ¡Los capuchos de la Universidad de Antioquia harían maravillas con este pan!

—Mandá a ver, tiralo suave —le dije al Horacio y él me lo tiró con mañita—. Con un arsenal de estos se toman la Casa de Nariño.

—Apenas para darle un panazo a Baguito para que reaccione y arregle este hueco antes de que nos trague la basura, para que vuelva a la vida social, a la vida real —dijo el Ovidio.

—Está en su nota el Baguito, yo lo entiendo, sisas, y nosotros no deberíamos tentarlo. Si nos ve tomando, si sale y nos ve se pega de la botella y no para más hasta que quiebre a la universidad, hasta

que se gaste el último peso de esa puta beca —dije y seguimos bebiendo.

Baguito lo sospechaba. Por eso cada vez que iba a salir de la pieza le pegaba tres patadas a la puerta y luego silbaba, así, todas las veces, como la vez que llegó, para que dejáramos de hablar mal de él y escondiéramos el trago.

—Que les alimente, muchachos —dijo una vez—. ¡Estoy a dos capítulos!

—Suerte, mi Baguito, el próximo Nobel de Literatura es tuyo, papi —dijo el Horacio mientras nadaba de espaldas y en calzoncillos con un bareto en la boca por la sala del apartamento.

La basura estaba a un metro del piso y a pesar de que Baguito era tan quisquilloso y tan pulcro no se quejaba, ni mu, no podía hacerlo, porque la tarea del aseo le tocaba a él. Pero eso a nosotros no nos afectaba del todo, ni cinco, más bien; que llegaran los escombros hasta el cielo si querían.

Cuando le faltaba un capítulo para terminar su obra literaria, uno corto, Baguito salió de la pieza sin pegarle tres patadas a la puerta ni silbar y nos sorprendió jugando al que más rápido se bogara media de alcohol parados en las manos sin hacer caras, y se le abrieron los ojos y las fosas nasales se le abrieron y se le infló el guargüero y el tembleque le llegó a las manos y el sudor le llegó a todo él y un tic se le medio instaló en un pómulo.

—Hoy los acompaño, hoy sí, pelaos, suave, dos traguitos, dos dos, un plon, y ya, sale pa pintura, porque necesito aire para entrar con toda a rematar la novela —y se estiró—. El beber me llama.

—¿Y cómo termina la novela?

—No sé, Virgilio, hay que pensarle, pero lo duro ya pasó; ahora nomás es cerrar la historia de cada personaje, una página por cada uno, ciento veinte páginas y listo calisto —dijo y cruzó las piernas como los escritores.

—Qué bueno, Baguito, felicitaciones. ¿Y la novela también se lee en desorden como la de Cortázar o vos sí la pensaste mejor? —dijo por decir el Ovidio y le pasó el trago para que se acabara de una vez y Baguito mandara por otra botella.

A Baguito en los meses en México se le soltó la mano, se le excitó la imaginación. Su novela era tan extensa como *En busca del tiempo perdido*, que en la edición que él había traído tenía 3.031 páginas, ni más ni menos. Para qué más. Una semana atrás la novela había alcanzado 1.225, las mismas de *Guerra y paz*. Dos días después, iba volando el hombre o la musa se la estaba escribiendo, llegó a 1.488, como *Los miserables*. Al día siguiente, es que estaba suelto Baguito, inspirado, a 1.560, como *El hombre sin atributos*. Y en dos o tres días duplicó el número: 3.031 páginas. ¡Qué hijueputa desparche! El Ovidio, el Horacio y yo las contamos mientras Baguito estaba pegado sacándole sangre a la botella.

—¿Y toda es sobre el licor? —preguntó el Ovidio—. ¿O le metés erotismo, terror, violencia, superación, no sé, ligerezas estilo Noazara Abadcillo Klinkert, tonterías tipo don Héctor, falsas profundidades tipo la Pili Quintada, chistecitos flojos tipo David Betanculo, chumbimba ventiada tipo Pose Franco, algo ameno, algo leíble?

—Sobre el trago, Ovidio, sí, sobre personas que superaron la enfermedad del licor, ¡¡¡como yo!!! —dijo Baguito y se empujó otro chorro—. Y lo mejor es que en el proceso de escritura aprendí que

cuando uno bebe debe saber frenar para no desbocarse y que el que nada bebe, nada teme.

—Qué bello lo que decís, Baguito, me alcancé a emocionar. Esa novela, te lo garantizo, esa novela te va a dar plata a lo loco y vas a poder comprar todo el trago del mundo —dijo el Horacio para que se motivara y mandara por más trago.

—El que escribe para beber ni escribe ni bebe, Horacio —argumentó Baguito, y se fue a su pieza apartando la basura con las manos, en estilo perrito, y enseguida llegó con la primera hoja de la novela, la misma por la que el profesor de la maestría de escritura le había dicho que no tenía talento y que se dedicara a otra cosa, punto, que nos leyó emocionado—: «La beba no es la que uno bebió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla...».

Desde ese día y durante muchos más estuvimos bogando con Baguito sin salir del apartamento, escuchándolo hablar apasionado de su obra maestra. El Ovidio, el Horacio y yo salíamos a la calle de vez en cuando, no a trabajar, ni más faltaba, sino por botellas de trago cuando Baguito mandaba por ellas. Nos intercalábamos las dormidas para no dejarlo solo y en todo ese tiempo lo vimos cerrar los ojos apenas unos minutos y a duras penas se embutía un banano o un mango, y aunque repetía que no estaba borracho, que solo estaba prendidito, iluminado leve, no diferenciaba entre un carro y un loro.

—Baguito nos va a dañar, a lo bien —dijo molestando el Horacio cuando Baguito fue al baño—. Desde que superó la sobriedad, le ha dado parejo y ya no le falta sino tomarse la Embajada y el Palacio; se quedó sin frenos.

—Y si nuestro ángel recaído se muere borracho, de sobredosis, ¿quién va a pagar el arriendo y va a invitar a beber? —dijo el Ovidio.

—No es por nada, muchachos, pero esto ya es preocupante: Baguito abandonó la novela y no volvió a la universidad a dar razón del avance —dije—. Tenemos que ayudarlo, regenerarlo, nos necesita.

Lo esperé afuera del baño y le insistí que parara y continuara con su novela que estaba a punto de terminar y le prometí que apenas le pusiera el punto final armábamos una guachafita a lo grande y celebrábamos con lujo de detalles, con hembritas bien buenas y todo, pero Baguito no me paró bolas y siguió bebiendo con los muchachos y diciendo a toda hora que todo o nada, nada a medias, que qué gracia tomar solo por tomar, para socializar, para entonarse, ilas güevas!, que había que tomar para descualquierarse, que para eso estaba hecho el trago, para ver al diablo. Le dije que dejara de hablar tanta mierda y que mejor se durmiera o arreglara el apartacho para que distrajera la mente, que recapacitara, que tenía una deuda con la universidad y sobre todo con la literatura y con los lectores, que si seguía tomando su carrera de escritor se iba a ir al carajo.

—Malcolm Lowry escribió su obra borracho y decía que con una mano escribía y con la otra se sostenía. Tomaba desde ginebra hasta formol —se justificó Baguito—. ¿Entonces?, ¿entonces cuál es el problema?

—Sí, es verdad —le dije—, pero murió de beber y dejó gran parte de su obra inacabada. ¿Vos también vas a dejar empezada la novela?

—No exagerés, Virgilio, no exagerés... Wilde, Baudelaire, Álvarez de Azevedo, por ejemplo, tomaban absenta, absenta, Virgilio, un destilado que sirve para desinfectar heridas, para volar aviones, porque aseguraban que los ayudaba a inspirarse, y mirá que lo que escribieron esos manes no es cualquier borrachera.

—Decime, Baguito, decime, ¿sin alcohol no tiene sentido la vida y no se puede escribir?

—No tiene sentido, Virgilio. A mí fiesto la escritura me fluye: bebo para contar. Y bebo, luego vivo, esa es mi filosofía. Es más, Hemingway, tremendo borracho el Hemingway, decía que tomaba alcohol para hacer a las otras personas más interesantes, porque sin alcohol todos eran un montón de idiotas y no valía la pena ponerlos en una historia. Rimbaud, Poe, Li Po, Kerouac, Lowry, Fitzgerald, Greene, Gunter Grass, Faulkner, Catulo, Chandler, Carver, Marguerite Duras, Capote, Burroughs, Bukowski, Baudelaire, Hemingway, Dostoievski y los demás, los mil más que olvido y que bebían como loco empastillado, le deben sus obras al trago. Por culpa del trago escribían tan bien —continuó justificándose Baguito—. James Joyce, te cuento algo, Virgilio, paren orejas ustedes también par de hijueputas: a Joyce lo cantaletiaba la mujer todo el día, como a mí vos, Virgilio marica, porque tomaba mucho y se distraía de la escritura de sus libros. Dejó de tomar, se mesuró el enchimbao ese y ya la escritura no le fluía, se estancó, entonces comenzó a beber a escondidas de su mujer, ya no absenta, pero sí vino blanco, y escribió el *Ulises*, nada más y nada menos. Pa que vayan a ir viendo, muchachos. El *Ulises*. ¡Más Dionisios, menos Apolos!

—«Bebo para contar»; qué frase tan hermosa, Baguito, me paró los pelos y todo, pillá, me ericé —dijo el Horacio para que Baguito se

sintiera importante y siguiera gastando trago—. Y si seguís así te van a encargar novelas y novelas, como si fueras una fábrica de novelas, y vas a contar para beber.

—Danzad al soplo de Dionisios que embriaga el corazón y me pone de lo más tierno, de lo más amplio, de lo más papi, de lo más japi, y la contentura, muchachos, la seguridad, el poder, el control, la euforia, la desenvoltura, el no miedo, la genialidad alborotada... ¡Soy Dios, hijueputa! ¡Estar sobrio está más sobrevalorado que el gomelo ese de Cuál Gabriel García Vázquez! A lo bien. Sisas. ¡La única esperanza es el último trago! ¿Y el guayabo? Que coma mierda ese hijueputa. El guayabo se evita bebiendo, no dejándolo llegar, privándolo de su existencia, aplazándolo hasta la muerte si se puede... Para el guayabo... Para el guayabo este tema, hijueputa —y empezó a cantar a todo taco «El desayuno de Luisito Rey», tango del cantautor colomboargentino Luis Miguel Birras—:

*Un pan mojado en licor
a las seis de la mañana
rebaja un poco el temblor:
jirones de la jarana.
Sorbo a sorbo abro un Edén,
íntimo, intenso, infernal,
¿por qué me siento tan bien
mientras me siento tan mal?
Me elevo mientras me hundo,
confundo cielos y abismos,
para torear al mundo
hay que engañarse a sí mismo.*

*Doy otro sorbo y sonrío,
soy el Gran Emperador,
soy el mar, todos los ríos,
Dios cuando fue perdedor.*

De tanto insistirle y reprocharle Baguito se acostó cantando el tango. El Horacio, el Ovidio y yo también dormimos un rato y antes de irnos a trabajar después del largo receso, todavía prendidos, escondimos las botellas. Baguito se quedó juicioso arreglando el apartamento. Cuando regresamos en la noche no estaba por ninguna parte. Entonces salimos como locos y lo buscamos en las ollas de vicio, en los parques, en los bares, donde las taspu, en los cines nopor, en las iglesias cristianas, en Alcohólicos Anónimos, en las canecas de basura, en las cañerías, en los árboles de mango por si de pronto se había quedado dormido cogiendo el pasante... A los ocho días pusimos el denuncia en la policía.

—El trago es muy bravo: engresiva a unos, enmarica a otros, destruye novelistas —dijo el Horacio.

—Perjudica a la familia —dijo el Ovidio—. O si no vean: ¿quién ahora nos va a pagar el arriendo?, ¿quién nos va a emborrachar? ¡Dios mío! El alcohol es lo peor. ¡¿Quién nos va a emborrachar?!

Pasó un mes y ni rastro de Baguito ni de su tarjeta débito Bancomer. Yo miraba el arrume de hojas en su pieza y me preocupaba, se lo había advertido hasta el cansancio, porque lo iban a despachar de la beca y le tocaría devolver ese mundo de plata que se había gastado en la estadía en Guadalajara y, si estaba vivo, la que se estaba gastando. Así que me arreglé y fui a la universidad de mi amigo muy bien organizado.

Me presenté como el acudiente de Baguito y un señor barbado, su asesor, me informó que el plazo de entrega de la novela, terminada, joven, terminada, hágaselo saber al enfermo, terminada, me insistió, terminada, se cumple el viernes, en tres días, dijo. Era muy poco tiempo: primero para que apareciera Baguito y recuperarlo del trajín y segundo para que escribiera el final de su obra literaria. Angustiados, el Ovidio, el Horacio y yo esperábamos todos los días las patadas en la puerta y el silbido característicos, pero a nuestro héroe se lo había tragado la tierra. Entonces al Horacio se le ocurrió una idea. Mientras buscaba un diente que se le había caído intentando abrir un corozo en la pieza de Baguito, entre los escombros encontró un billete y propuso contratar a una señora para que arreglara el apartamento.

—¿Qué tal que Baguito esté perdido entre la basura? —dijo el Horacio.

—Si la señora lo encuentra, de una lo metemos en agua fría y lo ponemos a escribir, lo obligamos si toca, le guiamos la mano; faltan tres días y Baguito es veloz —dije emocionado porque que Baguito estuviera entre los escombros no era tan descabellado que digamos.

Mientras la señora arreglaba el rancho, el Horacio, el Ovidio y yo nos sentamos afuera a leer el manuscrito de Baguito. Era, según lo poco que sabemos de literatura, una excelente novela. Ciento veinte personajes, prosa volada y bella, estructura impecable, manejo envidiable de la oralidad y de los diálogos. Dos días nos tardamos en terminar la lectura, sin parar, día y noche.

—¿Nada que ve a un muchacho? Si lo encuentra nos pega el grito, doña, estamos afuera, nos avisa —le dije varias veces a la señora del aseo.

Discutiendo sobre la novela, era evidente, concluimos que le faltaba el final, el cierre, el totazo. Yo propuse que lo redactáramos entre los tres. Cuarenta páginas cada uno, una por personaje. Pero mi propuesta fue descartada de inmediato, pues eso era imposible por lo complejo de la obra. Una sola hoja, una sola, escrita por otra mano sería identificada al instante, porque la novela estaba hecha con un estilo único, inigualable, inimitable.

—¡Está vivo, está vivo, chapalea el cabrón! —gritó la señora del aseo.

Todos salimos corriendo para adentro y de los escombros la doña sacó al perro callejero que una vez el Horacio había llevado. Verlo salir entre el tumulto de basura masticando una tostada que en sus años mozos había sido un pan blandito nos llenó de esperanzas porque Baguito también podría estar por ahí. A los pocos días el apartamento quedó impecable, pero nuestro amigo no apareció. Su familia en Colombia estaba desesperada, angustiadísima, qué pecao, pero yo los consolaba diciéndoles que se tranquilizaran, que contaran hasta diez, que Baguito no demoraba en aparecer, que se le había alargado la fiesta nomás. Al año de su desaparición la mamá hipotecó la casa para pagarle la deuda a la pobre universidad que se estaba quebrando de tanto llamar a Colombia.

—Qué pesar de la familia de Baguito, pero seguro aparece este loco cuando se dé cuenta en las noticias de la noticia, de la gran noticia, cuando le lleguen con lo del Rómulo —dijo el Ovidio y yo dije que sí, ojalá, pero por dentro, y por mi bien, deseaba que no apareciera nunca.

Con calma, el Horacio, el Ovidio y yo digitamos la novela. Nos demoramos varios meses. Cuando terminamos, como no teníamos

talento para escribir páginas y páginas y darle un digno remate, como no teníamos habilidades para mantener el estilo, el tono y esas carajadas, yo sugerí que la cerráramos en dos renglones. El Ovidio y el Horacio me encargaron de darle el final. Confiaban en mí.

—En un bus gigante, oigan pues, de cuatro pisos, voy a montar a los ciento veinte personajes del libro, a los borrachos esos. A Alelí, el poeta, lo voy a poner a conducir el bus. En eso me gasto un renglón... —les dije y luego les conté el final final, no va más, el totazo, el guarapazo, el segundo renglón, y los muchachos se pusieron muy contentos.

—Uy, Virgilio, güevón, iqué final!, te luciste, marica. Mejor que toda la novela ese final —dijo el Ovidio.

—El Nobel, ese final se gana el Nobel facilito —dijo el Horacio y me cargaron como a un muñeco.

Con la novela publicada en una editorial de un amigo de Baguito me gané el Premio Internacional Rómulo Gallegos y con la plata contraté a la señora del aseo para que nos arreglara el rancho todos los días y nos cocinara cosas ricas, cambié de ropa y a los muchachos les regalé relojes, lociones, zapatos, celulares, tatuajes... Cambiamos de trago y de vez en cuando nos visitaban las chicas superpoderosas y organizábamos fiestas a lo grande en el apartamento. Empecé a salir en los noticieros, en las listas, a figurar entre los listos, en la radio, en los periódicos y también, hay que ser humildes, en las revistas indexadas que nadie lee. Mucha gente me quería conocer, me pedían autógrafos en el bus, me sobaban chaqueta escritores para que los impulsara, alcohólicos para que los emborrachara, me entrevistaban viejitos barbados y yo les hablaba las estupideces que le había escuchado a Baguito. Les decía que en

la literatura había que asumir riesgos porque si uno no asume riesgos para qué escribe, ¡qué maricada!, que no bastaba con contar una historia y ya, que había que atreverse, soltarse, tirarse al vacío, reírse de todo, de todos, hasta de la literatura, criticar, jugar, ironizar, sarcastiar, transgredir, decir bobadas al lado de trascendentalidades, inventar, burlarse de lo solemne, de lo bello, de las frases hechas, de lo artificioso, de las metáforas y los adornos, de los livianitos pesos pesados de nuestras letras patrias, apostarle a la gracia, al desparpajo, a la espontaneidad... «Ya pasó el siglo XVI», les decía, «aunque no parezca, ya pasó», y me paraba de la silla y me iba o les tiraba el teléfono cuando estaba hablando por teléfono.

En las parrandas recordábamos a Baguito, cómo no, pues había puesto su granito de arena en la construcción de mi gran éxito. Por eso, en gratitud, luego de que la crítica literaria y el público (que, ¡cosa rara!, esta vez coincidieron) me pidieran insistentemente una nueva novela, me apuraban, prometí en una entrevista que mi próxima obra, en construcción, sería la historia de Baguito: un amigo y escritor frustrado, un perdedor perdido, embolatado, en la hijueputa. Y el público me quería, hasta los niños, hasta los retrasados, porque en mi éxito me acordaba de los amigos perdidos y perdedores.

—Orgullosa se va a sentir Baguito cuando vea que *su* novela se la dediqué a él, que este libro está dedicado a él —dije esa vez borracho en el evento de premiación del Rómulo Gallegos, pero nadie dijo nada, nadie preguntó por ese *su* tan zafado y sospechoso, o nadie escuchó bien, eso parece.

Pero yo no sabía que la plata se acababa tan ligero. La derroché. Se me escapó en gastos. Y el Ovidio y el Horacio me acosaban a

escribir la novela prometida porque no soportaban vivir sin opulencia. «Cualquier cosa que escribás», me decían, «como ya sos famoso, cualquier bobada que escribás tipo Mario Mendiozan va a ser todo un éxito en ventas». Pero yo no podía escribir con tanta bulla, con borrachos en el apartamento tentándome a beber para contarla. No podía. Necesitaba privacidad y los muchachos lo entendieron. Entonces el Ovidio y el Horacio organizaron la última fiesta en el rancho para que luego me dedicara tiempo completo a escribir y no me distrajera con el alcohol, que acaba con los novelistas.

Entraron las hembritas y la más linda preguntó que quién era el escritor famoso. Yo levanté la mano y todos en coro gritaron Virgilio, Virgilio, Virgilio, Virgilio... Yo también corié mi nombre mientras me señalaba. En la pieza, antes de empezar, sin ropa, ya listos, la muchacha, la mejor que había visto en la vida, me contó que ya había atendido a dos Nobel, a un Cervantes, a un Random y a medio Planeta, que le había hecho la caridad a un ganador de La Cueva, que no había tenido la dicha de acostarse con un Rómulo ni con un Herralde, tampoco con un Alfaguara, pero que los Alfaguara no le interesaban por frívolos, banales, y me pidió que le contara la novela. Yo la tocaba y le contaba, todo parolo. Tomaba, la tocaba y le contaba. El Ovidio y el Horacio bailaban en la sala con las otras peladas empelota y bebían. El teléfono lo habíamos desconectado porque no dejaba de sonar y no queríamos que nos interrumpieran los periodistas, los críticos literarios, los del club de fans, los niños enfermos que llamaban día y noche a preguntar por mi próximo libro o a escuchar mi voz o porque se sentían solos. Yo me le encaramé y

le hacía maromas mientras le contaba. Estaba en el clímax, pero ella quería el final.

—El bus arranca con los ciento veinte personajes borrachos. Bailan en el bus, se van conociendo, cantan, se integran, hablan del asado que van a hacer en la finca y en un abrir y cerrar de ojos de Alelí, el poeta que conducía, el bus se va por un precipicio y adiós a todos — dije y ella tuvo un orgasmo.

Más de noche nos tiramos todos en el piso de la sala a hacer cositas, a leer muchas veces el final de la novela, a disfrutar de la última fiesta, de la poquita plata que quedaba del premio, y en esas estábamos cuando escuchamos un silbido y tres patadas contra la puerta que casi nos matan del susto, pero no abrimos, ya estábamos completos.

*. Ganador del V Premio Nacional de Cuento La Cueva, 2016.

**. Si usted no es de Antioquia, este libro incluye un recargo del 15% vol. de confusión. Palabras como melo, chorro, chuspa, chacotiar, caletto, melosiar, enchimbao, embambado, bacaniaio, agüevado, foquiaio, gonorrea, guachapanda, guachafita, cajetiar o goliar han sido destiladas a una pureza del 100%. Si no las entiende, no busque un diccionario; tómese un trago y deje que el contexto lo emborrache. El contrabando de estas palabras a otras regiones está permitido bajo su propio riesgo de parecer un chirrete bataniador.

La rebelión de las rascas

—Querer, poder y quedarse con las ganas, eso es fidelidad —dije y al ratico Jesús empezó con el tema de las ratas.

Esa noche juré en el bar que jamás había sido infiel y aseguré que nunca lo sería. Todos juraron y aseguraron lo mismo. Antonia hasta se alargó hablando pestes de los infieles: que todos eran unas ratas, dijo, e incluso los comparó con los nazis. El caso es que cuando abrí los ojos al otro día, tal vez por el exceso de mezcal o por culpa del destino que no lo deja a uno en paz, vi al lado de mis calzoncillos en el piso unas tangas pequeñitas y varios condones usados o, por lo menos, conociéndome, fuera de sus empaques. En ese motel, a mi lado, estaba Antonia, precisamente, la enemiga número uno de los infieles y la mejor amiga de mi esposa Emma.

Sin remordimientos me quedé mirando a Antonia varios minutos como para aprendérmela de memoria para cuando tocara coger con Emma. Tenía unas nalgas impresionantes y unos pechos y unas piernas y un abdomen que cuando los recuerdo me pongo nostálgico, me duele la vida, porque la belleza duele cuando le pertenece a alguien que uno no puede tener. Antes de que despertara, estaba profunda, roncaba de lo más sensual, quise hacerle lo mismo que le hice en la noche y no recordaba, para recordarlo toda la vida. Pero no, esa no era una buena idea. Se iba a despertar y al verme haría un escándalo, llamaría a Emma a contarle

todo y a la policía acusándome de violador. Entonces opté por vestirme e irme, pero cuando moví la cobija Antonia abrió los ojos.

En el momento que me vio, estoy convencido de eso, lo primero que se le vino a la cabeza fue Emma y luego su esposo Jesús. Yo le sonreí y Antonia, sin mirarme, sin decirme una sola palabra, ni gracias siquiera, por lo de anoche, muñeco, metió la cabeza debajo de la cobija escondiéndosele a la conciencia o a llorar o a espiarme, dejando el cuerpo descubierto. ¡Jueputa!, dijo Antonia, no me hagás esto, y empelota salió disparada para el baño. Ni recogió los condones ni me dio un besito de buenos días ni nada. Mientras se bañaba con la puerta abierta, ni cantó. En ese momento, por su actitud, sentí terror de solo imaginar que Antonia le confesara todo a Emma. Yo estaba sin trabajo, sin plata, sin nada y no tenía cara para regresar a la casa de los viejos a los cuarenta años, sabiendo que me había ido de allí a los treintainueve y medio.

Antonia era la mujer más leal del planeta, eso lo había dicho en el bar mientras hablábamos de las ratas, y en cuestión de horas había sido desleal tres veces: desleal con Jesús, desleal con Emma y desleal con ella misma, con sus principios. Entonces qué se creía. Desde la cama la miraba bañarse y ella me miraba feo y como arrepentida, pero con ganas de repetir. Salió del baño y delante de mí comenzó a secarse y yo dejé de pensar en la mentira que inventaría para Emma y en las posibilidades de que Antonia no aguantara la conciencia y estallara y contara todo y todo a la mierda. Había suficiente tiempo para eso. Recogió su ropa del piso, regada por toda la pieza, y cayeron aleluyas.

Es que en la noche nos reunimos en el bar para celebrar mi cumpleaños. No recuerdo bien quiénes estábamos. Solo que

entramos y nos sentamos en una mesa en la que había una botella de mezcal y una torta con cuarenta velitas. Luego sonó la canción del cumpleaños feliz que los vuelva a cumplir que los siga cumpliendo y no sé en qué momento ya íbamos en la segunda botella. Al principio hablamos de la época del colegio, de cuando éramos jóvenes, de planes de hijos y de más cosas sin importancia. Yo estaba al lado de Antonia en la mesa, y al lado de ella Jesús, y a mi lado Emma, tranquilos, más bien callados. Los demás, no recuerdo quiénes, estaban dispersos por ahí, felices, libres, muy felices, y los entiendo: estaban solteros.

A Carlitos, el único que recuerdo, lo vimos besándose con una mujer madura, lo que se dice madura. Veinte años tiene Carlitos, y ella, de vestido rojo, tacones altos y un saco tejido a mano, unos sesenta, bajita la mano. Al momentico la despachó y en menos de dos horas besuquió a medio bar. No le faltó sino besar al mesero. Y fue por Carlitos que empezamos a hablar de la infidelidad y así fue llegando el tema de las ratas.

Jesús, que cuando toma se le alborota la cantaleta y no le gusta ver feliz a nadie, llamó a Carlitos y lo reprendió dizque porque estaba jugando con los sentimientos de las mujeres y rompiéndole el corazón a la señora del saquito hecho a mano que estaba rozando la muerte y que la fidelidad, la fidelidad, la fidelidad, le repetía. En ese momento Jesús me agarró del brazo, ya tenía agarrado el de Carlitos, y me preguntó que qué era para mí la fidelidad.

—Querer, poder y quedarse con las ganas, eso es fidelidad —dije.

Enseguida le ordenó que se sentara, lo sentó a la fuerza, más bien, y en esas empezaron a llegar a la mesa servilletas con números telefónicos para Carlitos y niñas que lo invitaban a bailar y

a conversar, pero él se quedó ahí anclado, porque respetaba a Jesús, con ganas de mandarlo al carajo, escuchándole sus consejos y recriminaciones. Después Jesús empezó a hablar de las ratas y a Carlitos se le acabó la vida social y amorosa.

—¿Recordás lo de las ratas? —me preguntó Antonia mientras barría con los pies las aleluyas del piso, empelota.

—¿Ratas? ¿Viste ratas? ¿Dónde? —dije embobado mirándole la marquita del bikini que deja el bronceado.

—Las ratas de las que habló ayer Jesús, bobo, las que toman mezcal —y me dio la espalda y se agachó a coger algo y uy—. ¿Qué pensás?

—¿Qué pienso de qué? —le contesté sin ganas porque Antonia tenía las tangas y los brasieres en la mano y como ganas de vestirse.

—¿Qué pensás de la fidelidad ahora luego de todo?

—No te los pongás —le dije con cara de por favor no—, hablemos del tema así, sin ropa, como personas civilizadas.

Antonia desfiló por la pieza hasta llegar a un vaso de mezcal que había quedado de la noche, se lo bogó y se metió debajo de la cobija y se acomodó de lado, dándome la espalda, y cuando pensé que me iba a pedir que hiciéramos la cucharita dijo que era obvio que Emma, preocupada, la había llamado a ella a preguntarle si sabía algo de mí, ¡y el celular apagado!, y Jesús, angustiado, celoso, me había llamado a mí a preguntar por ella, ¡y mi celular apagado!, y entonces teníamos que inventar una mentira que pareciera verdad y vivir de ahora en adelante como si nada hubiera pasado.

Esperando ganarme un caliente premio de Antonia por mi creatividad para la mentira la llevé con la imaginación a la noche

anterior y le pedí que se grabara muy bien esto: en vista de que nuestro conductor elegido estaba muy tomado, yo había asumido la irresponsabilidad de manejar borracho así estuviera lloviendo, con tan mala suerte que el carro se atascó en un pantanero miedoso, horrible, y cuando nos bajamos a intentar solucionar el problema llegó la policía, que así como así yo ni sé cómo montó el carro en una grúa y nos llevó al calabozo por borrachos, irresponsables, pudieron matar a alguien, matarse ustedes.

—Casi nos matan esos salvajes, que no respetan, Antonia —le dije con decisión para ir volviendo la mentira verdad—, que abusan de su poder, e incluso te estrujaron, imalparidos!, nos trataron muy mal, groseros, y ni nos dejaron llamar a nuestros amados esposos, y para colmo, para colmo, nos apagaron los celulares.

Luego, por petición de Antonia, nos pusimos a recorrer la noche real con los recuerdos para no fallar ni contradecirnos. Lo que yo recordaba, Antonia no, y viceversa. En ocasiones el recuerdo no nos llegaba. Lagunas. Baches. Solo recordábamos del grupo a Carlitos, a ninguno más, que al final de la noche, cuando Jesús dejó de hablar de las ratas, se fue a aprovechar el tiempo perdido, a beber como loco, consciente de que al rato, como pasó, iba a estar convulsionando afuera del bar, acompañado por sus admiradoras que le hacían barra para que vomitara más; y a Jesús y a Emma, que se fueron rendidos y prendidos como a las dos de la mañana.

—¡O sea que nadie vio el beso! —dijo Antonia.

—¿Nos besamos?! —en ese momento sí me sentí infiel.

—Mirame —y levantó la cobija y se señaló el cuerpo.

—Sí, estás en bola y todo, pero... ¿te besé?

Antonia puso una almohada como un muro entre los dos, enojadísima, no sé si por lo que yo acababa de decir del beso o por haber encunetado el carro en el pantano imaginario ese y alegar con la policía en la mentira acabada de inventar o por el estrujón inexistente que ellos le habían dado tan maluco. Estaba nerviosa, eso era. La infidelidad pesa, jode, incomoda. Entonces la tranquilicé diciéndole que nuestras parejas no sospecharían jamás, nunca, porque éramos como hermanitos, uña y mugre, amigos de toda la vida; que con solo pensar en un desliz entre cualquiera de nosotros, le dije, con solo pensar en eso se cometía incesto, así que no había problema, que por ese lado no había que preocuparse, que me disfrutara y punto, le dije, y Antonia respiró profundo y ya más livianita me dijo que yo tampoco me preocupara porque cuando me besó en el bar no había ojos cerca ni ningún conocido.

—¿Me besaste con los ojos abiertos?! —dije indignado.

Antonia se rascó la cabeza como la gente cuando está preocupada o pensativa o tiene caspa y me dijo que el estudio de las ratas del que habíamos hablado toda la noche en el bar también nos salvaba, nos exoneraba de pecado, y nadie podía pensar mal de nosotros. Y tenía razón la infiel. El estudio de las ratas me quitaba un peso de encima porque era un excelente argumento para defenderme ante cualquier acusación o señalamiento. Los posibles celos y sospechas de Emma y de Jesús no podían competir contra la ciencia; es decir, Antonia no podía ser infiel, por el simple hecho de ser mujer, y yo no podía ser infiel, por el simple hecho de no tener con quién. Para tranquilizarse del todo, Antonia me pidió que nos apoyáramos en la ciencia y recordáramos las palabras de Jesús sobre el tema, y entonces volvimos con la memoria a la noche de mi cumpleaños.

Jesús sentó a Carlitos para sermonearlo, para reprocharle que se metiera con una y con una y con otra, para aconsejarle que leyera de esos textos maricas sobre las nuevas masculinidades y se volviera un hombre deconstruido, para decirle que sentara cabeza y pedirle que dejara de ver a la mujer solo como una boca, unas tetas, un culo y una cuca. Para persuadirlo le habló de un estudio realizado por un grupo de científicos de una prestigiosa universidad de los Estados Unidos. Los científicos, le dijo a Carlitos, y todos atentos escuchábamos, seleccionaron ratas totalmente monógamas.

—Ratas que solo tienen una pareja durante toda su vida —explicó Jesús y abrazó a Antonia—. Y a las ratas les dieron mezcal.

En ese momento aprovechamos para brindar porque nosotros, ¡qué berraquera!, por las coincidencias de la vida, también estábamos tomando mezcal. Con alcohol en sus cabezas, continuó Jesús, las ratas hembras se volvían más amorosas con sus parejas (y Emma me dio un beso en el cachete), socializaban más con las otras ratas (y Antonia y Emma chocaron las manos), se volvían más conversadoras, no coqueteaban ni echaban los perros ni nada de eso, no tenían ninguna pretensión amorosa. En cambio las ratas macho (y Jesús miró a Carlitos fijamente a los ojos) se les escapaban a las novias y eran infieles.

—Para llegar al resultado científico —continuó Jesús— estos investigadores organizaron una fiesta para los roedores en una caja grande que acondicionaron como discoteca con barra y luces titilando y música trance y todo, donde a unas parejas les dieron a beber agua y a otras agua con mezcal.

—Qué interesante —dijo Emma.

—Y las dejaron a solas un día entero, veinticuatro horas, y luego les presentaron a un nuevo grupo de ratas.

—¿Y...? —interrumpió Carlitos—. ¿Eso qué tiene que ver conmigo?

—Pues, que los hombres cuando toman se vuelven infieles —dijo Emma.

—Sí —dijo Antonia—, cuando las ratas toman mucho mezcal, Carlitos, como vos, cuando toman mezcal las ratas se vuelven perros.

—Por eso, Carlitos, debés de darle más suave al licor, pues ahora estás soltero y podés divertirte, pero cuando tengás novia debés tomar menos, o no tomar —dijo—. Lo dicen los científicos, no yo. Porque los hombres toman y la embarran, en cambio las mujeres sí pueden tomar tranquilas, y más tranquilas aún después de los resultados de este estudio tan interesante y profundo, hombre Jesús.

—Es verdad —dijo Jesús—. Es que, mirá: los efectos del alcohol modificaron el comportamiento de las ratas y el cien por ciento de las hembras que habían bebido y no bebido prefirieron interactuar solo con su pareja y se alejaron de los nuevos machos, mientras que los machos...

—Son unas ratas —interrumpió Antonia.

—Unas chuchas, eso es lo que son —dijo Emma y me miró feísimo.

—Mientras que los machos —continuó Jesús—, las ratas macho, ya caídos de la perra huyeron de sus parejas y mostraron mayor interés por las nuevas compañeras. Y los sobrios, no sé, tal vez se pusieron a hablar de fútbol con sus amigos o de quesos o de la arquitectura de los nidos o de gatos, vaya uno a saber.

—¿Y el estudio no dice nada más de los ratos sobrios? —preguntó Carlitos.

—*Ratos* no, ratas macho —dije.

—Pues, qué te digo: los machos sobrios se relacionaron únicamente con sus parejas, aunque algunos sí pidieron unos besitos por ahí, a las ratas más bonitas, pero no retacaron ni mandaron mano ni nada, y si el macho no insiste, si no se muestra guache, pues las hembras lo dejan ir y ya, porque a las ratas les gustan los que las hacen sufrir —dijo Jesús.

—La rebelión de las ratas —dijo Antonia.

—La rebelión de las rascas —dije e intenté abrazar a Emma, pero me apartó, fúrica.

—¿Y las ratas alcohólicas e infieles llegan melosas al amanecer a la casa con chocolatinas y serenatas? —dijo Antonia, ya brava.

Aunque Jesús y yo intentamos cambiar el tema, por nuestro bien, continuaron las ironías, las preguntas, las pullas, las indirectas, los sarcasmos, las recriminaciones, los chistes de mal gusto, los reclamos, los ataques por dos horas o más. Pedimos otra botella de mezcal y poco a poco el tema fue quedando en el olvido.

—Al rato cuando salí a fumar vos llegaste, Antonia, y me pediste que te pasara el humo boca a boca, ¿te acordás?, y me dijiste que me querías robar, que me dejara robar, y pues acá estoy robado por vos, y con ganas de repetir —le dije y me quité la cobija rápido, como descubriendo la estatua de un prócer para homenajearla.

Antonia se indignó y me dijo que ella no estaba sola en la pieza ni era la única sin ropa en la cama y que el problema era de los dos, ide los dos!, o del bendito trago que vuelve más débiles a los débiles, que no le achacara toda la responsabilidad a ella ni la hiciera

sentir como una rata, y me exigió que me pusiera los calzoncillos ya pero ya porque verme así le daba rabia y se podía antojar y entonces me los puse porque yo no le iba a rogar a nadie que me dejara estar a pipí voliao y me aseguró que ella era totalmente fiel, que por favor no lo dudara, mientras me lo agarraba. Luego me empezó a besar.

—El alcohol incita a las personas a hacer lo que siempre han querido hacer y de lo que se han cohibido —dijo, interrumpiendo el beso, en forma de indirecta, de propuesta.

Cuando empezaba a salirme de nuevo de los calzoncillos, Antonia repitió la frase, pero al final le agregó que ella ya, en ese momento, no tenía alcohol en la cabeza (como queriendo decir que yo ya, en ese momento, no tenía chance, que mejor nos vistiéramos y nos fuéramos) y después me dijo que mejor nos vistiéramos y nos fuéramos.

Ya vestidos, como nos habíamos conocido y seguiríamos conociéndonos, repasamos otra vez la mentira que les contaríamos a Emma y a Jesús. Al mediodía salimos del motel. En ese instante, como lo habíamos acordado al principio de la mañana, olvidaríamos la noche, todo, el día señalado, como si nada hubiera ocurrido.

Dejamos el carro en un parqueadero y antes de despedirnos yo le aconsejé que se comiera una menta antecitos de llegar a su casa para que Jesús no sintiera mi aliento, porque «el aliento de la infidelidad se siente a *lenguas*», le dije molestando y me miró muy feo. Además le sugerí que se cogiera el pelo con una pinza para que no se le viera muy revolcado y tampoco soltara olores que me delataran. Antonia abrió el bolso y sacó la cosmetiquera y de ahí una loción, pero no le permití que se la echara, pues cómo, eso era

delatarse. En cambio, le pedí que se untara su desodorante en las manos y en los brazos y en el cuello y un poquito en los cachetes porque eso mitigaba el olor a macho y no olía tan fuerte como esas lociones dulces. Afuera del parqueadero la obligué a que ensuciara con pantano las botas del pantalón para que la mentira fuera más creíble y le recomendé que entrara a la casa tranquila, sonriente, muy sonriente, como si nada, y le chantara un beso en la boca a Jesús apenas lo viera. Antonia no tuvo que recomendarme nada, yo todo lo sabía, tenía experiencia: tomaba tres veces a la semana. Nos despedimos. La noté muy nerviosa y eso era un peligro.

—Comprá un pollo y llevalo para el almuerzo —le grité desde el bus.

Yendo para la casa, como siempre, me preparé para la mentira que le diría a Emma y para sus preguntas y su pereque. Pensé en Antonia, en sus curvas, en sus protuberancias, y como no recordaba ni un poquito lo de la noche me tocó imaginármela dándome palmadas en las nalgas, gimiendo, disfrutándome, diciéndome porquerías. ¡Cuánto extrañaría ese inolvidable momento olvidado! Me desconsolaba el olvido, pero me consolaba una nueva mujer apuntada en mi lista de Excel. Todo era como una felicidad triste.

Respiré profundo y abrí la puerta de la casa, que tenía doble llave, y entré. Emma no estaba por ningún lado y eso me tranquilizó. Tenía tiempo de bañarme con el agua de la casa, que huele distinto a la de los moteles, y meterme entre las cobijas. Me serví un vaso de agua fría y prendí un cigarrillo y el radio. En ese momento entró Emma con una sonrisota que ni mejor dicho y una caja de pollo apanado. El olor a pollo se me metió por la nariz y me revolcó las tripas. ¡Qué beso me chantó en la boca! Hice como si la mirara a los

ojos, pero le miraba la frente para que mis ojos no me brincaran y me delataran. Luego miré para el piso, pensando en un piropo, y vi las botas de su pantalón empantanadas, más que las mías.

—Emma, miamor, ¿dónde metiste la pata? —le dije para cambiarle el tema que seguro ya se venía y no me preguntara por qué no había llegado en la noche.

Bebestiario

Horacio olvidó la noche que borracho intentó violar a Talita y la vez que corretió a Lucía y el día que le quiso hacer eso a Pola y lo que le hizo a la Nena en diciembre y lo que casi le hace a la pelada del Club de la Serpiente si no es por la Maga que también se salvó por poquito de que Horacio le hiciera tremenda cosa. Pero Horacio no se acuerda de nada cuando bebe, aunque se acuerde de todo. Se me borró la cinta, es lo que dice. Cuando hay pruebas en su contra, olvida, cuando no, desmiente y pide pruebas, pero nunca hay pruebas. Por eso a la finca no fuimos sino el Perico, Ronald, Julito y yo.

—Mi memoria falla, yo qué culpa —dijo la última vez después de lo que por nada le hace a Susana, y levantó los hombros—. ¿Tienen pruebas?

Horacio fue el primero en llegar a la Terminal del Norte. Al rato llegamos Perico, Ronald, Julito y yo, desgastados, como por cumplir, como por sacarle el cuerpo a la ciudad, con ganas de echarnos para atrás porque una finca sin peladas no tiene gracia.

En el pueblo compramos más aguardiente de la cuenta con la plata que si no fuera por Horacio se hubiera ido en condones. Para consolarnos, Julito, el dueño de la finca, nos habló de un avestruz que vivía allí, grandota como una jirafa, que su mamá había recogido un día en el pueblo luego de que un circo la botara porque

comía más que un pastor alemán y no les dejaba nada a los payasos. Hasta sancocho de gallina comía.

—Es mejor compañía que las peladas —dijo Julito—... Hace de todo.

Aunque dudamos de sus palabras, los ánimos se nos subieron un poquito porque íbamos a ver a alguien distinto.

—¿Habla?, ¿o qué? —dije por molestar.

—Mejor que eso —dijo Julito.

—Qué, no me digás —dijo Ronald—: ¿da placer?

Discutimos un rato sobre si se le decía *la* avestruz o *el* avestruz o *e/e* avestruz, pero no nos pusimos de acuerdo. Julito dijo que la de la finca era *el* avestruz hembra.

Perico, muerto de la piedra, la cogió contra Horacio porque por su culpa no había peladas. Que a quién iba a violar hoy, que a cuál árbol le iba a dedicar la fiesta, que mañana qué iba a olvidar, que qué pruebas iba a pedir. Luego sacó unas hojas con un cuento de Borges y mirando a la cara a Horacio con rabia le leyó fragmentos que tenía subrayados exclusivamente para él, para fastidiarlo, para desquitarse:

Funes no solo recordaba cada hoja de cada árbol de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado.

Horacio ni lo miró. Solo se dedicaba a exprimir la botella, como siempre. Se mantenía borracho para justificar sus maldades y el olvido, que nunca era sincero.

Más recuerdos tengo yo que los que habrán tenido todos los hombres desde que el mundo es mundo.

Lo pensado una sola vez ya no podía borrársele.

Horacio tenía una memoria prodigiosa; sin embargo, desdecía de ella después de que la cagaba borracho. Para que la escena de Perico molestando a Horacio no se alargara y al final se fueran a los puños interrumpí preguntando por el avestruz. Julito se paró, caminó despacito hacia la marranera y al rato apareció con un pájaro inmenso amarrado con una cuerda.

El avestruz nos saludó con las patas como si se creyera un perro educado y agachó la cabeza en reverencia. Aunque por el asombro no dijimos palabra, el animal se quedó escuchándonos por pura educación. Luego movió un ala como diciendo con su permiso, jóvenes, y se fue para adentro de la casita caminando igual o mejor que un caballo de paso fino. Al momentico regresó con un paquete de cigarrillos entre el pico y se lo ofreció a Julito. Los ojos de todos se quedaron abiertos una eternidad.

De un momento a otro todos nos olvidamos de las peladas. Sentados en círculo mirábamos boquiabiertos a ese pájaro parado en la mitad, como si fuera la mujer más bonita del mundo y estuviera a la orden para cualquiera, para el más avisado y educado. Luego nos llegó la timidez. Ahora sí medíamos las poquitas frases que nos salían por la boca y dejamos de orinar al lado de la fogata. Tampoco sacábamos mocos ni nos rascábamos las güevas ni el pajarraco. Ella nos miraba bonito, por turnos, parecía que nos coquetiaba, prestándole atención a nuestras bocas cerradas, como si le interesara un jurgo, palabras más, palabras menos, lo que no decíamos.

—Horacio se acuesta borracho con Sophia Loren jovencita y al otro día se acuerda de todo, pero viola a la mamá o queda debiendo

plata o hace cualquier cagada y ahí sí no —abrió el pico Perico para ganar puntos con el avestruz y restárselos a Horacio.

Después de mucho rato de ataques, el pájaro gigante se solidarizó con Horacio y se le sentó al lado. Enseguida se fueron juntos a hacerse detrás de las vacas. Los muchachos y yo volvimos a extrañar a las peladas y a hacer las cosas que hacen los hombres cuando están entre hombres. De vez en cuando Horacio volvía y llenaba dos vasos: uno de cerveza, para ella, y otro de aguardiente, para él, y nos picaba el ojo.

Aburridos, no sé si celosos, muy de noche los muchachos se acostaron y yo me quedé solo con mi soledad celosa tomando mientras miraba de frente la candelada y de reojo a la nueva pareja. En ocasiones Horacio arreaba al pájaro por toda la finca mientras gritaba feliz, como estrenando novia, que era el ave de su vida y puras cosas por el estilo. El avestruz también había perdido el control porque le seguía la corriente. Está mezclando trago, pensé mientras le miraba el cuello alargado, o se metió un éxtasis.

Al amanecer vi a Horacio corriendo y brincando empelota como si jugara rayuela por todas partes o tuviera hormigas en el culo. Parecía que estuviera queriendo apagarse una candelada que tenía pegada de la piel. Luego extendió una cobija cerca a la marranera y empezó a llamar a la susodicha con los mismos soniditos de galanteo de obrero de construcción. Apenas la embarace, me dio por pensar. Enseguida me imaginé un niño con el cuerpo y las alas del pájaro de Julito sosteniendo a fuerza de lidias la cabeza, con cara y todo, de Horacio.

Quise ir donde los muchachos a ponerles la queja, antes de que Horacio hiciera algo que más luego no iba a recordar, pero decidí

más bien presenciarlo todo. El reportero soy yo, me dije. Lo primero que hizo fue mandarle la mano sin pedirle permiso. El avestruz lo miró muy feo, como seguramente lo habían mirado las peladas las veces esas, con odio, como diciéndole respete, borracho degenerado, el violador eres tú, manilargo, macho opresor, acosador hijueputa. Así lo miró. Él insistió y al ratico el pájaro inmenso, ni bobo que fuera, lo agarró a picotazos. Horacio echó a correr a toda carrera y más tarde, desde el frente, después de bogarse media botella de tacada, le gritó al avestruz que era una perra, avestruz perra, avestruz grilla, avestruz zorra carechimba y otro poco de adjetivos y nombres de esos animales que se mencionan para insultar mujeres. Entonces pensé: que te desprecie una mujer, vaya y venga, ipero que te desprecie un avestruz!

Después, con una mano detrás como si le llevara flores, se le acercó despacio, despacio, suave, con calma, y al segundito sonó el estruendo. De lo que se salvaron las peladas, me dije, aterrorizado, mientras miraba al animal corriendo como loco sin cabeza detrás de él, metros y metros, hasta que se desplomó. El alcohol es lo peor que se le puede echar adentro a un violento, me dije, y de una le grité:

—La despescuezaste, gonorrea, la despescuezaste, vos sí no.

—Yo no me acuerdo —dijo Horacio, cínico, y subió los hombros.

—Mañana o más tarde en sano juicio te obligo a recordar, pirobo.

Horacio y yo bebimos parejo mucho rato, cada uno por su cuenta, discutiendo con la mirada sin decir palabra hasta que me quedé foquiao en una colchonetica afuera, en el corredor. Cuando desperté, el avestruz todavía estaba allí. Y también el machete, empuñado en mi mano, y esa cabeza como escondiéndose del frío del amanecer

recostada contra mi axila mirando su cuerpo a lo lejos, como si le hiciera falta, y Julito con las manos en la cabeza, aterrado, y los demás muchachos sorprendidos, y Horacio con su celular grabando la escena.

—Ahora sos capaz de culparme a mí —dijo Horacio. Luego se tomó un trago de aguardiente y continuó grabándome para tener pruebas.

El emborrachamiento engañoso

La cantina llegaba hasta la acera y los tres nos hicimos en una mesa improvisada al lado del semáforo a ver gente viéndonos como si fuéramos gente distinta a la que se habían acostumbrado a ver. Yo estaba ahí, en una calle repleta de liendras y niñas envejecidas recostadas contra las paredes, porque mi primo Pelufo me había sacado a la fuerza de la fila del banco donde iba a pagar el arriendo y los servicios de la casa. Yo no entendía por qué habíamos ido a parar a La Cascada habiendo en la ciudad tantas ollas menos peligrosas. Al rato, cuando la botella de aguardiente llegó a la mitad, el miedo se fue yendo y llegaron las ganas.

—Entremos a un estriptis —propuso Álex, el amigo de Pelufo que acababa de conocer— que hace rato no veo cuquitas y se me están como olvidando.

Yo no dije nada porque estaba fascinado viendo un nido de grillas de lo más lindas en minifalda y ombiguera pegadas a la ventanilla de una camioneta de lujo haciendo negocios. Pelufo tampoco le paró bolas a Álex porque estaba entretenido tarariando una tonada de chucuchucu que salía despavorida de una taberna y le ganaba en volumen a la bulla electrónica que se escapaba con luces de neón y todos los fierros por las puertas y ventanas medio abiertas de un poco de antros de esos donde los hombres llevan sin falta los ojos y las ganas los fines de semana.

Mientras estábamos cada uno en lo de cada uno Álex estaba en lo de él en voz alta, como si a nosotros nos importara que fuera a ajustar un año sin darse una alegría bajita. Por cortesía yo le sonreía cada vez que terminaba un comentario y volvía a lo mío. Las grillas salían de los negocios a carburar y a pistiar el ambiente y a darle al sacol y al alcohol para aporriones y a la chunchurria y a lo que hubiera y a lo que no hubiera también por ahí derecho para no dejar de darle. Una sardinita le piquiaba el cuello a un borracho mientras le sacaba la billetera del bolsillo de atrás del pantalón. Luego dejé de mirar grillas y gente atracada y amurada y más bien me puse a ver señores conversándose muchachitas y entrando a residencias y cantinas por si de pronto veía a algún conocido mío para decirle que lo había visto y en el futuro poder pedirle un favor.

—Esas chinas con solo mirarlas le contagian a uno una enfermedad —dijo Pelufo y miró a Álex—. No las mirés de a mucho que te pegan una venérea bien brava en las retinas.

Álex sonrió y sirvió aguardiente en las tres copas. Nos lo tomamos y sirvió otra ronda y otra y otra. Parecía que tenía ganas de emborracharnos para que no le notáramos la borrachera ni las ganas y a nosotros nos entraran las ganas de la pura borrachera. El quinto trago seguido lo brindé de láito porque en ese momento tenía los ojos embobados puestos en una grilla divina de más o menos dieciséis años, que desde el frente nos detallaba como si nos conociera de toda la vida y no supiera quiénes éramos.

Al momento aparecieron dos iguales de la misma edad y todo, y las tres estuvieron rato sequitas de risa echándonos ojo. La que a mí me gustaba abrió la cartera y sacó unas gafas negras de sol que se puso para camuflar los ojos y poderlos llevar sin pena hasta donde

nosotros. A esta grilla se le perdió algo en esta mesa, pensé y con disimulo me agaché y miré por debajo. Me serví un aguardiente doble sin convidar a los muchachos, con la intención de coger agallas por si de pronto a ellas se les daba por venir a poner conversa.

Álex fue al baño y Pelufo salió detrás a escoltarle la orinada. Las grillas le sacaban sangre a un cacho de mariguana. La que a mí me gustaba, dándome la espalda, se agachó a recoger nada para que yo le viera todo, dejando a la luz pública unas tangas diminutas que se asomaban campantes y altaneras por una minifalda del tamaño del sacudidor rojo del chirrete que cuidaba los carros y que parecían hechas por una empresa al borde de la quiebra que había implementado la política de ahorrar tela. Ahora no se ponen calzones, sino seda dental, pensé.

Pegaba gritos que decían cosas que no alcanzaban a pasar la calle y tiraba besitos ambiguos de destinatario. Entonces divisé a los de la mesa de atrás y a los de los lados y todos estaban mirando para adentro del negocio, desentendidos del afuera, felices escuchando música triste, y algunos pistiando para adentro de ellos con la cabeza sentada en la mesa, la boca abierta y la baba espesa colgando. La mayoría estaba en su propio mundo, que era la mesa con lo que había encima.

Me tomé otro aguardiente doble para asustar el miedo que me da cuando presiento que me va a tocar hablar con una mujer que no es mi mamá ni la tía Yiyi ni Chigüira. Me quedé viéndola bailar sola con ella misma una melodía que no sonaba por ninguna parte, pero que sin duda era un vallenato, por el sentimiento que le ponía.

—Esas grillas dentro del negocio son domésticas —dijo Álex cuando llegó del baño—, pero en la calle son un peligro, porque además de robarle todo a uno lo dejan ganoso.

Las peladas se dejaron venir de a poquito, tímidas, indecisas, como sin ganas en los pies, pero con muchas ganas en la cara, en el preciso momento en que el entendido de Pelufo nos daba cátedra a Álex y a mí sobre lo que le podía pasar al pipí de cualquier cristiano de irse a loquiar de aventao dentro de una muchacha de esas. A mí, aunque me parecían grillas, no me parecían de esas que decía Pelufo.

Se nos arrimaron. La que a mí me gustaba empezó a repararme callada la boca, como si yo fuera un cajón que ella podía esculcar con los ojos sin pedirle permiso. Debe de ser una amiga mía de la infancia, pensé. Parecía que me hubiera olvidado y reconocido al mismo tiempo. De repente a mí me dio por mover el dedo con disimulo para que me viera el anillo y pensara que era casado y ahí sí se fijara en mí.

—iiiDon Carmelo!!! —dijo efusiva pero con distancia. Luego les pidió permiso a Álex y a Pelufo, mostrándoles la palma de la mano en alto, para acercárseme.

Pelufo me miró de arriba abajo sin entender nada, como si creyera que se había equivocado de persona cuando me sacó a la fuerza de la fila del banco y como extrañado con él mismo por ser tan despistado y no haberme reconocido en todo el rato que llevábamos dándole al chorro. Enseguida le dijo «adelante, dama» y ella se me acercó, pero de lejitos.

—Yuly y Yeimy —y señaló a las amigas y los tres las saludamos de mano—. Farley Milena, mucho gusto —dijo y les estiró la mano a

Pelufo y a Álex, que se quedaron mirándole el ombligo.

Las tres eran idénticas. Parecían calcadas de todo, menos de cara y cuerpo. Las miré y las analicé y pensé que estaban vestidas con pedazos de la misma cortina de una ventana de un baño de una casa de un barrio alto de Medallo de esos donde el agua llega pidiendo jugo. Qué rico tomarse un guaro en ese ombliguito, pensé y aplaudí para adentro de la cantina. Al segundo, el mesero llegó feliz, quizá pensando que el aplauso era para él por el buen servicio, y yo le pedí tres sillas más.

Yuly se quedó lela viendo titilar en rojo el semáforo que estaba al pie de la mesa. Se le reía y le decía cosas en un idioma extraño y en cámara lenta, que seguramente le fluía cuando metía vicio. El semáforo y ella parecían charlando de lo más bueno y como que se entendían y todo. En una servilleta apunté esa imagen para mi próximo cuento y la metí dentro del libro de Felisberto Hernández que cargo para todas partes. Le cayó bien el semáforo, dije para mí y sonreí contento por ellos dos, y ella a él. Farley Milena también sonrió y subió y bajó las cejas que alguna vez se depiló de por vida para podérselas pintar de por vida, la agarró de la cintura, se la fue llevando para donde las sillas que acababan de llegar y le dijo duro, para que Yeimy también escuchara así todas ya supieran, que yo era don Carmelo, ni más ni menos. Me miró otro momentico con ternura y pena, se acarició la cara revocada y se sentó en mis piernas.

—¿No se acuerda de mí, don Carmelo? —y recostó la cabeza en mi hombro como si me quisiera mucho o la cabeza le pesara más de la cuenta—. ¡Mal hecho, don Carmelo! ¡Me extraña araña!

Yo le dije que cómo no, que ni más faltaba, y la abracé.

—Usted está todo lindo, don Carmelo, todo conservaíto —dijo y me pellizcó el cachete—. ¿Mucho camello, don Carmelo?, ¿mucho farra?, ¿cómo van los bisnes, bebé?

Yo le contestaba de cualquier manera las preguntas que venían en tacada porque a ella no le importaban las respuestas. Pelufo estiró las piernas en la silla vacía y me daba pataítas por los lados, acosándome, repiqueteando con mucha maña para no irle a tocar la nalga con el zapato a Farley Milena. Álex no paraba de bostezar y Yuly y Yeimy se volvieron la almohada dura de cada una.

—¿Y por qué tan solito por acá, don Carmelo? —dijo. Luego cogió la botella vacía de aguardiente y la succionó de manera lamentable y conmovedora—. ¿Mor, no le da miedito, usted por estos laos tan solito y desprotegido?

No alcancé a decirle que no, que el miedo se había hecho para los miedosos y asustadizos y no para los valientes como yo, porque Álex y Pelufo se pararon al mismo tiempo, sacaron la billetera, cada uno puso sobre la mesa lo que le tocaba de la cuenta y enseguida me dijeron con señas que colocara mi parte.

Me bajé de las piernas a Farley Milena y saqué el billete. Yuly y Yeimy le hacían caras y señas y cosas y la miraban feo porque mal hecho, hermana, a lo bien, porque se había olvidado de ellas por estar embelesada disfrutándome. Yo me les acerqué a los muchachos y les dije en secreto que pidiéramos otra botella, que aprovecharan, que ser don Carmelo era mera elegancia, una oportunidad de la vida, que tres pa tres.

—¿Vamos pa su discoteca, don Carmelo?, que estamos que nos bailamos —me dijo en el oído Farley Milena y me fue llevando detrás del semáforo que se había cansado de hablar con Yuly.

—¿A cuál discoteca?

—Usted es un severo goce, don Carmelo, un caramelo escaso es lo que es, mero bataniador, mijo... Pues a la de Sabaneta, la única que le conozco —dijo—. Dialogamos, bailamos, nos enfarramos a lo bien y a la salida pegamos pa un motel y tin, moja mechita bien rico, don Carmelo, me emperifolla bien elegante, usted sabe, como la otra vez, porque dicen que la segunda vez arrecha más y es más chimba.

Yo le dije que pa las que fuera, que yo no me le arrugaba a nada ni a nadie, que arrancáramos, deseoso de emperifollármela, feliz por la segunda vez que se venía y orgulloso de mí por la primera que fue, así no hubiera sido. Emocionada, Farley Milena corrió a abrazar a las amigas. Yo pegué otra vez para donde los muchachos y los invité a mi discoteca, pero Pelufo dijo que no iba, puto conmigo por descompletarles la fiesta para irme a completar otra que ya estaba llena, sacándome en cara que me había cargado cuando yo era un bebecito y cambiado los pañales.

Luego Pelufo agarró a Álex del brazo y se lo llevó así Álex tuviera ganas de quedarse. Se subieron a un taxi que alumbraba como si se creyera un pesebre con música sin cantante a todo pulmón que salió arriado chirriando las llantas.

—Sueeeeeerteeee, don Caaarmeeelooo —gritó Álex seco de risa, pero medio tristón, sacando la cabeza por la ventanilla.

Yo me despedí con la mano. De inmediato me agaché, fingí que me estaba amarrando el zapato y con disimulo metí el fajo de billetes dentro de la media. En la billetera dejé apenas lo suficiente: uno de cincuenta lucas para el resto de la noche. Les dije «vamos» y arrancamos.

—Andar con usted es mera elegancia, don Carmelo, una chimba a lo bien, porque a su lado todo es peligroso y una se siente toda tranquila —dijo Farley Milena y me cogió de gancho—... Y el peligro caliente abajito, ¿o no, don Carmelo?

Caminamos por Tejelo y las demás ollas del centro con seguridad, saludando a desconocidos y viendo atracar gente. Yo andaba con la mano dentro de la chaqueta del cachaco para que las muchachas se sintieran tranquilas, respaldadas y orgullosas de mí, y con un miedo espantoso de que se me acercara alguien a robarme la pistola que no tenía y yo quedara desarmado de argumentos y en ridículo. Ellas estaban como si nada, como si hubieran nacido sin miedo o estuvieran acostumbradas al paisaje o fueran el paisaje. Por Junín, la parte menos miedosa del centro, aceleré el paso para alcanzar a coger el bus de las nueve y no derrochar la plata en taxi.

—Usted tan papi, don Carmelo, tan chusco. ¿Cierto, muchachas? —dijo Farley Milena mirándome con unos ojos rojos y enamorados.

—Sí, don Carmelo, usted es todo bello —dijo Yuly mientras se reía viendo a unos gamines arrancarle todo, como pirañas, a un borracho que estaba insultando civilizadamente a un teléfono público que con toda seguridad algo le había hecho en complicidad con ellos—... Y le luce harito esa elegancia con cachucha.

—Y es todo tierno... Parece como de mentiritas —dijo Yeimy y me sobó la espalda como para comprobar que yo sí fuera de verdad.

Yo no les di las gracias ni nada por los piropos, pero qué especialidad la de esas peladas conmigo. Por eso cuando Farley Milena me dijo que la invitara a empanada envigadeña del centro le dije que sí y cuando Yeimy y Yuly se antojaron yo no vi ningún problema en gastarles también.

Salieron a toda sin mirar si venían carros y se pararon al frente de una caseta de comida. Mientras la señora armaba tres hamburguesas gigantes y costosas, que no tenían nada que ver con empanadas, ellas miraban tragando saliva muy concentradas, sin perderse ningún detalle. Parecía que las estuvieran aprendiendo a hacer. Pagué las hamburguesas, las gaseosas y un chuzo de cerdo para llevar que Farley Milena empacó en la cartera.

—Don Carmelo, venga le digo un secreto en la boca.

Me agaché para recibirlo en el oído, pero Farley Milena me voltió la cara y metió un segundo su lengua en mi boca de puro agradecimiento. Yo aproveché y le agarré las nalgas.

—¡Tan lanzaíto, don Carmelo! —dijo feliz y se pasó la lengua por los labios—, dizque manosiándome los glútios.

Caminamos por Girardot hacia las Torres de Bomboná ahorrando camino para que el taxi nos saliera más barato. Me la pasé concretando con Farley Milena lo que me había prometido para que más tarde no se fuera a desconcretar. En la plazuela de San Ignacio se arrimaron a una caja de cartón con cositas y termos y un fogoncito y mientras la viejita las despachaba me puse a mirar la estatua de Santander, amarilla, como con hepatitis. Además, el prócer se veía intranquilo y enojado, como si le urgiera bajarse de allá, abandonar el parque e irse de nuevo a la guerra o a un museo o como mínimo a un lugar con techo medio decente o desaparecer de la historia de una vez por todas si tocaba para no tener que aguantar más frío a la intemperie ni más lluvia ni más sol ni más cámaras de fotos, para nunca más sentir esa impotencia que estaba sintiendo con esa paloma trasnochadora anidándole en la cabeza. La viejita le entregó una chuspa a Farley Milena, Farley Milena le pidió

la ñapa, la viejita echó algo en la chuspa y enseguida Farley Milena gritó:

—Noventa de mil.

Luego se me acercó y me estiró la mano abierta para que le montara la plata. Entonces yo dejé de hacer fuerza mental para espantar la paloma de la cabeza de Santander y me agaché. Con disimulo me desamarré el cordón del zapato y en un descuido de Farley Milena saqué la plata de la media y haciendo mala cara se la entregué.

—Yo no estoy pa botar la plata en aguapanela ni en arepa con quesito ni en patacón con hogao y esas güevonadas, conchudas, y menos un sábado a esta hora —rezongué, puto por eso y por la paloma que estaba fregando a Santander, y pensé en irme porque como iban las cosas mi segunda vez con ella me iba a salir muy costosa.

Farley Milena se rio y luego hicieron lo mismo las muchachas. Al rato, de la chuspa empezaron a salir chuspitas de perico, mariguanos de tamaño familiar, pastillas blancas, una botella de ron y puras chucherías salvajes que me miraban con maldad, tentándome a pecar, provocativas, persuadiéndome el libre albedrío.

—Usted tan chévere, don Carmelo, tan amplio —dijo Yeimy y me entregó la botella de ron para que la inaugurara.

Al frente del Teatro Matacandelas se hicieron debajo de un árbol a tirar vicio. Yo me hice el que no estaba con ellas y me la pasé mirando la cartelera con la programación mientras me enfiestaba a mi manera. Estas malpariditas me van a dañar, pensé, y a arruinar.

—Don Carmelo es un estudiao —gritó Yuly seca de risa—. Quien lo ve... Es mero áspero, sabe leer y hasta le gusta esa maricada del

teatro.

Aunque yo estaba matado de la dicha tomando y viéndolas y sabía lo que se me venía con Farley Milena al final de la fiesta, pensé decirles que iba a orinar en el árbol de la esquina para aprovechar y volármeles, pero desistí porque estaba convencido de que don Carmelo era un hombre decente que, primero, no orinaba en la calle así se estuviera reventando y maluco hacerlo quedar mal, quitarle prestigio, y, segundo, estaba seguro de que él no era un desalmado que dejaba a las peladas botadas con ganas de pachanga.

Nos subimos al taxi y cuando el chofer me miró por el espejo retrovisor le dije que nos llevara al parque de Sabaneta y que allá Farley Milena lo guiaba hasta la discoteca a ver si sí se acordaba dónde quedaba.

—¿Qué se siente montar en taxi, don Carmelo? —me preguntó Farley Milena cuando íbamos por el parque de Envigado.

Quise decirle que se sentía de lo mejor, que eso era un lujo para mí, acostumbrado a andar a pie y en bus, pero cuando me acordé de que yo no era yo, prácticamente, sino otro yo distinto a mí que en ese momento venía siendo yo, le dije que no se sentía nada, que qué se iba a sentir. Cuando llegamos a la discoteca las tres se bajaron a la carrera y se metieron al tumulto sin despedirse ni darle las gracias al taxista que tenía una cara de querido que no podía con ella, como de profesor de artística. Me figuró pagar la carrera.

Me bajé, miré para todos lados sin mirar nada, saqué y guardé con disimulo un nuevo billete de cincuenta mil en la billetera y le prometí a la media que no la iba a fregar más porque si seguía así, derrochando y malbaratando como si me creyera don Carmelo, la iba a dejar sin resorte, apretando pafuera, y a la casa sin agua, sin luz,

sin parabólica y debiendo el arriendo. Me acerqué al tumulto. El piso se me movía y entonces lo pisé duro para que dejara de jugar conmigo y no fuera después yo con más tragos en la cabeza a moverse más de la cuenta.

Afuera de la discoteca había un mundo de gente contenta organizada en dos filas largas. La felicidad le ganaba a la impaciencia. En toda la entrada dos macancanes raquetaban a los hombres y una señora medio tocaba a las peladas. Me formé al final de mi fila y me puse a ver unas sardinas que estaban de rechupete mirando con unos ojos escandalizados a Farley Milena, a Yuly y a Yeimy. Los hombres las atisbaban con ganas y les hacían sonidos en forma de piropos.

Desde la reja de la entrada Farley Milena me gritó que fuera y la gente que estaba delante de mí, o sea toda, miró para atrás buscándome y yo miré para atrás y el que había acabado de llegar miró para atrás también y como no vio a nadie levantó los hombros e hizo un puchero como diciendo que al que ella llamaba no había venido. Al momento, yo todavía estaba mirando para atrás, se me acercó y me entregó la botella de ron para que le diera mate.

—Don Carmelo, ¿usted por qué hace fila? —me preguntó subiendo y bajando las cejas dibujadas—. ¿Se le olvidó que usted es el dueño?, ¿o qué?

—Yo tengo cultura ciudadana —fue lo primero que se me ocurrió decir.

De mala gana Farley Milena, Yuly y Yeimy se acomodaron al final de su fila que, a diferencia de la mía, avanzaba de afán. De repente la gente se puso a buscar con la nariz el olor que se escapaba de un bareto no identificado. Cuando las peladas llegaron a la taquilla el

olor se esfumó y al rato las tres empezaron a gritar «don Carmelo, don Carmelo» a todo taco. El señor de las boletas me miró y cuando se dio cuenta de que yo lo estaba mirando a él levantó la mano y desde arriba les señaló la coronilla. Yo levanté mi mano por educación y ellas entraron.

Pasé un tiempo largo en la fila y cuando llegué a la taquilla me cobraron cuatro entradas. Se amangualaron para engatusarme, pensé. Viendo las luces de la discoteca titilar sin cansarse como si hubieran metido éxtasis toda la noche y las paredes sudando me imaginé mi casa sin agua y sin energía por mi culpa. Dios mío, por qué le hacés esto a mi familia, me dije, y entré.

Caminé por un corredor con la felicidad puesta, pegando brincos involuntarios y cantando una canción sin letra. Pasé esquivando modelos y mujeres como mandadas a hacer por un perfeccionista fanático de las cosas grandes, voluptuosas, curvadas y medio empelotas. Al fondo estaban las tres esperándome al pie de una mesa. Les alcé la mano para que no se preocuparan por mí y caminé hasta allá rozando sin culpa a toda la gente, menos a los hombres, y con las manos abajo palpando lo que me deparaba la suerte. En los trancones, igual que en el metro a las seis de la tarde, levantaba las manos como diciendo «soy inocente» mientras, insaciable que soy, pasaba rayando todo lo que me convenía.

Las muchachas me recibieron a punta de picos y aplausos. Qué berraquera de peladas, qué especialidad, qué cariño el que me demostraban y prodigaban. Nos sentamos en una mesa más grande que casi todas y al poco tiempo llegó el mesero.

—Una de whisky que don Carmelo está botao —dijo Farley Milena frotándose las manos de la emoción y me picó el ojo.

—No, mejor una de vodka que el whisky me da agriera —dijo Yeimy.

—Tequilita —sugirió Yuly.

Una de tapetusa y cuatro pitillos para emborrachar a estas malparidas, por favor, dijo en mi mente la rabia.

—Chico, entonces una de whisky —decidió por todos Farley Milena —. La mejor que tenga y en preferencia que no dé agriera... Y una de tequila y otra de vodka.

—A mí deme media de aguardiente, de aguardiente de caña, de las cañas de mis valles y el anís de mis montañas. No me dé trago extranjero, que es caro y no sabe a bueno, y porque yo siempre quiero lo de mi tierra primero —dije mientras buscaba con los ojos una salida de emergencia para más tarde.

—¿Tapa roja o tapa azul?

Mientras llegaba el pedido las tres apostaron cuál nariz iba y volvía más rápido por dos pistas largas de perico para cada una. Se están pasando de la raya, pensé mientras le hacía barra disimulada a la intrépida nariz de Farley Milena. El mesero trajo el pedido y durante mucho rato hicieron competencias extremas sin importarles que la gente no nos quitara los ojos de encima.

Yo le quemaba las nalgas estirándole y soltándole las tangas y a veces se me resbalaba la mano con ganas de que me dijera que no se aguantaba más y me llevara al motel de la primera vez. Yuly y Yeimy me miraban mucho, me celebraban los chistes, me decían que yo era un cacharro y puras cosas bonitas que les salían del corazón. Me veneraban, y por eso me llenaban la copa con un trago distinto cada vez que la desocupaba.

Más tarde Farley Milena se paró, me estiró la mano y arrancamos para la pista a tirar paso ventiao, a restregar amacizados nuestras humanidades como si el espacio nos quedara chiquito. Las canciones que sonaban no tenían final o eran la misma canción pero distinta varias veces. Yo la apretaba y le respiraba en el oído suavemente y me le menaba con arrebatos. Más luego, cuando me vio pálido y sudando más que las paredes acaloradas de la discoteca y con la lengua afuera y echando humo por la cabeza como si se me hubiera quemado el motor y me estuviera incendiando por dentro, para repararme, se metió una pastilla a la boca y me la pasó y me la empujó con un beso.

Mucho tiempo estuvo dándome secretos públicos en la boca sin que yo se los pidiera y a toda hora estaba pendiente de mí. Me preguntaba cómo estaba, qué quería, me cuidaba, me celaba, me apachurraba, me apapachaba... Si en ese momento aparecía un cura en la discoteca, Farley Milena se casaba conmigo en toda la barra.

—Me encantan los duros, don Carmelo —me dijo mirándome a los ojos, fascinada conmigo—. Qué chimba que usted me diera una oportunidad, mor.

Más blandito que yo no hay nadie, pensé, soy como un flan.

—Sus carros, don Carmelo, sus mansiones, sus negocios, con perico todo el tiempo en su casa, con fierros, don Carmelo, con guardaespaldas, con esa carita tan linda, con ese cuerpecito todo sempsual, con dólares, con el peligro pegado a usted todo el día, con enemigos de sobra hasta pa regalar, con avión propio pa goliarse los tacos del centro y transportar la merca... Qué envidia de la buena de usted, don Carmelo, a lo bien —dijo con una ternura impresionante que me desbarató y que me obligaba a seguir siendo

don Carmelo de por vida, así me tocara conseguir prestado todo lo que no era y no tenía para no defraudarla—... Qué bueno que me dejara ser una de sus mujeres, don Carmelo.

No le dije nada y la dejé desahogándose para conocer un poquito más de mí y ya conociéndome saber cómo manejarme el resto de la noche. Escuchándola decir cosas sobre mi persona me tuve pavor. De repente agaché la cabeza para que ella pensara que me conmovían y me volvían vulnerable sus elogios y también para que los enemigos que tenía no me reconocieran y no me mataran en plena discoteca sin haber perjudicado a Farley Milena ni estar borracho del todo todavía, porque que lo maten a uno livianito y caído de la perra vaya y venga, pero que lo maten a uno ganoso y en sano juicio debe ser muy aburridor.

Cuando a Farley Milena se le acabó la cuerda la abracé, con agarrada de nalgas incorporada, y le dije que le iba a dar una oportunidad y hasta más oportunidades si se portaba bien conmigo en el motel cuando terminara la rumba. Cada vez soy menos yo y más don Carmelo, pensé pensando en las cosas que había hecho y dicho en lo que iba de la fiesta, y las que iba a hacer y decir.

Entonces, aceptándome como era, asumiéndome como otro, le di vía libre a la ignorantez y a la patanería: me di un pase de perico que estaba montado en la tarjeta de identidad de Farley Milena Jaramillo, con un solo apellido, sin un tris de remordimiento, de un solo envión, miré feo a la gente y comencé a caminar como si fuera gordo, agarrándome las cadenas de oro que no tenía colgadas del cuello, eructé, dije groserías, peí a mis anchas, boté trago de aposta, me metí el dedo a la nariz, tumbé de pura pica con el codo un vaso de otra mesa, me rasqué las güevas por debajo de los calzoncillos,

paré el dedo como pistola dentro de la chaqueta para que la gente me respetara y no se le ocurriera meterse conmigo. En vez de Filología yo debí estudiar mafia, pensé sintiéndome livianito, como nuevo; tengo aptitudes, en latín: *aptus*.

Farley Milena trotaba detrás de mí, orgullosa, mientras yo me sentía el hombre más poderoso del mundo. Lo único que me falta para ser don Carmelo es plata, me dije, y enemigos...; pero esos se consiguen pilao. No es sino triunfar y listo, llegan porque llegan.

—Dios le pague por la oportunidad, don Carmelo —dijo Farley Milena y se echó la bendición.

—Amén pa las ánimas —y le sonreí como si tuviera un diente de oro.

Cogidos de la mano caminamos entre la gente sacando codo, movidos a la brava por las luces y la bullaranga y el ritmo pegajoso de la misma canción electrónica pero distinta de toda la noche. Cuando llegamos a la mesa me percaté de que le faltaba espacio, como si se hubiera enchiquetecido mientras no estuve o le sobrarán cosas que no estaban cuando me fui. No les paré bolas a la nueva botella de whisky ni a las cajetillas de cigarrillos ni a los cocteles ni a la picada monumental de carne ni a todas las cosas que habían aparecido encima de la mesa, pero sí a las dos nuevas amigas pegadas que tomaban y comían como si no hubiera mañana.

Yuly me las presentó y chicanió conmigo. Ellas también estaban felices con mi presencia, aunque al principio se contuvieron de mostrarme admiración. Y don Carmelo por aquí y don Carmelo por allá y venga don Carmelo y qué cancióncita quiere que yo se la pido ya mismo y don Carmelo qué se siente ser un duro y vivir caletito, don Carmelo, y don Carmelo parriba y pabajo y don Carmelo cuántas

piscinas tiene en la casa, don Carmelo, y si está amurado y quiere más periquito me dice, don Carmelo, y don Carmelo deme la mano a ver qué se siente, don Carmelo, y no cierto que usted es muy quebrador con las peladas y es difícil ganarse su corazón y venga yo le presento, don Carmelo, y de las otras mesas puras modelos para desarmar me batían las manos y levantaban las copas y me desvestían con los ojos y abusaban de mí con pensamientos soeces y lujuriosos y yo me dejaba y más muchachas de minifalda y ombliquera en la mesa goliando y gorriando trago, matadas conmigo, disfrutándome, consintiéndome.

Más tarde me paré de la mesa con la media de aguardiente que las peladas habían discriminado durante toda la noche y me senté en una silla bajitica que estaba al frente de la barra y que parecía fabricada pensando en un enano o en un niño fiestero. Me quedé un rato elevado analizando rayas de nalgas sentadas en esas sillas altas, piernas colgando, tangas y puras cosas sin que las dueñas me vieran. Qué chimba, marica, me dije saboriándome y pasando saliva y ahí mismo entendí por qué a los enanos les gusta tanto ser enanos, por qué no crecen. Me devolví contento recordando esas imágenes tan bonitas y dispuesto a llevarme a Farley Milena para perjudicarla de una vez por todas porque, hay que ser sinceros y yo lo sabía, la pichada iba muy abstracta.

Cuando volví a la mesa se le había dado por agrandarse otra vez. Ni los ceniceros, ni el candelabro, ni la porcelana, ni el servilletero, ni los vasos, ni las copas. Encima solo había ñervos de carne abandonados y dos gaseosas a medio tomar. Esta mesa tiene un agujero negro, pensé y me agaché a mirar por debajo. Los bolsos de Yuly, Yeimy, Farley Milena y las nuevas desconocidas que había

acabado de conocer y que también estaban dichasas conmigo colgaban de las sillas, robustos, como si hubieran acabado de comer.

—Qué gargantas ustedes —les dije con las manos en la cintura—... Y qué chimeneas... ¡Haraganas!

Las grillas no me determinaron y arrancaron con los bolsos a la carrera. Se hicieron en un camino de gente que se había armado a la entrada, por el que caminaba con esfuerzo un gordo embambado hasta el alma sonriéndole a la gente con un diente de oro de veinticuatro quilates, de chanclas, carriel y sombrero, barroco, empacado en una bermuda que le llegaba más abajo de las rodillas y en una guayabera que iluminaba más que todas las luces de la discoteca juntas. Un famoso, pensé deslumbrado. Cuando yo iba para allá a chismosiar también, el mesero me puso la mano en el hombro y con la boca señaló la mesa vacía.

Los guardaespaldas del gordo del diente de oro de veinticuatro quilates andaban mirando para todos lados sin buscar a nadie, sino a la expectativa de que no los encontraran a ellos desprevenidos. El cuajo que tenía agarrada la pistola con la mano izquierda le corrió la silla con la mano izquierda y cuando el gordo se descargó le dijo con el dedo gordo de la mano izquierda que todo bien. Es su mano derecha, deduje. Los demás estaban empuñando sus pistolas, dispuestos a dispararle a una mosca si se acercaba sin avisar.

Al rato la mesa donde se acomodaron, la más grande de todas, se llenó de botellas y cosas que la hacían ver chiquita. El gordo levantó la mano y desde la barra alguien que le entendía las señas y le conocía los gustos interrumpió el tun turún tun tun turún tun tun que estaba sonando y puso otro tun turún tun tun turún tun tun igualitico pero distinto. El círculo que se hizo alrededor de la mesa se

tragó a Farley Milena y en ese instante se armó una recocha lo más de sabrosa ahí adentro.

El mesero seguía al pie mío a pesar de que en la otra mesa se pasara tan bueno. Entonces yo me agarré la cabeza no como don Carmelo sino como Chiquito, pensativo no porque no supiera en qué gastarme mis millones que no tenía, sino craniándome la manera de volarme e irme para la casa. Las mujeres más lindas de la fiesta y las más feas también empezaron a desaparecer de sus mesas y a aparecer en la mesa del gordo. Las mesas, la barra y la pista de baile se llenaron de hombres solos con los brazos cruzados.

—¿Qué están dando allá? —le pregunté al mesero por ponerle conversa para que me cogiera cariño y me dejara ir.

—Ahí está él... Por eso... —y me miró con desconfianza.

—Qué cosas, ¿no? Cupo entera la discoteca en ese rincón —le dije mientras veía bailar a Farley Milena encaramada en la mesa y al gordo aplaudiéndola—. ¿Cómo habrá hecho para caber?

—Paraquevayairviendo —dijo a toda, como desconfiado de que yo le fuera a robar alguna palabra y le descompletara la idea, con una sequedad impresionante.

Enseguida arrancó empitado para la barra y regresó al instante con un papel en el que había una lista de cosas caras que jamás se les había ocurrido pasarse por mi mesa y que sumaban, ay Dios mío, la plata del arriendo y los servicios de la casa de todo un año. Me lo entregó. Me metí la mano al bolsillo del pantalón para que el mesero no se preocupara y luego me empiné para ver qué era lo tan bueno que estaba pasando allá.

Farley Milena seguía encaramada en la mesa y el gordo la miraba de abajo arriba sin desaprovechar ni un segundo parpadiando. Se le

puso de frente y se fue agachando de a poquitos hasta que la cabeza del gordo desapareció entre la minifalda. Qué dicha ser el gordo, pensé, o por lo menos la cabeza.

—Me cancela, por favor —dijo el mesero con un tono maluco.

—¿Cuánto es que es y por qué tan caro?

—¿Cómo, señor? —y arrimó la oreja a mi boca.

—Que cuánto perdí —aproveché y le grité en el tímpano por puro desquite y él me arrebató el papel de la cuenta.

Leyó una retahíla de números despacio y luego me miró como si ese poco de números, que tuvieron el descaro de bajarse tres veces del renglón creyéndose prosa cuando se les acabó el espacio al lado derecho del papel, significara ganga, chichigua, bicoca. Me agaché y ya sin disimulo saqué de la media lo que le quedaba de vida al fajo de billetes, que no eran poquitos, y de la billetera cogí un mundo de menuda y resignado puse todo encima del recibo que estaba en la bandeja que él llevaba en la mano. Contó la plata y después miró para la barra y con la mirada trajo a una señora malaclase y chocante que se me paró al lado y que con la mirada trajo a uno de los orangutanes que requisaban a la entrada.

—Acá le falta —dijo y me señaló con la boca la bandeja en la que reposaba triste la plata del arriendo y los servicios de la casa.

—Pues cómo, don —le dije y le di dos palmaítas hipócritas en la espalda—, antes sobra... ¿No se acuerda? Si no se acuerda entonces acuérdesse: iyo apenas pedí media de guaro tapa azul!

Los tres señalaron la bandeja con distintas partes del cuerpo para que montara encima lo que faltaba. Angustiado miré para la mesa popular con la intención de llamar a Farley Milena y, primero, reprenderla por cambiarme por un gordo hijueputa que con toda

seguridad era cantante de reguetón y, segundo, decirle que hiciera una vaca pues mijá con las amigas para que acabaran de pagar porque el cansón del mesero me tenía hasta aquí, pero lo único que vieron mis ojos fue la cabeza del gordo adornada como un superhéroe con las tangas de ella. Luego se las quitó y las metió en un vaso de whisky que se bogó sin hacer mala cara. El círculo de gente lo aplaudió y él levantó las manos. ¿A qué sabrá?, pensé. Los tres continuaban con las manos abiertas para que le hiciera pues.

—¡Ustedes no saben quién soy yo! Yo soy el propio, yo soy don Carmelo por si no sabían ya saben pa que sepan —les dije duro y con autoridad. Luego me fui caminando despacio para el baño esperando con resignación un guarapazo del orangután en la cabeza.

En el baño me la pasé mucho rato buscando una salida de emergencia o una ventana o una alcantarilla porque mafioso que se respete siempre se sabe volar. Cuando salí los tres estaban afuera. Ojalá la familia mía me tuviera esa paciencia, me dije. Antes de decirles que no tenía más y que me podían hacer lo que quisieran pegué para donde Farley Milena para preguntarle quién era yo, con el propósito de demostrarle al trío que yo sí era don Carmelo y me dejaran en paz y no me persiguieran por toda mi discoteca como si yo fuera cualquier pobretón sin discoteca como yo. La gente alrededor del gordo era como un estadio y él el clásico. Me metí dentro del círculo sin pedir permiso, abriéndome espacio con los brazos.

—¿Quién es don Carmelo?! —dije duro y me quedé esperando a que una de todas las grillas me señalara.

Los únicos hombres que estaban ahí se pararon de un brinco, agarraron las pistolas y apuntaron a todas mis partes vitales y sensibles. Yo, por impulso, me llevé una mano a las sensibles, y después la otra.

La discoteca en ese momento se quedó callada del susto, mirándome; las luces intermitentes se quedaron quietas en un solo color tenue descolorido haciéndose las locas para que no las fueran a quebrar de un tiro y se perdieran el espectáculo; el mesero se quedó congelado con la bandeja de la plata en la mano; Yuly me miró con los ojos abiertos y siguió sirviéndose whisky en el vaso como si no se acordara de que el trago se derramaba, pero el trago no se derramó, se quedó suspendido en el aire, congelado, esperando qué iba a pasar; la nariz de Yeimy a punto de llegar a la meta frenó en seco en la pista de perico y el ojo izquierdo, como la cabeza se le quedó paralizada, hizo como pudo para mirarme sin parpadear.

—¡Yo soy don Carmelo! —dijo el gordo, altanero y con la seguridad del que está seguro de lo que está diciendo—. ¿Por qué?, ¿o qué, hijueputa?

La vida sí es un cacharro, pensé decirle, qué casualidad: yo también soy don Carmelo. No dije nada y me quedé viéndolo iluminar con su presencia la mesa y todo el gentío que lo rodeaba, como si tuviera un bombillo en la frente o el alma parada en la cabeza. Parecía un barril de cerveza sentado tomando whisky, con linternas por dentro que lo traspasaban. La luz que irradiaba me hizo pensar que dentro de él vivían tres o cuatro almas de mil voltios, aproximadamente, prendidas todo el tiempo, que nos hacían ver a los demás medio desvoltios o en racionamiento o fundidos o

apagados así estuviéramos muy prendos y encandilados. ¿Cómo habrá hecho Farley Milena para confundirme, si somos tan distintos?, me pregunté. Y después pensé: ¿O será que se confundió de aposta?

Don Carmelo se levantó de la silla y se puso a mirarme. Yo lo miré y me lo imaginé empelota para perderle el respeto y lo que gané fue miedo. Farley Milena lo abrazó y de la mesa, sin que él se la pidiera, recogió una pistola enchapada en oro y se la entregó. Luego le acabó de llenar de whisky el vaso en el que nadaban las tangas y se lo acercó a la boca como dándole tetero. Viendo la escena me sentí destrozado, que me mataran ahí mismo si querían, engañado, abusado, porque no hay nada más triste en la vida que ver nadar unas tangas en un vaso de trago que no es el de uno. Así debe prender más, pensé mientras miraba al gordo tomándose el chorro.

—Mucho gusto, don Carmelo, yo soy don Carmelo, un duro más —le dije.

La discoteca se vació del todo del resto de la discoteca y como pudo hizo para caber apeñuscada, embutida, donde estábamos los que estábamos. Más de uno quería un balazo para que se animara la fiesta y tener qué contar al otro día. Me quité las manos de las partes sensibles y de una mano desconocida agarré un vaso de un líquido pinchado y me lo bogueé.

En cuestión de segundos pensé lo que iba a decir para salir sano y salvo de ahí o completo o por lo menos medio vivo, sin quedar debiendo ni un peso ni tener que trabajarles de gratis lavando baños y platos o atendiendo a don Carmelo y a su grupo de guardaespaldas y grillas conchudas, pedigüeñas, antojadas, ventajosas y traicioneras. Pensé muy bien la inteligencia que iba a

decir para no tener que pedir plata prestada en la casa sabiendo que ya me había gastado lo del arriendo y los servicios y entonces cuando encontré las palabras precisas y tenía la frase hecha en la punta de la lengua, el miedo y la borrachera, sin tenerme en cuenta, dijeron por mí lo que se les dio la gana.

—¿No se acuerda de mí, don Carmelo? —y lo empujé suavemente—. Yo soy don Carmelo, don Carmelo, yo soy usted... ¿En serio no se acuerda de mí, marica?

Don Carmelo chasquió los dedos y sus guardaespaldas y lavaperros me agarraron y me llevaron cargado por la discoteca como si yo fuera el rey de la fiesta. Yo pataliaba, repartía pata y puño ventiado en el aire, les pegaba con el libro de Felisberto Hernández en la cabeza y gritaba que no me sacaran, que respetaran, que yo no tenía la culpa de tener tocayos duros, pero por dentro gritaba que me sacaran rápido antes de que don Carmelo se diera cuenta de lo de la cuenta y me mandara a matar y a tirar por la Loma del Escobero. Me sentí de lo mejor saliendo en hombros, sin hacer fila, y por la puerta grande.

—Delen bien duro a ese loco hijueputa —gritó Farley Milena y don Carmelo dijo que sí subiendo y bajando la cabeza. Luego se arrepintió de eso tan feo y vulgar que había dicho y entonces ordenó, como si fuera la dura—: Mejor maten a esa caranga resucitada.

Afuera me tiraron al piso y delante de la gente que salía de otras discotecas me acabaron de completar. Denme bien duro si quieren, pero de afán, güevones, antes de que el mesero ponga la queja y les toque matarme, les dije en la mente mientras escondía la cara entre las manos. Yo me hice el medio muerto porque si me hacía el

muerto completo me mataban y me tiraban en cualquier rastrojo o botadero de muertos de verdad y ahí sí qué miedo. Cuando los orangutanes se entraron pensando que medio me habían matado del todo, unas muchachas de esas que les tienen miedo y no ganas a los que son como don Carmelo me ayudaron a levantar y me dieron ánimos para que siguiera cargando conmigo lo más lejos de ahí.

Mientras caminaba tuve la sensación de que de mi cuerpo se tiraban al piso partes que no soportaban el dolor, pero curiosamente esas partes dejaban más peso del que tenían cuando estaban, como para que el cuerpo sufriera y escarmentara de una vez por todas y aprendiera a no darla botada de papayita por ahí entre el peligro y a desconfiar de las grillas. Las tangas de Farley Milena nadando en el vaso no se me iban de la cabeza y por momentos me hacían olvidar que estaba caminando. Deseé un guaro con unas ganas tremendas y también que la casa se quitara la pijama, se arreglara, caminara y fuera por mí. Descansé un rato en una banca del parque de Sabaneta convencido de que la vida me tenía bronca, que no me quería vivo y que por eso me la montaba a toda hora así yo fuera tan buena gente con ella.

Seguí andando por inercia todavía con la euforia, la bulla gritándome en el oído, el agite y las ganas, mirando para atrás con el susto colgado al cuello porque ser don Carmelo era muy bueno a veces, pero peligroso todo el tiempo, como lo comprobé al otro día mientras mamá y Chigüira me curaban y en las noticias hablaban del mafioso muerto en un motel de Sabaneta.

El mundo ha bebido equivocado

—Qué bien que llegaste, Negro, te estábamos esperando. Contá, contá cómo te fue por allá en Independencia. ¿Mucha indígena empelotica? ¡Qué rico! —dijo el Zurdo mientras le arrebatava una botella de Old Parr de la mano al Negro.

—Sí, Negro, contá: ¿es cierto que andan mostrando nalgas y tetas y que se lo dan fácil a los extranjeros? —dijo el Loco López.

—¡Qué va, al Negro no se lo da nadie! Es más, hasta se le resiste su propia mano —dijo Orejas.

—Eso es verdad, muchachos, andan en bola por el bosque, yo lo he visto en Discovery Channel —dijo el Feo—, y las tetas les llegan hasta el ombligo y, lo más raro de todo: no tienen pelos en la cuca, o que me contradiga el Negro.

—No hablen paja, muchachos, no digan bobadas, inmaduros. Y vos, Zurdo, no te bogués eso que no es whisky, es chirrinchi, un trago feroz que hacen los indígenas con panela —dijo el Negro y se tomó la mitad de una copita.

—Sabe a coñac.

—Orejas, no hablés cosas, si vos nunca has tomado coñac —dijo Marito, el dueño del bar, que se acercó para la degustación.

—No importa que yo no haya probado el coñac, no importa, la cosa es que sabe a coñac.

—Negro, pero contanos: ¿hasta dónde les llegan las tetas a las indígenas? —insistió el Loco López.

—Sí, Negro, nos morimos por saber. No cualquiera se gana un viaje a Independencia llamando a una emisora, no cualquiera tiene la oportunidad de visitar esas tierras, de conocer nuevas culturas. Empapanos de conocimiento, Negro, contanos. Vos llegaste a Independencia y ¿qué?, ¿cómo viste el panorama? —dijo el Feo. Marito se agarró una silla para él y se sentó expectante. Los muchachos se acomodaron para escuchar la historia. Lo miraban fijamente como si el Negro fuera una pantalla de cine.

—¿El panorama? El panorama, Feo, el panorama en Independencia es de lo más triste. Volví a la ciudad, y con esto les digo todo, sin ganas de tomarme un trago. El alcohol es lo peor. De eso me di cuenta por allá. Acaba con todo, destruye hombres, culturas. ¿El panorama? Horrible el panorama, muchachos, la cagada el panorama. Si les contara la historia de Julito Pushaina y la hermanita se mueren ustedes ahí, no vuelven a tomarse un trago en la vida —dijo el Negro y los muchachos se quedaron atentos, ansiosos por saber lo de los hermanitos indígenas y resolver las dudas antes planteadas.

—¿Por qué, Negro?, ¿por qué horrible el panorama?, ¿por qué?, ¿te recibieron a flecha los indios? —se rio el Zurdo e hizo un ademán como si disparara una lanza.

—Se le lanzaron al Negro encima para comérselo porque los indios son caníbales, pero les supo a caca y lo dejaron intacto —dijo Orejas.

—No, muchachos, todo lo contrario, lo vieron blanco al Negro y se le fueron curiosos a mirarlo como si fuera un sol y hasta le pidieron

autógrafos. Eso pasa mucho. Se sorprenden los indios con los blancos, los ven como dioses —y se tomó un trago el Loco López.

—Muchachos, dejen hablar al Negro que conoció otra especie por allá en Independencia y nos puede culturizar, enseñar enseñanzas ancestrales —intercedió Marito, que ya se había unido al grupo de los catanos y bebía chirrinchi con ellos.

—Negro, pero por favor empezá por el enigma de las tetas y la cuca de las indígenas, por favor, que nos tenés en ascuas y eso es lo que nos interesa. ¿Hasta dónde les llegan?, ¿y la cuca cómo la tienen? —dijo el Zurdo y se frotó las manos.

—Bueno, muchachos, lo primero que les quiero contar es que casi me muero del susto cuando estábamos entrando a Independencia y el bus se metió por una carretera estrechita como si se creyera equilibrista. Ni los de la izquierda ni los de la derecha gritaron porque si alguno gritaba el peso se recargaba para ese lado y nos íbamos al precipicio. Los indígenas llaman a la carretera la culebra ponzoñosa porque por ahí llegó dizque el progreso: los gringos. En Independencia hay más gringos que en USA y con eso les digo todo. Cuando llegué y vi el tierrero casi me voy para atrás. ¿Y este es el premio que me gané?, me dije a mí, porque yo me imaginaba un paisaje bonito y al fondo un hotel con piscina y lujos.

—Esos yanquis son como cucarachas —dijo el Profe, a lo lejos, desde su mesa—. Son una plaga esos monos desteñidos imperialistas —y señaló al Zurdo, que era albino, de Santuario Antioquia—. Llegan a todas partes a colonizar, a someter, a robarse todo, a cagarse en la cultura esos pálidos capitalistas neoliberales. ¿O no, Negro?

—Sí, Profe, tenés la razón. Si vieras lo que pasó con un indigenita, con Julito Pushaina, y con la hermanita, te vas ya mismo para Afganistán a alistarte en las filas de Osama —dijo el Negro y con la mano llamó al Profe para que se uniera al grupo.

—Y... Negro... Acordate de aquello, del dato que nos debés —dijo el Zurdo. Luego le picó un ojo al Negro y se señaló con la boca las tetillas y luego el cierre del bluyín—. Nos tenés ansiosos.

—Entonces me bajé del bus y empecé a caminar por caminar con los otros que también se habían ganado el concurso de la emisora, pero el desierto no cambiaba y entonces llegué a pensar que estábamos caminando sin avanzar, que estábamos caminando quietos. El sol nos perseguía y de vez en cuando se bajaba un poquito, nos hacía la maldad, pero nosotros continuábamos dando pasos, ilusionados con encontrarnos más adelante un puñado de indígenas empeloticas con una jarra de limonada helada para cada uno, que nos llevarían a un hotel cinco estrellas con piscina, sauna, turco, bar barra libre y todos los fierros. Una señora, como no tenía a qué, le tomaba fotos al sol. Como a las dos horas de camino empezamos a sentir el olor a humano, el calor humano...

—Quéééééé, Negro, no me digás: ¿estaban haciendo un sancocho de humano? —dijo el Feo—. Qué se sentirá uno metido en una olla gigante, flotando en agua hirviendo y los indios con su coquita esperando alrededor mientras otros van llenando la olla de aliños y revuelto.

—El olor a humano, Feo, era un indígena bocabajo asoliándose, muy prendido y con una botella de alcohol en la mano. Cuando lo vimos, todos pensamos que la piscina debía estar cerquita, y sin saludar al señor aceleramos el paso —dijo el Negro mientras los

muchachos lo miraban entusiasmados, convencidos de que pronto iban a aparecer las mujeres sin ropa en la historia del Negro—, y cuando vi lo que vi me acordé de ustedes, muchachos. Independencia es hágase de cuenta este bar un sábado a las dos de la mañana después de un partido de la Selección: hombres y mujeres medio derretidos en el piso, aferrados a botellas, caídos de la perra, abrazando el vómito, como esas películas alemanas en las que los muertos están dispersos por ahí, como obstáculos, y los nazis los saltan, los esquivan. La señora de la cámara la guardó rapidito en el bolso, como si estuviera en el parque Berrío a las diez de la noche, y me agarró del brazo y yo le dije que esa sí era una foto, que Independencia parecía una película de zombis, porque mientras avanzábamos los indígenas estiraban las manos para agarrarnos los pies. Otros indígenas estaban haciendo escándalo con la poquita bulla que les permitía hacer el desaliento y la rasca, otros cantaban reguetón, otros les pegaban a sus mujeres, otro borracho estaba dizque ayudando a otros borrachos a buscar un borracho que llevaba desaparecido tres días sin saber que se estaba buscando a él mismo. ¡Qué cosas! Con alcohol en la cabeza uno es capaz de hacer lo que hizo la mamá de Julito Pushaina y hasta de más...

—¿A las mujeres? —Orejas interrumpió al Negro—. Contá, ya que estás hablando de las mujeres indígenas, contá entonces si es verdad o no que las tetas les llegan hasta el ombligo y que no les crece pelo en la cuca.

—... Y seguimos entrando y empezamos a ver gringos como cucarachas por todas partes —recuperó el hilo de la historia el Negro, ignorando a Orejas—, y *hello* por aquí y *hello* por allá, y *how are you, welcome* y tu morro no sé qué y naistumitui no sé cuántas

y todos frescos, como si no hubiera trago para ellos. Al fondo vimos una carpa con los logos de la emisora y adentro estaban nada más y nada menos que Kike Tropical y Fredy Melano haciéndole publicidad a un político y diciéndoles a los indígenas que votaran por él.

—Negro, Negro —dijo el Loco López poniéndose las manos en la cabeza—, andá al grano, andá al grano: ¿cómo las tienen las indígenas?, ¿cómo?

—No vi ni media teta, Loco —dijo el Negro, enojado—. Andan vestidas hasta el alma, de los pies a la cabeza, como la canción, como árabes, con camisetas Nike, tenis Reebok, pantalones Puma. Algunas chiquitas tenían los ojos azules y nos ofrecían mochilas con la bandera de la USA y otras de tejido wayuu para cargar el celular. Es más: yo pensaba que me iban a recibir con aguapanelita y me salen dizque con Coca-Cola, y en vez de danzas raras con tambores puro dale duro, papi, dale duro, por ahí, dale... Les colonizaron hasta el alma a los indígenas y los volvieron borrachos y por borrachos es que les pasan cosas como las de Julito Pushaina y la hermanita.

—Negro, no es que los gringos colonicen, no seás ignorante, lo que pasa es que los indios son muy indios y solo les gusta beber y hacer pereza, son echados y les da miedo enfrentar la ciudad y se quedan allá haciendo nada, y entonces los gringos, que son una raza superior, gente trabajadora y emprendedora, montan sus bares para mantenerse —dijo Orejas y miró a Marito que asentía.

—Y cuando llega el primer mundo —complementó Marito, que estaba tomando mucho chirrinchi y se había olvidado de atender las mesas— los indígenas se dedican a la vagabundería, a beber y a ver trabajar a la potencia, atenidos, sin ninguna consideración. Y ni pena les da.

—Y por eso la imagen de Colombia cada vez se va más al piso —dijo el Feo—. Negro, y te lo digo con todo respeto: esos gringos que vos conociste en Independencia son flojones, porque si yo fuera gringo metería a todos los indios borrachos esos en un bus y los sacaría de allá, los mandaría a Irak o a Venezuela para que aprendan.

—Qué brutos son ustedes, señores —dijo duro el Profe desde su mesa, luego agarró la silla y la arrimó donde estaban todos—. Los gringos colonizan, imponen su cultura, y si les toca matar matan para imponerla, y si tienen que alcoholizar alcoholizan para imponerla. Por eso se inventaron a Rambo y a Mickey, por eso dicen qué música se tiene que escuchar, qué tenemos que tomar y comer, por eso se inventaron a Britney Spears, para obligar a las niñas a vestirse como ella...

—Si mi hija se llega a vestir como Britney Spears la tuso y la mato —dijo Marito y se tomó otro trago.

—Marito, pero si vos no tenés hija —dijo el Zurdo que en ese momento se despertó.

—No importa, pero de todas maneras la tuso y la mato.

—Estoy de acuerdo con el Profe: los gringos son una plaga —dijo el Negro—. Antes de que llegaran los gringos los indígenas consumían alcohol como ritual y producían eso que ustedes están tomando, pero desde que llegaron los gringos los indígenas han bebido equivocados, en general, el mundo ha bebido equivocado. Los indígenas desayunan trago, con eso les digo todo, desayunan trago como Luisito Rey, el papá de Luis Miguel, el cantante que se maquilla con Nescafé. Por eso pasan cosas como la de Julito Pushaina y la hermanita, por el alcohol.

—Y entonces llegan más gringos, se riega la bola, llegan emisoras, y ahí sí llegan turistas nacionales y más gringos y más plata —dijo el Profe y le dio una palmada a la mesa para que el Zurdo despertara —... Y se vuelve una zona turística y la gente va a ver indígenas como cuando va al zoológico, y los ve, como dice el Negro, los ve borrachos tirados en el piso, como indigentes, como desechables, y les tiran monedas y sobrados y se toman fotos con ellos y los gringos mientras tanto se tapan en plata y...

—Qué pena, qué pena interrumpir, Profe —dijo el Zurdo mientras se desperezaba, y luego señaló a los demás, que estaban medio dormidos—, pero ya que me despertaste, para que no se duerman los demás propongo que hablemos de algo realmente importante, trascendental, de nuestro fútbol profesional colombiano, que es ancestral, es cultura, es pasión, porque este tema nos aburrió desde que el Negro salió con que las indígenas andaban vestidas. ¡¡¡A los estadios no está yendo público!!!

—Qué animal sos, Zurdo, vos queriendo hablar de fútbol cuando estamos hablando de colonización —dijo el Profe ofuscado—. Y ya que estamos hablando de animales, con animales, ¿sabés con qué animal comparan a los gringos? Con los cocodrilos, porque son oportunistas: esperan el momento preciso para atacar rápido y con precisión y se comen a los pececitos, pero también se mandan tiburones blancos. Son unos hijueputas, y eso no tiene discusión.

—Negro, no más rodeos, Negro, contá lo de tus hermanitos indígenas y acabamos con este tema de una vez antes de que estos se den en la jeta —dijo Marito.

—Qué ignorancia la tuya, Profe —dijo el Zurdo y se rio—. ¿Cuándo un indígena va a ir a la luna?, ¿cuándo? ¿Cuándo un equipo de

fútbol de indígenas va a llegar a la profesional? Ese televisor que hay allá colgado se lo debemos a los gringos, y ese ventilador también, en cambio plantas cualquiera cuida, cualquiera siembra un árbol, cualquiera le saca yuca a la tierra, cualquiera se emborracha. No hay discusión: los gringos son superiores. Hasta nieve tienen. Hablemos de fútbol, mejor, que la situación está preocupante: ilos estadios en el campeonato nacional se están quedando solos! Un día de estos se van a quedar vacíos del todo, sin gente, y nosotros acá como si nada, cruzados de brazos, indiferentes, hablando banalidades como en este momento. Reaccionemos, muchachos, reaccionemos.

—Sí, Negro, hablemos mejor de fútbol, porque desde que dijiste que las indias no muestran tetas ni cuca la conversa se fue al piso —dijo el Loco López y los demás lo apoyaron chocando las copas—. O terminá en dos palabras la historia del niño para que no te nos frustrés.

—Entonces saludamos a Kike Tropical y a Fredy Melano y ellos nos dijeron, aunque todos lo sospechábamos, que en Independencia no había piscina y que conociéramos por ahí, la arenita, y que cuandouviéramos sueño nos metiéramos en unas carpas que nos señalaron. Ganar es perder un pocotón, filosofó uno de los ganadores del concurso de la emisora, con una lagrimita chorriándole por el cachete, y se fue a la carpa y se envolvió en un *sleeping* estrecho, quizás a maldecir los cuatro días y tres noches del premio, y al rato, cuando arreció el frío, los demás también se fueron a enchuspar. Yo me le arrimé a un viejito indígena que estaba llorando y él me contó que su hija, la mamá de Julito, que tomaba más trago que Pambelé, la noche anterior se había desesperado mucho por alcohol y de puro desespero cambió a Julito por dos

botellas de whisky —contaba el Negro mientras todos los muchachos lo miraban con ojos y bocas abiertos como si fuera un partido de fútbol—. Como a la hora, cuando acabó las botellas, que se bogó como hace el Zurdo cuando le pagan la quincena, arrepentida, se mató delante de todos. Y luego el abuelito de Julito me contó lo peor, lo peor, que si les cuento, si les cuento ustedes dejan de beber y con eso les digo todo.

—¿Qué, Negro?, ¿acaso la indígena cuando acabó las botellas cambió al papá también por una media de aguardiente y el papá estaba llorando ahí porque ya iban por él?, ¿o qué, Negro? —dijo Marito.

—¡La mamá de Julito estaba embarazada! —dijo el Negro.

—Uy, Negro, pague uno y lleve dos... No vuelvo a beber, no vuelvo a beber, eso es malo, hasta salgo vendiendo a mi niño —dijo Orejas y se bogó el último trago de chirrinchi.

—Orejas, pero si vos no tenés niño —dijo el Feo.

—No importa, pero de pronto lo salgo vendiendo. ¡No bebo más!

—Negro, y por casualidad, ¿los gringos te hablaron de fútbol y de la poca asistencia de público a los estadios del país? —dijo el Zurdo, el Profe lo miró con odio y se fue del bar—. Porque los gringos saben de todo y hasta tienen la receta, uno qué sabe, para que nuestro fútbol mejore y asista más gente a los estadios del país.

—No, Zurdito, nada más le escuché decir a uno de ellos que el fútbol colombiano es más lento que nadar en yogur —dijo el Negro, por decir cualquier cosa, y se levantó de la silla para desentumirse.

—iiiQuéeeeeeeeeeeeee!!! —gritó el Zurdo y se limpió el sudor de la cara con la camiseta de los Dallas Cowboys, que casi nunca dejaba descansar—. Conque eso piensan esos miserables

explotadores, colonizadores, abusadores, imperialistas, cocodrilos oportunistas —enseguida pateó sillas y mesas y la gente intimidada lo miraba—. Oigan todos: ¡voy a acabar con los gringos porque son una plaga, una peste, una raza de mierda, unos explotadores, unos usureros! ¡Arriba Fidel! ¡Arriba Chávez! ¡Hasta la victoria siempre!

—Yo he oído hablar de guerras químicas. ¿Qué tal si les hacemos una a los gringos a punta de guaro para volverlos alcohólicos? —dijo Orejas.

—¡No vuelvo a USA! ¡No vuelvo a USA! ¡Ni por el putas vuelvo a USA! —gritó el Zurdo y se montó encima de la barra del bar—. ¡No vuelvo a USA así me rueguen!

—Zurdo, pero si vos nunca has ido a USA —dijo el Negro.

—No importa, Negro, pero no vuelvo a USA —y saltó de la barra—. Y vos, Loco, ¿volvés a USA?

—Yo tampoco, Zurdo, no vuelvo a USA. Después de esa ofensa, de esa afrenta, quién vuelve a USA. Nadie vuelve a USA. ¿O vos sí, Feo?

—Pues cómo, Loco, aunque yo no haya ido a USA como ninguno de acá, yo tampoco vuelvo a USA.

—Los gringos son unos malditos dañadores de indígenas, eso son, y unos ignorantes del fútbol. Yo estoy del lado de Osama. Nos tenemos que desquitar de lo de Julito y la hermanita, de los abusos, de la colonización y del comentario sobre nuestro amado fútbol profesional colombiano. ¡Para qué Champions League si tenemos la Liga BetPlay! No más imperio, no más, no más capitalismo salvaje, no más gringos cacorros en nuestras tierras. ¡Gringos *out*! ¡Indígenas *in*! —continuó arengando el Zurdo y todos lo apoyaron. Luego entró al baño a mojarse la cara para desofusarse. Al rato regresó a la mesa indignado, haciendo pucheros, y sacó la billetera y

contó los billetes—. Mejor vamos a comer para bajar esta putería. Yo invito, muchachos. Acá cerca hay un McDonald's buenísimo.

Nos volveremos a beber

El día que conocí a Jeringa había arrancado solo para el parque del Periodista. Cuando llegué los muchachos estaban afuera del bar, cada uno con cada uno, con su botella, sus cigarrillos, sentados en fila y separados por medio metro. A Aguapanelo la falta de amigos parecía que lo había enloquecido más de la cuenta y entonces a mí, en un ataque de amistad, me dieron ganas de acercármele, saludarlo e invitarlo a la reconciliación, pero más bien me contuve y mejor me puse, mientras me tomaba mi litro personal de aguardiente, a oírle sus disputas a todo volumen con él mismo. Se decía que los amigos no existen, que se agotaron, que la soledad era mera hijueputa porque vivía descompletando parejas y grupos para acompañarse de solos. Y enseguida decía que sí existen, que estaban en cosecha, que los amigos eran lo máximo. Aguapanelo alegaba con él, se contradecía con él, brindaba con él, lloraba con él y el otro él le decía que no fuera nenita, que dejara de chillar y de ser bipolar porque ser bipolar era una cosa maravillosa que no le recomendaba ni al peor enemigo.

Yo seguía tomando muy seguido, cogiendo fuerzas para aguantar los totazos que me darían los muchachos cuando me les parara a todo el frente y les dijera durito lo que se merecían, lo patéticos que se veían cada uno con cada uno sin nadie, solos con ellos solos y su mundo, cuando les advirtiera lo peligroso de andarse solo en esta

ciudad sin amigos, lo maluco, lo aburridor, lo zozobrador... No tuve agallas. A medida que la noche iba acercándose a la madrugada fuimos siendo menos. Los que se iban sacaban de la billetera algún billete para el ladrón de turno o uno de diez mil para el taxi, plata que de andar juntos, reunida, significaría unas cuantas botellas más y más humo y más pachanga y más conversa y una pasaíta a saludar a las peladas del estriptis.

Cuando estaba a punto de acabar mi litro personal vi solo a Alelí, achicopalado porque se había bogado el trago a las carreras sin darse cuenta. Entonces, detallista que soy, buen amigo, me fui para el estancillo y compré, con la plata destinada para mi ladrón de esa noche, media de guaro para compartirla con él y aprovechar y decirle que dejáramos de bobiar, que qué carajada era esa de andar solo con uno solo no más habiendo tanta gente sola y con ganas de gente sola para acompañarse, que amigos por siempre, que chocara esos cinco, que nos volviéramos serios y nos pusiéramos en la tarea de reconciliar a la gallada, de juntarla, pero cuando llegué Alelí ya no estaba ni tampoco mi litro de aguardiente con lo poquito que quedaba. Lo insulté. Lo maldije. Lo volví nada con el pensamiento. A todos los insulté y los maldije y los volví nada con el pensamiento y estuve de acuerdo con el yo de Aguapanelo que aseguraba que los amigos no existen, que son la cagada. Me sentí más solo que nunca. Decepcionado. Al rato conocí a Jeringa.

Yendo para la casa me agarraron los nervios porque no tener la cuota para los ladrones era un suicidio. De todas formas me hice el tranquilo para despistar al enemigo y decidí burlarme de la vida, retarla por maluca, injusta y peligrosa, por quitarme con quien charlar. Como antes, pero solo, subí gritando, cantando, mirando de

frente y feo los ojos que se iban encontrando con los míos, sintiéndome un gentío. De golpe sonaron las ramas de un palo de mango que acababa de pasar y por arte de magia dejé de sentirme gentío para sentirme un bobo hijueputa cagado del susto.

Me faltaban tres cuadras para llegar a la casa y entonces pensé en correr, abrir la puerta a las carreras y guardarme, pero las temblorosas de mis piernas se rancharon en caminar despacio, despacio, amenazándome en cada paso con dejarme varado. Saqué la media de guaro que me venía tomando y me mandé un trago largo. Como el chorro no fue capaz de espantarme el miedo me eché la bendición con disimulo para que el ladrón no me detectara el susto y se le facilitara la atracada. Más adelante, antes de que se me acercara por detrás con una navaja o una pistola y me dijera «Esto es un atraco, gonorrea, no mire para atrás, no me mire y deme lo que tenga», me puse la chaqueta que tenía amarrada en la cintura para restarle potencia al impacto de la bala o de la navaja.

El ladrón seguía detrás de mí, caminando muy lento, y yo seguía tomando y fumando como si nada, haciéndome el desentendido, el inmortal, pero repitiendo por dentro, muy por dentro de mí para que no me fuera a escuchar, «No tengo miedo, no tengo miedo, ni pizca de miedo, soy un valiente». De sopetón me llegó por la espalda y me enroscó un brazo en el cuello, y así abrazado, como si me quisiera, me fue llevando loma arriba.

—No se me alebreste, hijueputa, siga caminando, como si nada, que le clavo esta pistola —dijo entre dientes—. Haga de cuenta que somos amigos y no dé visaje.

Mientras yo, confundido, analizaba eso de *le clavo esta pistola*, todo amoroso me pidió con un tono horrible que le enroscara mi

brazo en su cuello.

—Tranquilo, señor ladrón, fresco, con mucho gusto —y lo abracé también, como a un amigo del alma. Me sentí pleno, feliz. Hacía rato que no abrazaba y ni me abrazaban.

En el camino me pidió plata, anillos, reloj, cadenas, celular, lo que tuviera. Pero yo no tenía nada y con vergüenza se lo hice saber. Ahí fue cuando sentí que me empezaba a clavar la navaja o la pistola o el dedo, no sé, el caso es que algo me punzaba en la espalda.

—Que me des plata, hijueputa, no estoy charlando.

—Don ladrón, se lo juro, no tengo nada —le dije. Luego giré un poquito la cabeza y le miré los ojos para que me viera los ojos y en mis ojos la sinceridad mía—. Si quiere tómese un trago —y le arrimé la media de guaro y enseguida le aclaré, dándole palmaditas en el hombro—: Eso sí, no tengo copas: le toca a pico de botella.

Se tomó el sorbo sin dejar de abrazarme y seguimos caminando. Le ofrecí cigarrillos. En el camino le dije que me daba mucha pena pero que en realidad estaba sin un peso, que la plata que tenía la había invertido en la media, que en otra oportunidad con mucho gusto y que qué días atracaba por acá y a qué horas para yo darme la pasaíta sin falta. Hablando y hablando se le olvidó que yo era su víctima y a mí que yo iba para la casa. Sin darme cuenta me había alejado como media hora abrazado y bebiendo con el ladrón.

Le conté mis penas y él me contó las suyas. Le conté que antes los muchachos y yo íbamos y veníamos por la ciudad juntos, felices, en gallada, engallados como si nada, haciendo locuras, dichosos, comiéndonos el mundo, pero que a la vida se le había dado por separarnos de a poquitos. Le conté que cuando empecé a publicar cuentos en periódicos y a sacar libros y a ganar premios y a mi

nombre se le dio por aparecer en Google me volví el ídolo de todos, que los muchachos me admiraban y chicaniaban conmigo, pero que luego, cuando se me agudizó el éxito y a ellos la envidia y la rabiecita, me mandaron a la quinta porra. Le conté que con el paso de los días todos se fueron quedando solos, que yo me fui quedando solo, que cada uno andaba con cada uno y nadie más, que se había desbaratado el grupo. Me contó que los amigos que tenía también lo habían sacado del combo a patadas por pobre, luego otros de otro combo por ladrón, otros de otro combo por no compartir la plata de los robos y, al final, se quedó sin combos, descombado, sin nadie para charlar, en la berraca soledad. Me contó que llevaba dos años robando en el barrio, que antes era muy difícil pero que de un tiempo para acá, en plena época de la ebullición de los solos, era sencillísimo desvalijar a la gente porque ya no se veían galladas, que las personas andaban solas, sin ni sombra, como tiradas en el mundo y por eso no había peligro, que con un dedo parado dentro de la chaqueta imitando un arma hacía para comer, compraba ropa, pagaba la pieza, se alcahuetiaba los vicios, iba a cine. En una ocasión, hace poco, me contó, yo iba a ser su víctima, pero otro ladrón se le adelantó.

—Y vos le diste, marica, y a mí te me estás haciendo el loco —y sonrió y se tomó el último trago—. Pero te la perdono y te agradezco la charlada y el chorro, bacán.

Se soltó del abrazo y arrancó loma abajo.

Viéndolo alejarse me agarró la nostalgia, la desdicha, me acordé de que existía la soledad. Extrañé el calorcito de su brazo en mi cuello. Entonces no me aguanté y salí a toda detrás de él, persiguiéndolo como si yo ahora fuera el ladrón.

—No se me alebreste, hijueputa —le dije mientras le encaramaba el brazo en el cuello y con el dedo de la otra mano le punzaba el pecho—. Deme su amistad, démela, o le clavo esta pistola.

Se rio.

—¿Otra media o qué, parcerito? ¿O una botella? Yo invito —le dije—. A propósito, ¿cómo te llamás?, si se puede saber.

—Jeringa, un amigo más —y me dio la mano. Luego me preguntó—: ¿Y la plata?

Le dije mi nombre, le conté el plan y nos volvimos a abrazar. De regreso a la casa, todo el tiempo abrazados, nos la pasamos de lo mejor hablando mal de la gente, burlándonos de los solos, contando chistes, cantando, trovando, hablando de fútbol. Entramos sin hacer bulla y me esperó en la sala mientras yo sacaba plata del bolso de mi mamá y preparaba los sánduches. Más tarde, llenos, a pesar de la hora, salimos a callejear. En el parque Obrero bebimos, fumamos, charlamos, chacotiamos y nos acompañamos hasta que al envidioso y solo del sol se le dio por aparecerse a tirarse en todo.

Entre guaro y guaro le dije que en esta vida andar sin amigos es de lo más berraco. Que antes los muchachos y yo hacíamos todo juntos, éramos inseparables, pero que con el tiempo nos fuimos cogiendo perecita, evitando, dejando, traicionando, odiando, yéndonos de distintas maneras hasta quedar convertidos en solos. Le confesé que desde la echada que me habían pegado los de la gallada me sentaba en los parques solo, jugaba Solitario solo, iba a fiestas solo, a cine solo, a los conciertos de Bajo Tierra solo, al centro a ver gente solo, a discotecas solo, a bares solo y pedía una botella y dos o tres copas y me la tomaba solo. Que yo hablaba y brindaba conmigo, que me daba ánimos, me elogiaba, me hacía reír,

que a veces me coquetiaba, que a veces me regañaba, me burlaba de mí, me hacía cosquillas, me ponía zancadillas y me empujaba para que dejara de charlar pesado conmigo mismo, que me daba consejos, palmaditas en la espalda... Jeringa, llorando de la rasca, conmovido con mi relato, me dijo que sí, de acuerdo, que amigos para qué maldita sea, que los amigos no existen, que esa llamada amistad es tan solo una ilusión, un invento de la gente amiguera para molestar a los desamigados, a los solos, una farsa, que cuando medio se asoma un amigo siempre conspira algo para que la cague, que cuando uno está en condición tiene amigos a granel pero si el destino cruel hacia un abismo nos tira vemos que todo es mentira y que no hay amigo fiel y que amigo cuánto tienes cuánto vales principio de la actual filosofía, amigo no arriesgues la partida, tomemos este trago, brindemos por la vida, brindemos por la vida pues todo es oropel.

—Me voy, me voy ya que estoy que me vomito —dijo mirando el azulito culposo del cielo.

—Pues cómo, Jeringa, no te podés ir así todo fiesto, mirate, güevón, te atracan, y yo no me perdonaría eso —y puse su brazo encima de mi hombro para cargarlo—. Venga amanezca en la casa.

Hasta ahí, todo bien. Nos veíamos los sábados, nos emborrachábamos, hablábamos de todo, él amanecía en la casa, mi mamá al otro día nos llevaba los Alka-Seltzer, las pastillas, las jarras de agua, el caldito, el desayuno y el almuerzo a la pieza y en la noche, después de la melona, de jugar atari y de ver los partidos por televisión, Jeringa se iba para su casa.

Con los días nos hicimos inseparables, íntimos, los mejores amigos del mundo. Íbamos juntos al parque Bolívar a chupar paleta, a ver

artistas, ladrones correr, atracados perseguir, policías esconderse, a los recitales de poesía a dormir, al estadio a ver perder al Medellín, a cine, a teatro, a juniniar, al parque del Periodista de vez en cuando a disfrutar de la envidia de los muchachos que cada vez estaban más solos, más cada uno por su lado con cada uno, como tirados por ahí, sobrándole al mundo. Pero las cosas entre los amigos no pueden durar, por más amigos que sean, porque los amigos no existen. No hay excepción a la regla.

Cuando fuimos donde las pelanduscas esas empecé a sospechar de Jeringa. Antes de entrar le conté que los muchachos y yo cuando teníamos plata íbamos a ver suripantas empelota, que les poníamos billetes en las tangas, entre las nalgas, que se nos sentaban en las piernas, que se dejaban tocar hasta lo que no tenían. Luego le dije que lo invitaba, que yo le pagaba el rato, que escogiera la que más le gustara del catálogo. Yo me enamoré de una pelinegra blanquita y me la llevé para la pieza, pero él no quiso, se negó a entrar y me esperó en la sala conversando lo más de entusiasmado con el muchacho de la recepción. Cuando salí me puse a detallármelo y caí en cuenta de que Jeringa la mayoría de las veces vestía la camiseta de la Pantera Rosa con cuello en ve sabiendo que era un ladrón exitoso que tenía para derrochar en ropa recia y de colores más oscuros y con animales más bravos y menos rosados, y le sentí, por primera vez, la voz amanerada.

Jeringa no salía de mi casa y eso me parecía sospechoso. Cuando yo llegaba del trabajo él estaba ahí, esperándome y charlando con mi mamá, que siempre se la llevó muy bien con mis amigos, pero con Jeringa se la llevaba de lo mejor.

En la semana, todos los días, nos poníamos a jugar atari en mi pieza y, desde mis sospechas, me pareció que me miraba mucho y que me preguntaba cosas de esas que preguntan las novias. Mamá no faltaba con el mecate. Se quedaba mirándonos jugar y Jeringa se portaba muy amable con ella, como si fuera la suegra, tratando de ganársela. No decía groserías ni hacía gaminerías ni eructaba ni nada. Hablaban de ropa, de peinados, de lociones, de cremas, de antisolares, de batidos, de penca de sábila, de aguacate en la cara, de las cualidades mías, de la separación de papá, del futuro, de telenovelas, mientras yo masacraba gente y pajaritos como todo un macho con la pistola del atari. A los pocos días pasó lo que pasó. Por eso es que yo digo que a la vida no le gusta que uno tenga amigos.

Nos emborrachamos en el Pueblito Paisa y no me aguanté. Le pregunté que si era marica y que si andaba conmigo por amistad o por otra cosa. Le dije que yo era todo un macho de pelo en pecho y remolino en el culo y que conmigo de lejitos los del otro equipo. Y lo empujé. Jeringa se puso rojo, agachó la cabeza, se levantó y, cuando yo pensé que se iba a poner a llorar para que me diera pesar y lo mimara y de pronto le diera un besito o algo, arrancó a caminar como si nada, como si no le acabaran de romper el corazón. Me terminé la botella ahí solo, sentado conmigo, pensando que la amistad es una perdedera de tiempo, una conseguidera y perdedera de gente aparecida muy necesaria que no valía la pena. Antes de irme para la casa a dormir estallé la botella contra el piso.

Al otro día me llené de ira cuando leí la carta de Jeringa, puesta sobre la mesa del comedor, y me enteré de que en la noche, antes de que yo llegara, se había metido a la casa y se había robado lo que yo más quería. Me había utilizado para su fin. La carta

terminaba diciendo que lo había hecho sin querer, que estaban hechos el uno para el otro. Y que nunca hay un adiós total, y que no hay olvido cuando existe la amistad y el respeto, y que nos volveremos a beber porque siempre hay un regreso. Acabé de leerla puto, dolido, ardido, decepcionado, llorando. Luego quebré todo lo que se me atravesó, despedacé los cuadros, los portarretratos y corrí como un loco por la casa, sintiéndome huérfano, maldiciendo a Jeringa, y a mi mamá también, y extrañándolos, claro.

Anís era una fiesta

Estábamos en el bar de Ernesto, como todos los domingos a las cinco de la tarde, para ver la final del campeonato de fútbol nacional. Era un acontecimiento: jugaban el Verde y el Rojo. Ese día Ernesto no quiso poner el partido porque se moría de nervios y mientras todo el país estaba mirando el Canal 9, nosotros estábamos en el 5 viendo «Corazones rotos», un programa al que llamaban señoras despechadas a contar las infidelidades de sus maridos. De un momento a otro Tito se levantó de la mesa, fue a la barra del bar, agarró un lapicero, en la mano apuntó el número de teléfono que aparecía en la pantalla y empezó a marcar, pero siempre le sonaba ocupado.

Por esos días Tito estaba tomando de más así no se le viera la borrachera y andaba bajitico de ánimos y como enojado, mientras que el Tito de semanas atrás se la pasaba montado en la barra del bar mostrando las tetillas, haciendo piruetas y contando chistes como si la vida fuera muy buena.

—Habla Fredy Melano, de «Corazones rotos», ¿con quién tengo el gusto?

—Habla con Tito —cuando escuchamos la voz de Tito en el televisor casi nos vamos de patrás—, y lo llamo desde el bar de Ernesto, en el barrio París.

En ese momento la actitud de Tito nos intrigó, pues se mostraba muy serio y solemne en un momento tan chistoso como ese, pero así venía desde hacía días. Por eso los muchachos y yo queríamos saber con qué iba a salir, qué era lo que lo tenía así, apagado, lo que le iba a contar al cero dos por ciento del país que veía el programa. Tiene cáncer o le van a embargar la casa, pensé, o las dos cosas, y se quiere desahogar con el país.

—Le va a confesar al mundo que tiene dos sexos —molestó Memo.

—O que es el conejo de peluche que entrega publicidad en la Avenida Oriental, en el semáforo cuando paran los carros, al que los niños y los universitarios le patean el culo —dijo Fabián.

Cuando Fredy Melano le pidió que contara su historia, Tito se tomó un trago triple de Anís Festivo, cogió aire, fuerzas, nos miró con cara de angustia, limpió la bocina del teléfono con la camiseta y se tomó otro triple. Dudaba. Pensaba más de la cuenta, mientras Fredy Melano cruzaba y descruzaba las piernas sentado en su sofá fluorescente como toda una diva, preocupado por el tiempo. Todos mirábamos a Tito, expectantes. En la calle se escuchó el grito de gol y ni nos importó.

—Fredy, simplemente llamo para exigir en nombre mío y de la Organización, que está a mi lado acompañándome y apoyándome, que la Fábrica de Bebidas Independiente, más conocida como la FBI, retire del mercado, a más tardar en cuarenta y ocho horas, el Anís Festivo, o si no cuento toda la verdad.

Cuando se cortó la llamada, Fredy Melano se levantó del sofá, se acercó a la cámara y adujo fallas en la comunicación. Luego le pidió a Tito que volviera a llamar, pero por mucho que disimuló se notó

patente que a Tito lo habían sacado del aire por lo que había dicho. Después, algo angustiado, mandó a un video musical que al poco tiempo fue interrumpido por una noticia de última hora: el asesino más recio, sanguinario y despiadado de los últimos siglos salía de la prisión luego de cumplir su pena. Con el pelo tinturado de amarillo y vestido totalmente de rosado le pedía a la sociedad, a la cual se reinsertaba desde ese momento, que le consignara dinero a su cuenta bancaria para no tener que asesinar ciudadanos para conseguirlo, y de esta manera poder cumplir el sueño de tener su propio salón de belleza y demostrarle al mundo sus habilidades en *manicure, pedicure*, corte y cepillado de cabello.

Tito volvió a la mesa y se tomó un trago de Anís Festivo. Al rato yo fui el primero en reclamarle por haber desaprovechado la oportunidad, pues él mismo se había dado cuenta, aunque no lo reconociera, de que era muy difícil que entrara una llamada a «Corazones rotos». Allá no llama nadie, dijo Tito, Fredy Melano desconecta el teléfono para hacerse el importante, el de mucho *rating*. El segundo que le reclamó fue Memo, diciéndole que por dárseles de trascendental había desaprovechado la oportunidad de volverse famoso, un ídolo de la humanidad. Después le reclamaron el Ñato, Marcelo, Ernesto y Fabián porque todos, cuando entró la llamada, pensábamos que Tito iba a salir con una genialidad, con algo memorable y digno de contarles a los nietos. Esperábamos mucho de él, un apunte brillante que se volviera rumor, una especie de virus que hiciera que mucha gente viniera al barrio a conocernos, pero lo de Tito fue desconcertante.

—Entiendan, muchachos —dijo Tito arrugando la frente—: el Anís Festivo no está emborrachando casi. A esta hora tendríamos que

estar convulsionando en el piso, y miren, estamos como si nos hubiéramos tomado cuatro litros de aguapanela. ¡Nos están robando!

Los muchachos y yo nos cambiamos de mesa, decepcionados, y le dimos la espalda para que Tito escarmentara por haber tirado a la basura la oportunidad de dejar de ser nadie, y nosotros también por ahí derecho.

—Hace mucho rato tendríamos que haberle colgado a Memo la bolsa en las orejas para que vomite mientras duerme, pero está enterito, como nuevo, y llevamos cuatro litros de Anís Festivo en la cabeza. Y miren al Ñato que está como si nada, mírenlo, y hace un mes a esta hora, con menos trago, estaba cagado de la risa, llorando y vomitando a la vez —gritó Tito desde su mesa, dolido, abandonado a dos metros de nosotros—. ¡Le quitaron grados de alcohol!, no hay duda, este no es el mismo de antes; a mi hígado no me lo engañan así de fácil.

Cuando Ernesto iba a cerrar el bar oímos un pitido que nos hizo brincar sentados, como si alguien debajo de la mesa nos hubiera chuzado las nalgas con un alfiler al mismo tiempo, pitido que luego se convirtió en una bullita constante y pegajosa. Nos miramos extrañados, pero también emocionados porque nunca en la vida había sonado el celular de ninguno, que nos servía únicamente para mirar la hora y jugar culebrita.

Ernesto se esculcó el bolsillo del pantalón, pero cuando se acordó de que nunca había tenido celular miró a Marcelo con cara de tristeza, que sacó el suyo de la chaqueta, arrugó la frente y miró al Ñato, que lo sacó de una media y antes de guardarlo, aburrido, lo olió y miró a Memo, que se hurgó todo hasta que se dio cuenta de

que lo tenía en la mano y miró a Fabián, que lo sacó apagado del bluyín y me miró a mí y yo señalé con la boca mi celular en la mesa, tan silencioso como siempre, y entonces todos volteamos a mirar a Tito y le señalamos los bolsillos sin decir palabra, que por estar alegando solo no se había enterado de que su teléfono no paraba de sonar.

—¿Hablo con el doctor Tito? —preguntó una voz.

Era el gerente de la FBI que, muy cordial, le dijo que lo había escuchado en la televisión y quería pedirle que considerara su exigencia o, en su defecto, que les diera un poco más de plazo mientras analizaban la situación. Tito le comentó que la Organización no tenía tiempo para dar y que si no cumplían contaba la verdad, y colgó sin despedirse ni nada, como si el empresario importante en vez de decirle doctor le hubiera mentado a la mamá o chocado el carro que no tenía.

En ese momento, y aunque Tito era un desempleado como cualquiera de nosotros, un holgazán, un bueno para nada, lo vimos como un tipo con autoridad que valía la pena y no se dejaba de nadie, y por eso lo invitamos a que regresara a nuestra mesa. Ernesto cerró el bar con nosotros adentro, puso una botella de Anís Festivo de su cuenta y le dijo a Tito que les sacara plata a los de la FBI a cambio de su silencio. Los muchachos y yo apoyamos a Ernesto, pero Tito, a pesar de que no sabía ninguna verdad, a pesar de que todo había sido un golpe de suerte, dijo que no se vendía y que primero estaban su dignidad y sus principios, y que si no le echaban más grados de alcohol al Anís Festivo o lo retiraban del mercado revelaba la verdad y los perjudicaba.

Al otro día, muy temprano, el presidente de la Fábrica de Bebidas Independiente lo llamó, él nos lo contó más tarde, y Tito lo puso a esperar en la línea, dándoselas de importante. Al rato, sin saludarlo siquiera, le dijo que en la noche anterior se había tomado cinco litros de Anís Festivo con los muchachos de la Organización y que ni se les movió el piso un poquito.

—¿Puede creerlo? Amanecimos como nuevos, como si hubiéramos tomado mazamorra toda la noche.

—Entiendo, señor Tito... —repuntó el presidente de la FBI, pero Tito lo interrumpió al segundo.

—No, señor, usted no entiende nada. Quedan —y rápidamente hizo las cuentas—... quedan treintaicuatro horas. Eso es lo único que entiendo. Mañana a las ocho de la noche se cumple el plazo y ya son las diez y cinco minutos, las diez y seis minutos ya, señor.

Entonces el presidente de la FBI le suplicó que le concediera una semana más de plazo para estudiar el asunto y mirar si era posible agregarle aunque fuera un grado más de alcohol al Anís Festivo, pero él le dijo que no daba prórrogas, que no insistiera ni se le arrodillara porque a él desde chiquito le habían inculcado el valor de no dar prórrogas. Tito nos contaba esto y nosotros lo queríamos besar, apachurrar, cargarlo en hombros y exhibirlo por todo el barrio París como hacen con los santos de cemento. Enseguida el presidente de la FBI lo sobornó diciéndole que cambiara la verdad por verdes, por muchos verdes para él y la Organización. Tito le colgó.

A los muchachos y a mí nos quedó sonando lo de los verdes y entonces le expresamos nuestros pensamientos sobre el tema, pues al fin y al cabo él solito no era la Organización, todos éramos la

Organización y también podíamos decidir. Tito ni nos miraba, pero se le notaba el descontento. Ernesto llegó con una botella de Anís Festivo y a la hora llevó otras dos envenenadas al escondido con dos traguitos de ron para que nos acompañaran mientras esperábamos a que sonara el celular de nuestro líder.

—Anís era una fiesta —dijo Tito cargado de ira—. Todo lo bueno y todo lo malo están en una botella de Anís Festivo de verdad. Ahora esto es agua. Agua. El mundo conocerá la verdad. ¡O cumplen, o cumplen!

—Y si por callar la verdad, Tito, les pedís a los empresarios esos que nos den trabajo en la FBI de catadores, con buen sueldito para poder beber a la salida del trabajo, y les solicitás por ahí derecho prestaciones sociales para combatir la cirrosis y para el trasplante de hígado si toca —propuso Memo y todos dijimos que esa era otra buena opción.

—¡Corruptos! —y Tito se paró de la mesa—. No merecen ser amigos míos, no merecen pertenecer a la Organización.

El resto del día no sonó el celular y nos fuimos a las casas a dormir con mico de tanto mirar ese aparato en la mitad de la mesa, pensando que las llamadas del gerente y el presidente de la FBI eran un chiste de mal gusto de alguien que había escuchado a Tito en el programa de Fredy Melano. Al otro día, a las nueve de la mañana y tan solo a once horas de que se cumpliera el plazo que habíamos dado, todos estábamos en el bar de Ernesto con los discursos preparados y asignado el orden de intervención de cada uno para persuadirlo a aceptar el soborno, pero Tito se nos adelantó.

—Muchachos, les pido que piensen en los borrachos, aunque sea un ratito de su valioso tiempo, piensen en ellos, en ustedes,

pónganse en los zapatos de los borrachos, pónganse en el hígado de ellos, saquen de sus cabezas la codicia. ¿Acaso no les duele que el Anís Festivo ya no los ponga a gatear ni a decirle a cualquier bobo aparecido que lo quieren mucho y que cuánto necesita que le preste? —Tito se paró y continuó hablándonos con los ojos encharcados—. Hay que ser revolucionarios, muchachos, enfrentar al sistema, a las empresas privadas, hay que exigir que le echen más grados de alcohol, porque ellos tienen muchos grados de alcohol, muchos, y se los están robando, llevándoselos de a poquitos para sus casas. Tenemos que luchar por los derechos de los borrachos indefensos, porque ellos tienen fundidas las neuronas.

Después de la intervención de Tito ninguno dijo palabra hasta las cinco de la tarde, ni el celular siquiera, a tres horas de que se cumpliera el plazo. Se quedó sin minutos el presidente de la FBI, dije, rompiendo el silencio, convencido de que se estaban burlando de Tito, o sea de todos nosotros, y cada uno arrancó para su casa. Menos Tito, que se quedó en la mesa alegando con él, manoteándose, diciéndose a todo taco que nosotros éramos unos corruptos ambiciosos que le queríamos lavar el cerebro.

—No se conforman con Tolú —dijo durito—; quieren la brisa de Hawái, y se venden por un Mercedes-Benz, pudiendo comprar a cuotas un Renault 4.

A las siete de la noche el sonido de su celular le interrumpió la pelea con él mismo. Contestó ofuscado. Sergio Toronto, el alcalde de la ciudad, que hacía las veces de intermediario, le pidió dos días más de plazo argumentando que la FBI no podía parar la producción de su licor estrella así como así, de un día para otro. Tito le respondió lo mismo que les había dicho al gerente y al presidente de la FBI, pero

no le tiró el teléfono. El alcalde aprovechó y le dijo que su silencio podría ser muy lucrativo: para él, su Organización y sus familias.

—Señor Toronja, ¿usted me está sobornando?

—Toronto, Sergio Toronto es mi nombre —corrigió el alcalde, pero antes de que siguiera hablando, Tito lo interrumpió con grosería: le dijo que les quedaban treintainueve minutos y ahí sí hizo lo que sabía hacer: le tiró el teléfono.

En ese instante, Tito se sintió gigante, inmensísimo, pues las personas más poderosas del país estaban a sus pies. Pidió una nueva botella de Anís Festivo sin haber terminado la anterior, que estaba medio entera, y nos llamó a las casas. Los muchachos y yo llegamos de inmediato y Tito nos puso al tanto de la llamada. Otra vez nos quedamos como bobos mirando el celular en la mitad de la mesa e intentando, de nuevo, persuadirlo de que aceptara las ofertas millonarias, pero antes de que nos mandara a la mierda, de nuevo, y nos hablara de la dignidad y de la ética y de los principios, de nuevo y de nuevo, sonó el celular.

—Les quedan veinteminutos —respondió Tito a toda velocidad y colgó sin escuchar la voz que había al otro lado.

Todos le reprochamos lo que había hecho y le dijimos que después de ese acto tan ruin y descortés no iban a volver a llamar. Al minuto sonó nuevamente.

—¿Con Tito?

—¡Les quedan quince minutos!

—Habla con el presidente de la república, Tito, no me cuelgue, por favor, no me cuelgue, con el presidente de la república de Colombia.

Ese momento fue apoteósico para Tito. Mientras el presidente de la república le pedía prórrogas argumentando que no era fácil sacar

del mercado un licor tan importante para los compatriotas, el Anís Festivo, que había hecho tan feliz a tanta gente y generado tanto degenere y esparcimiento, mientras le rogaba, casi le lloraba, le imploraba, le hablaba tierno el presidente, Tito saltaba de la emoción, hacía caras, piruetas, levantaba las manos sintiéndose más poderoso que nunca, el dueño del mundo.

—Eso es verdadero, don primer mandatario, ha hecho feliz a mucha gente, y yo me incluyo, pero ahora no hace ni cosquillas —le dijo Tito, recio, como si él fuera el presidente y el presidente fuera el vicepresidente o un pobre diablo como Tito—. Con solo decirle que la idea de dormir bien siempre me ha trasnochado. Se me dificultó conciliar el sueño toda la vida, hasta después de viejo. Ni pastillas, ni bebidas, ni sicólogos, ni siquiатras. Nada. El sueño no me llegaba. Hasta hace poco, me tomaba ocho botellas diarias de Anís Festivo y de repente, sin que me diera cuenta, el sueño me llegaba solo, sin ninguna ayuda. Hoy no duermo.

—En todo caso, Tito, el presidente de la Fábrica de Bebidas Independiente lo único que quiere es que la gente siga siendo feliz. ¿Acaso no sabe que Colombia es el país más feliz del mundo? Y gran parte de ese logro, no lo puede dudar, se lo debemos a la FBI.

Tito le dijo que sí sabía y que además sabía que teníamos el segundo himno nacional más lindo del mundo y la ciudad más emprendedora y violenta y el culibajito más paraco y más impune y el político más tibio y que también sabía la verdad y que si en cinco minutos no anunciaban en los medios de comunicación que le iban a adicionar más grados de alcohol al producto o su retiro del mercado los desenmascaraba. Colgó. Se había enviciado a tirar el teléfono. Levantó las manos y todos lo aplaudimos. Dios.

—¿Y si te llama el papa? —le preguntó el Ñato—. ¿Le colgás?

—...

—¿Y si te llama el presidente de Estados Unidos? —le preguntó Marcelo.

—...

—¿Y si te llama Jhonny Rivera, tu cantante favorito, también le colgás? —y después le dije que les estaba quitando a nuestras familias la posibilidad de dejar de ser pobres y a nosotros la oportunidad de no ser más la generación perdida del barrio.

Tito no dijo nada y yo me fui a despejarme un poquito en el sereno y a releer un cuento de Roberto Fontanarrosa parecido a nuestra historia buscando pistas para solucionar este enredo. En esas estaba cuando dos hombres de negro se me acercaron y en ese momento empezó a cambiar todo.

El Ñato me contó después que a las ocho de la noche en punto sonó el teléfono del bar y aunque Tito le dijo con señas a Ernesto que no estaba cuando se dio cuenta de que era su mujer, le tocó pasar y durante quince minutos estuvo en silencio escuchando una vocecita que gritaba. La cara le cambiaba de color y de un momento a otro se le puso blanca y empezó a sudar cuando la vocecita altanera le dijo que la esposa del presidente de la república la había llamado a ella a pedirle un día más de plazo y que como cabeza de hogar, como la jefa, ella no vio ningún problema y le dio dos. Ella colgó. Tito se quedó en el bar bebiendo con Ernesto, furioso, y los muchachos se fueron.

—Tito, yo creo que vos estás equivocado —le dijo Ernesto dándole palmaditas en la espalda—. El Anís Festivo tiene el mismo alcohol de siempre. Creeme. Anís es una fiesta que nos sigue. Me lo dicen las

estadísticas de hoy: seis peleas, tres clientes vomitando, dos dormidos en la mesa, cuatro infidelidades que me constan, resultaron dos nuevos poetas, cinco personas lloraron, un suicida en potencia, nueve maldiciendo el día en que se casaron... y eso que apenas son las ocho pasaitas.

Después de mi encuentro con los hombres de negro no volví al bar, pero siempre estuve al tanto de todo lo relacionado con Tito, el insobornable. La esposa le pedía cada minuto que le diera a su familia la vida que nunca le había dado y le explicaba, aunque Tito eso lo sabía muy bien, que sus hijos no conocían el mar y creían que la arena de la playa era igual a la tierra de las materas, que no sabían qué era la brisa ni una ola ni un cangrejo ni una ostra calientica con limón bajando por la garganta, y le exigía que recapacitara y mandara al carajo su ética y sus principios, pero Tito no cedía, y ella, aunque lo pensó, no le pidió el divorcio porque estaba convencida, como nosotros, de que en esta vida todo cede.

Por su parte, los muchachos continuaron a su lado hasta el último instante, hasta que todo pasó, intentando convencerlo de que aceptara las propuestas millonarias, diciéndole que no las dejara ir, y le acercaban el teléfono a toda hora para que llamara y le dijera al presidente o al gerente de la FBI o al alcalde o al presidente de la república, al que mejor le cayera, que nos sacara las visas que nos íbamos para Europa.

—¿Y la dignidad? —insistía Tito—. ¿Y mis principios? ¿Y el futuro de los borrachos de Colombia? No es lo mismo emborracharse en un yate con whisky escuchando reguetón que en nuestra tasca bogando Anís Festivo, muchachos, no es lo mismo. Son formas distintas de

beber: una es indigna, opulenta, la otra es bella y triste. Solo quiero que lo dejen como estaba.

Al día siguiente, el último, decisivo y final, los muchachos se encontraron en el bar de Ernesto para intentar convencer a Tito y le pintaron un mundo ideal en caso de aceptar las propuestas de la FBI.

—La gente inteligente se va del país —dijo Memo.

—Si es así como decís, a lo más inteligente que he llegado en mi vida es hasta Cúcuta —dijo Tito serio.

—Tito, imaginate todos sin ropita corriendo en una playa nudista en París viendo culitos civilizados del primer mundo —dijo el Ñato.

—París es muy frío, sobre todo cuando hace frío, eso lo escuché en las noticias: se les congela el pipí —dijo Tito.

—Pero con todo el billete que nos da la FBI mandamos a calentar el mar o compramos un sol solo para nosotros —dijo Marcelo.

—Sí, Tito, imaginate todos por allá andando las calles con camisas enchapadas en oro, gafas finas, tomando guarito, mirando pobres, con cinco o seis niñitas cada uno, tirádonoslas y tirádonos sin ropita de la Torre Eiffel amarrados a una cuerda —dijo Memo.

—Imaginate, Tito, aunque sea medianoche en París, saliendo con una modelito famosa y dándote el gusto de mandar a tu mujer a la reverenda porra, porque lo podés hacer, estando tu fiera allá la podés mandar a Colombia, en cambio acá en Colombia no la podés mandar a la porra en París porque no tenés plata, y si la mandás a una porra de Colombia ella regresa al rato como un perro perdido a tocar la puerta y vos le tenés que abrir porque o si no te mata —dijo Ernesto.

—Imaginate, Tito, todos nosotros en el desierto de París, porque a vos te gusta el calorcito, en el desierto cada uno conduciendo su camello y apostando carreras —dijo Memo.

—Y los borrachos de Colombia ¿qué?! Piensen en ellos, muchachos, no sean indolentes y codiciosos —habló Tito con el corazón despedazado—. Los borrachos de Colombia nos necesitan porque no tienen fuerzas para pelear ni cerebro para protestar, no tienen hígado ni pulso ni dientes ni familia, solo tienen nervios alebrestados, ansiedad, guayabo... y nosotros tenemos que luchar por sus derechos, tenemos que lograr que le pongan más grados al chorro.

Los muchachos le insistieron hasta el cansancio, pero Tito seguía empeñado con eso de la dignidad y mil veces la dignidad y sus estúpidos principios y el futuro de los borrachos de Colombia y que eran muy pobres pero muy felices y otra vez que la dignidad y la dignidad y los principios. Su mujer llegó con los cinco hijos, insistió, los puso a llorar, pero Tito no les hizo caso. El Ñato hablaba por celular y regresaba a la mesa a intentar convencerlo. Ernesto charlaba por teléfono y volvía a la mesa con más trago para que Tito ablandara. Lo llamaron cantantes, el presidente de la FBI, deportistas, el presidente de la república varias veces, modelos que le pedían que recapacitara y le decían con voz sensual que estaban sin ropita, pero Tito seguía incorruptible.

—¿Y la dignidad? ¿Y mis principios? —siempre decía.

Cinco minutos antes de que el plazo terminara lo llamó un imitador que se hizo pasar por el papa. Tito lo escuchó siempre con respeto, le pidió la bendición y al final le tiró el teléfono. En ese momento se supo que no había nada que hacer. Entonces Memo

hizo una llamada, esperó hasta que se cumplió la hora del plazo y antes de que Tito se parara de la silla se acercó a él y, como estaba planeado, le besó la mejilla. En ese momento ingresaron corriendo los hombres de negro y en cuestión de segundos pasó todo. Yo también entré y me uní al abrazo. La esposa y los hijos de Tito también se unieron al nudo de gente. En la barra del bar firmamos los papeles y al poco tiempo llegó por nosotros un carro largo como un perro salchicha con los vidrios polarizados.

—La dignidad y mis principios —dijo Tito antes de desmayarse.

En el carro bebimos, cantamos, hicimos planes, le sobamos la cabeza a Tito y le agradecemos, así no escuchara, por haber llamado ese domingo a «Corazones rotos», pues esa llamada nos había cambiado la vida y nos permitiría vivir de por vida en París, preocupados nada más por los problemas de espalda que se vendrían de tanto lucir camisas enchapadas en oro, preocupados por el asedio de las mujeres y por nuestra incapacidad de complacerlas a todas, preocupados por el exceso de brisa que empuja la arena blanca que se nos metería en los ojos y por el agua cristalina del mar que delataría al que orine, y, sobre todo, preocupados porque la vida no nos alcanzaría para gastarnos toda la plata que nos había dado la FBI.

En el aeropuerto nos bajamos del carro salchicha y uno a uno fuimos recibiendo contentísimos el tiquete de abordaje. Tito se quedó quieto, al fondo, y recostado contra la ventanilla nos miraba aturdido, ido, como si no se acordara de que estaba vivo.

—¿Y el tiquete de Tito? —le pregunté a un hombre de negro.

—Para Tito no hay —dijo.

Todos nos miramos con los ojos muy abiertos pero ninguno protestó ni reclamó ni peleó ni nada. Su esposa, con una leve sonrisita en la cara, agarró la maleta y arrancó para adentro del aeropuerto y los niños y todos la seguimos a la carrera sin mirar a Tito porque estábamos cogidos del día.

—Y la dignidad ¿qué? —gritó Tito por la ventanilla negra del carro que comenzaba a subir lentamente—. ¿Para qué plata si no hay dignidad?, digan, ¿para qué plata si no hay dignidad?

Todos siguieron de largo haciéndose los sordos. Yo frené, le miré los ojos y antes de que la ventanilla se cerrara del todo le miré la frente y como buen amigo le grité con toda la sinceridad del mundo:

—Para gastar.

El carro arrancó a mil chirriando las llantas y esta es la hora, un año después, que ni de Tito ni de su dignidad sabemos.

El don de la beba

¿Mono, ya supiste la que le pasó a Chatarra? Chatarra, el borrachín del barrio Vallejo, que está saliendo hasta en los noticieros de la televisión y anda con una perrita de tres patas. Fernando, prendé ese aparato que ya va a empezar el noticiero, para que el Mono vea a Chatarra y lo conozca. Dicen que ya lo entrevistaron y todo y que mañana moja la página principal de los periódicos. No sé si se la merezca, pero qué suerte la de ese viejo. Y jura, rejure que no cree en la suerte, en el destino. ¿Mono, nada que das con él? ¿No? El que vive en ese ranchito que queda abajo del parque de Sabaneta, el que se la pasa tomando alcohol para curar aporriones y despintar paredes. ¿No? Entonces primero te ubico. No te voy a contar lo de la lotería todavía, entonces. Primero te digo quién es Chatarra. Fernando, ponele volumen a ese aparato pues que no se escucha ni culo. Chatarra llegó al barrio Vallejo hace como dos años ya, Mono, con un costal en el hombro y de cachaco. Parecía un ejecutivo pordiosero. Iba con una botella de La Bastilla en la mano, como siempre, y alquiló la única casita vacía que había en ese barrio, donde solo viven mujeres: ciento treinta y cuatro mujeres con sus niñitos y algunos abuelitos. Y Chatarra en la mitad de todas esas viejas rezanderas que no sé cómo lo aceptaron en la comunidad. Entonces le alquilaron la casita. ¿Me vas siguiendo, Mono? Una casita de una pieza, como una caja de fósforos. Pero con lo de la

lotería van a remodelar todo el barrio. Todo, sí. Es que es pequeño el barrio. Yo pensé que lo conocías. Está al pie de un desbarrancadero. Lo van a volver a hacer y lo van a agrandar con la plata de la lotería. Eso dijo Chatarra ayer luego de la noticia: que espera que su casa se engrande, no como una mansión, sino como una mansioncita para poder cumplir el sueño de tener una pieza entera únicamente para guardar las botellas de trago. ¿No das con él, Mono? Chatarra, Mono, el hombre más borracho del mundo. ¿No? Entonces iba en que Chatarra llegó y las señoras, una a una, le fueron tocando la puerta para saludarlo, para darle la bienvenida y para ponerse a sus órdenes. Todas muy amables, a pesar de que era hombre, muy formalitas. Los primeros días Chatarra no se dejaba ver la botellita para evitar que lo miraran mal y empezaran los chismes y como en ese barrio todos son como una familia se fue convirtiendo en el padre que no tenían los niños y en una especie de amigo gay de las señoras, que le cogieron cariño y se cambiaban delante de él y todo como si fuera un adorno o una amiga y le pedían a veces que les cortara y pintara las uñas y les limara los callos. Al tiempo, como Chatarra sabe español y esas cosas de letras, empezó a culturizar a la gente y las viejas felices con él, encantadas con Chatarra. Mono, pero cuando las cosas van muy bien quiere decir que ya casi van a ir muy mal. Con el paso de los días la relación de Chatarra con ellas se fue deteriorando hasta el punto en que llegaron a odiarlo con ganas. Le cogieron de ese odio que no deja ni que uno quiera a los queridos por estar ocupado y comprometido odiando en tiempo completo. ¿Por qué, Mono? Le cogieron odio porque Chatarra empezó a dárselas de artista malcriando a los niños. Los quería volver ateos. A los más grandecitos los quería volver alcohólicos y

varios cambiaron el estudio y el deporte por el trago. Les decía frases raras que los pelaos repetían en sus casas. Que Jesucristo fumaba mariguana para poder creer en su papá, que la gente ha satanizado mucho a Satán, que los curas tomaban vino de consagrar para creérsela y otras frases por el estilo. Les prestaba libros prohibidos yo no sé por quién pero prohibidos al fin y al cabo y los motivaba a escribir maricadas y les hablaba del Che y de Fidel y de todos esos guerrilleros. ¿Cómo te parece? Niños de nueve años hablando de Marx en vez de estar jugando con carritos o con el pipí. Les decía: Así soy realmente: imaligno, borracho, pero lúcido! Por eso el odio. Es que Chatarra es todo un personaje. Un caramelo escaso. Esperá que lo muestren en el noticiero y lo vas a ver en pantaloneta, sin camisa, en chancas, con un cigarrillo en la mano y la botellita en la otra. Es una foto. La misma foto. Y vas a ver a los periodistas haciendo fila para entrevistarlo, preguntándole sobre la lotería. Lo que pasó es histórico, Mono, no hay en el mundo nadie con tanta suerte ni antecedentes por el estilo. Eso no le pasa sino a él. Fernando, que le subás volumen a ese puto aparato. Entonces las ciento treinta y cuatro mujeres se unieron para aburrirlo y sacarlo del barrio antes de que acabara de dañar a la juventud y siguiera con los abuelitos. Cuando lo veían dormido por ahí con la botella apretada en la mano las viejas aprovechaban, se sentaban en ella y la llenaban de orines y él ni cuenta se daba de que el trago le rendía más. Una chuzaba con alfileres un muñequito de trapo que se hacía pasar por Chatarra y le echaba humo para espantarlo del barrio, no le vendían en la tienda, le tiraban la basura en la puerta, ponían bachata y reguetón a todo taco todas las noches... Y el odio perdura, Mono. El odio no se cansa. Imaginate que hace un ratico cuando

pasé por allá unas de esas viejas estaban encima del carro de bomberos que prestó la alcaldía o no sé quién gritando felices, eufóricas, y a pesar de lo que pasó le tiraban chicles masticados y agua y carajadas, y otras le bailaban a Chatarra en toda la cara y le tiraban billetes, y el Chatarra, ni apelo tardado que fuera, así él tenga ahora el poder, los recogía y les sonreía y les decía que para la media, gracias. La cosa es que a ellas no las persiguen los reporteros, no las entrevistan porque a pesar de todo, de su buena suerte, no son famosas como ahora Chatarra, no son personajes que le lleguen al público, material para explotar, para sacarle *rating*, no, son señoras comunes y corrientes, con su camándula para arriba y para abajo buscando chismes, en cambio Chatarra es un genio. Si lo vieras cómo ha estado de aplomado después de lo de la lotería, tranquilo, medurado, sin hacer escándalos por ahí como ellas, como si no se hubiera vuelto famoso de un día para otro. ¿No me entendés, Mono? Pues, las señoras sí salen en televisión, sí, pero no como protagonistas, no; salen, y ellas no se dan cuenta, para ampliarle el perfil al protagonista, al hombre de la historia. Son su complemento, ¿me entendés? Como los extras en las telenovelas y en el cine, que son necesarios pero no indispensables, necesarios pero no indispensables porque cualquiera puede ser extra, en cambio no cualquiera puede ser Chatarra o Marlon Brando, pero sí cualquiera puede ser esas viejas o un bobo que da la espalda o una desconocida que recibe la hostia en misa, o un semáforo, porque hay extras que hacen de semáforo, de muerto, de cosas que vos y yo y cualquiera, hasta un muerto, puede hacer. ¿No has visto a un extra haciendo de semáforo? Incluso hay extras que hacen de sombra, con eso te digo todo, que hacen de invisible. Ahí te dejo el

dato... ¿Que cuándo la pagan? Hoy, Mono, y ni me imagino la pachanguita que se va a armar en ese barrio. ¿Cuánto? Un mundo de billetes. Cómo te parece que en el noticiero pusieron la cifra y el presentador se tuvo que disculpar porque los ceros no cabían en la pantalla. Según oí la lotería llevaba un año acumulada, como cuando uno no tiene mujer. ¿Vos te has acumulado, Mono? Y luego de la cifra que no cabía en la pantalla mostraron a Chatarra alzando las manos, así, como los ciclistas cuando ganan, y mostrando la botellita de alcohol como un trofeo, como si fuera una botella de champaña. Es que eso no le pasa sino a él. Lo de Chatarra es para abrir cualquier noticiero. Cuál guerra contra el Estado Islámico, cuál conflicto entre Gaza e Israel, cuál proceso de paz en Colombia, cuál Maduro ni qué Trump, Mono, qué va los secuestrados, esta sí es una noticia. Fernando, ponele más volumen al televisor que todavía no sabemos leer los labios. Un día, Mono, se me había olvidado contarte, un día las ciento treinta y cuatro mujeres, como no pudieron sacarlo del barrio, se pusieron la meta de sacar a Chatarra del alcoholismo y fueron a su casa y entraron en gallada, pues, a muchas les tocó quedarse afuera porque no cabían, y le hablaron de Dios, de Freud, del Padre Mariadito, le mencionaron jarabes para que se curara de la enfermedad del trago, le recomendaron lugares para alcohólicos, le dijeron que lo querían ayudar y Chatarra al final les dijo que si lo querían ayudar de verdad, a lo bien, que lo ayudaran ajustándole para una botellita que estaba seco, y les dijo además, palabras más, palabras menos, algo así: El alcohol hace resonar la soledad y termina por hacer que uno la prefiera a todo lo demás. Beber no es obligatoriamente querer morir, no. Pero no se puede beber sin pensar que uno se mata. Vivir con el alcohol es vivir

con la muerte al alcance de la mano. Lo que impide matarse es la idea de que, una vez muerto, uno no beberá más. Y las viejas quedaron como jum, este qué, y una de todas le dijo que por lo menos dijera quién era el autor de esa frase, y Chatarra le dijo que investigara ella, como hacen los lectores, y ella enseguida abrió la boca, ella que no tomaba, para tomarse la palabra: El trago nos empobrece porque gastamos sin medida y en el gasto somos manirroto e irresponsables, quedamos al día siguiente con los bolsillos rotos y colgados de deudas como salchichón de tienda vieja. Al otro día el llamado guayabo viene acompañado de gritos, catilnarias, sermones, malacaras, pedorreras, verborreas injuriosas, reclamos, lloriqueos, sentimientos de culpa, desprecios, arrepentimientos, disculpas, vergüenzas, señalamientos, arrinconamientos, aislamientos, sed, soledad, ansiedad, cargos de conciencia, inseguridad, tembleques, nervios, depresión, tristeza, malparidez existencial, hijueputez, escándalos públicos, advertencias, depresión, cirrosis, psicosis, deudas... Y Chatarra le dijo, aunque la vieja se llamaba de otra forma, dizque doña Marguerite Duras, cite al autor de esa frase si es tan amable, pero ella no dijo nada, sino que gritó: Ya lo dijo Platón: ¡Muerte a los ebrios! Y Chatarra alzó la voz como orando: ¿A dónde irán a parar cuando se van las culpas de los guayabos?, si en su momento son terribles, dolorosas, mortificantes, por nimias que hayan sido las acciones. Y la cucha, como cantando: ¿A dónde irán los muertos?, ¿quién sabe a dónde irán? Qué gente para saber. ¿Memoria prodigiosa la mía para recordar esas frases tan cultas? Ah, sí, Mono, la zanahoria en ayunas. Una vez una vecina salió del baño gritando que había hecho un milagro, que había hecho a la Virgen con todo lo

que había comido el día anterior. Entonces los curiosos de otros barrios y hasta unos extranjeros que llevaban viviendo sesenta años en el país y todo hicieron fila en la casa para entrar y comprobar. Hasta el padrecito del barrio Vallejo hizo fila. Y las viejas llamaron a Chatarra para que mirara a la Virgen, le insistieron, y le dijeron que se arrodillara en el sanitario y la mirara con devoción y le rezara con fe que ella le iba a ayudar a dejar el trago, y entró, la vio flotando y vació y les dijo que no creyeran bobadas, que eso era pura mierda, y desde eso le prohibieron la entrada a la iglesia. Sí, Mono, cómo la ves: le prohibieron la entrada a la iglesia así Chatarra nunca fuera a la iglesia. Y lo excomulgaron y todo, eso dicen, aunque él ni bautizado está. La leyenda del santo bebedor. ¿Lo de la lotería? Mono, pues imagínate que una de esas viejas sabe mucho de números, de azar, y llevaba media vida estudiando y haciendo cuentas con el fin de dar con el número ganador de la lotería y antier, lo leí en este periódico, la mente se lo dictó. Después de consultarlo con sus amigas, de puro pesar decidieron darle el número a Chatarra para que también ganara, porque era del barrio y era injusto que todas ellas se taparan en plata menos él. Que lo apreciaba, le dijo la adivinadora de números de lotería, que lo apreciaba así le hubiera dañado a su hijo, así fuera un alcohólico degenerado, un borracho despreciable, un ser asqueroso, un ateo miserable, un izquierdista detestable, un revolucionario apestoso, un desechable, un maldito, una escoria, una basura humana, que lo apreciaba mucho y que por eso le iba a decir el número ganador, con la condición de que con parte de la plata se rehabilitara. Chatarra la miró y cuando ella pensaba que la iba a abrazar, le dijo que él no creía en el azar, en astrología ni en ninguna de esas

carajadas, y que además no quería dejar de beber porque eso era lo más lindo que le había pasado en la vida, que beber lo hacía crecer como persona, le ayudaba a comprender el mundo, a soportarlo, que darle al traguito era su vocación, su pasión, y que no iba a perder la platica que le había invertido tanto tiempo a la bebida. Yo no tengo el don de adivinar, así le dijo, pero tengo el don de la beba. Ella le dijo el número de todas maneras, y aunque Chatarra no lo apuntó, la mujer estaba segura de que la iba a jugar al escondido porque el número era sencillísimo de memorizar y porque él no tenía dónde caerse muerto. Sí, Mono, pero ahora las cosas van a ser distintas, ahora sí va a tener hasta para darse el gusto de tener una pieza repleta de trago... Mirá el televisor, miralo, Mono, ya van a mostrar las imágenes. Mirá, mirá el televisor. Subile, Fernando, subile volumen a esa reliquia... Sí, ese es él. Chatarra. Miralo... Si querés ahorita vamos al barrio Vallejo y te lo presento, pero no hablés, dejá escuchar que no se escucha... ¿Sí lo viste sin camisa y en pantaloneta como te lo describí, alzando la botella como si fuera un trofeo? ¡Un personaje! ¿Y viste la perrita? No se despegan. Uña y mugre. Ortega y Gasset. Dicen que toma aguardiente tapa roja la perrita, y sin pasante, pero no me consta. Y que cuando está caída de la perra le da dizque por ir a buscar teléfonos públicos y decirle al que le contesta que lo quiere mucho. Vaya uno a saber si eso que dicen de la perrita es verdad. Ya en misa lo insinuaron. Las viejas cuentan que Chatarra anda por ahí emborrachando perros, callejeros y de familia, y eso no es lo peor, lo peor es que los agarra de las patas delanteras y los saca a bailar. Y dicen las viejas también que Chatarra va por el mundo buscando mudos para darles y darles trago hasta volverlos alcohólicos, diciéndoles que el trago suelta la

lengua, que los pone a hablar, y los pobres mudos le creen, aunque hay que ver hasta dónde esto es verdad, Mono, porque yo tengo entendido que a los mudos cuando les preguntan no hablan. ¿Y viste el carro de bomberos? Desde por la mañana está ahí, increíble, y la gente y las casas y los bosques quemándose en todas partes y los gatos trepados en los árboles sin saber bajar, y los bomberos ahí jugando, quemando el tiempo. ¿Y lo viste dando autógrafos? ¿Y a los pelaos tomándole fotos? Es un ídolo. En este momento, Mono, seguro debe estar un muchacho en el computador creando el club de fans de Chatarra. ¿Y viste a los periodistas encima de él? Ni al papa tanta atención. ¿Y viste a las viejas? ¿Las contaste? Dizque haciendo el trencito como niñitas, en filita brincando, acercándosele a Chatarra, haciendo piruetas y descosidas de la risa, pero, ¿sí viste?, los periodistas no les paraban bolas a ellas, las cámaras estaban en él. Y lo mejor, Mono, lo que más me conmovió fue cuando entraron el arsenal de cajas de La Bastilla a la casa de Chatarra. ¿O no, Mono? Y él feliz, conmovido, llorando a moco tendido porque estaba cumpliendo el sueño de llenar una pieza entera de trago. Qué suerte la de ese viejo, a pesar de la suerte. Vos qué decís, Mono, ¿vamos y lo vemos todo en vivo y en directo?, ¿te animás?, ¿sí? Fernando, ganate una lotería vos a ver si comprás un televisor con volumen... Mono, y le preguntamos a Chatarra qué se siente ser famoso y le hablamos de la suerte a ver qué dice. Y lo felicitamos y nos tomamos una fotico con él. ¿Y cómo lo viste en el noticiero? Estaba feliz recibiendo esas cajas de alcohol. ¿Viste? Y esas cuchas bailándole encima, eso me marcó, Mono, rodeándolo, y él como si nada. Qué aplomo. Todo el mundo lo quiere. Los niños cuando grandes van a querer ser como él... Caminá rápido, Mono.

Mono, ¿sí oíste lo que dijo Chatarra en las noticias? Tenelo por seguro que de ahora en adelante los vecinos lo van a invitar todos los días a almorzar, los vecinos del mundo entero, Mono, y no le va a faltar nada, y los medios y los programas de chistes y de chismes lo van a llevar a la gloria, porque es un ídolo, porque fue consecuente, por eso más que todo, porque fue consecuente y, claro, porque una suerte de esas no la tiene nadie. ¿No oíste? ¿No? Debiste acercarte al televisor como yo. ¿Pero sí las viste, Mono?, ¿sí las viste a las viejas haciendo el trencito y sacándole la lengua? ¿En serio no oíste, Mono? ¿Que qué dijo el Chatarra? Mono, dijo que muy bueno por las viejas, pero que él no cree en la suerte, que la suerte es un invento del capitalismo, que la suerte es mentira, patraña, que o si no vean, vean, eso dijo, señalándose, pero que así y todo hubiera sido bonito ganar. ¡Qué poeta!

Confusiones de una rasca rara

Reblujo está recostado contra un árbol del parque, solo, con una botella de ron en la mano. Necesita afeitarse, bañarse, cambiarse, dormir. Se ve descuidado, sucio, patético. A su lado un perro huele y lambe una plasta de vómito. Reblujo toma sorbos grandes y seguidos sin hacer malacara. Fuma. A su alrededor, como todos los domingos a las ocho de la mañana, la gente trota, hace ejercicio, juega con los niños. Me ve y en la cara se le hace una sonrisa. Me le acerco.

—De niño les tenía mucho miedo a los borrachos; ahora son mis mejores amigos —dice—. Mejor sentate, marica, sentate y entendé de una vez por todas que hacer deporte sirve pa chimba y media: no alivia, no quita las penas como el ron, no ayuda a olvidar, no emborracha, no alegra, no suelta la lengua, no tiene gracia...

Miro para todas partes y veo que todo el mundo nos mira, se burlan de nosotros, nos juzgan. Le ofrezco agua del termo y me echo a su lado, en la manga, y de repente siento como si una botella de trago destapada pisara con fuerza un lado de un subibaja y yo, que estaba al otro lado todo juicioso, volara hasta caer adentro de su sicodelia. El chorro se las arreglaba para obligarme a tomar, para tirarse en mis días deportivos. Pero eso no importa. Debo acompañar a Reblujo en su pena, ayudarle a curar la herida, tomarme unos traguitos. A lo mejor él tiene razón.

—¿Ahora qué pasó con Miranda? —digo y me tomo un ron.

—¿Qué va a pasar?, pues lo de siempre, güevón —dice y se agarra la cabeza con las manos, desconsolado, y se toma otro larguísimo—: Miranda me volvió a cambiar, pero esta vez por un puto gringo de dos metros que sabe bailar salsa.

—¿Cuántas llevás? —digo y señalo la botella. Me caliento con otro ron.

—Esta es la sexta, desde ayer por la tarde —chicanea—. Vos sabés que yo vivo bebiendo, sisas, y ahora que no tengo a nadie que me eche cantaleta, ehavemaría, voy es con toda.

—¿La sexta?!

—La sexta, sisas, y hoy me la pego otra vez porque tengo motivos... Soy un indiviudo, escuchá bien, marica, un in-di-viu-do. Miranda está muerta para mí.

Me río y le sobo la cabeza. Me tomo otro. Dijo... ¿hoy me la pego? Si la tiene más pegada que nunca. Se le traba la lengua, se cae al pararse, les juega a los niños que pasan, les habla a los perros, les ladra, se habla, les tira besos a todos, a un tipo mechudo que pasa, le pide disculpas, se ríe, me confundí, le dice, así no charlés, le digo, nos cascan, nos chuzan, nos matan. Te quiero mucho, me dice, te quiero mucho, sos el más inteligente de este parque, mi escritor favorito del barrio, te quiero mucho. Se va para los lados, besa la botella, maldice su estrella, hace chistes con el gringo, se ve feliz, se ve triste, se le cierran los ojos, le cae ceniza en la ropa, se le caen las babas. La gente nos mira y cada vez, con cada trago, me importa menos. Que piensen lo que quieran, que digan lo que sea, me digo. Reblujo me da la mano. Me pide un abrazo. Se lo doy. Ni más faltaba.

—El alcohol es la causa y la solución de todos los problemas — digo por decir.

—Ya empezaste con tus frases hechas, ¿no? Mejor andá por dos botellitas que se prendió la rumba, sisas, y brindamos por Miranda, que me perdió —dice y me entrega tres tristes billetes de mil arrugados. Se los recibo y se sigue esculcando los bolsillos, sin suerte.

—Ya que me hablaste de frases hechas, Reblu, oíte esta de Bukowski que te sale a vos: «Una vez que una mujer te da la espalda, olvídala: te aman y de repente algo se da la vuelta. Te pueden ver muriéndote en una cuneta, atropellado por un coche y pasarán a tu lado escupiéndote» —digo y Reblujo esconde la cabeza entre las rodillas.

—Traelas pues que estoy seco y luego me recitás tus chimbadas — dice y me paro de una, motivaíto—, pero dejá la cicla acá de garantía que yo te cuido esa mecha... Sisas... Vos sos capaz de volarte y dejarme botado con esta pena y esta perra que tengo.

En la tienda de la esquina fío dos medias de ron, dos paquetes de cigarrillos y dos cervezas. Recibo la bolsa y pido, como hago siempre cuando bebo (uno no sabe, es una manía), una cajita de condones y unas mentas. Se me alegró el día, pienso, Reblujo en su desdicha me contentó el día.

De regreso pienso en él y en Miranda, en los últimos días de ellos, en el oportunismo del gringo, en la fatalidad, en las peleas, en la monotonía, en la seguridad de mi amigo que creía tenerla para siempre y no hizo nada para eso, en las noches de los dos: Miranda limpiándolo, cargándolo, montándolo al taxi, pidiéndole que se entre, desvistiéndolo, acostándolo... O: que mejor vamos al cine, al teatro,

a caminar por ahí, que hoy bar no, calle no, trago no, que amigos mañana, que por favor un domingo sin dolores de cabeza, sin mal aliento, sin la lengua blanca, un fin de semana solo para los dos, sin nadie, sin borracheras, sin amanecer viendo el sol, sin pérdidas de memoria, sin historias inventadas... O: que en vez de una media de ron una camiseta, que se te olvidó el aniversario, que existo, que quiero, que así usted quiera no puede, que me tocó ir sola, que me quedé esperando, que tus promesas son mentiras, que un perfume al año no es amor, que decir amor y llamar en las noches no es amor, que rápido por cumplir para irse a beber no es hacer el amor, no es amor...

Paso la calle y lo veo en el piso, con la bicicleta encima, muerto de la risa y quejándose, empantanado hasta el alma. Las señoras que salen de misa se dan la bendición, se persignan, le hablan a Dios, señalan al Reblujo mientras hacen gestos maluquitos. Con razón lo dejó Miranda, pienso. Lo desenredo de la bicicleta, lo sacudo, lo ayudo a recostarse contra el árbol nuevamente y le entrego una de las medias.

—Tomá y matá la pena que vale la pena matarla —digo, le pico un ojo, le sonrío y le toco la cara jugando; luego me siento y me tomo otro—. Oe, de pura curiosidad: ¿cómo te dejó?, ¿y por qué?, contá a ver, Reblu.

—Dejándome, así de fácil. Y porque sí. Sisas... Mejor dame otro trago que me está llegando la mera pasma, güevón.

No paramos de beber, pero Reblujo me lleva muchísima ventaja. Hablamos del amor, del desamor, de la infidelidad, de la paja, de Miranda, de la bebeta en jornada continua como estilo de vida... Hablamos de *La espuma de los días*, de *El viaje a Echo Spring*, de *La*

leyenda del Santo Bebedor, de El viejo y el bar, de En busca del tiempo prendido, de Las lealtades, de La revancha de los tomados, de Toco tu vodka, de Bajo el volcán, de Bebestiario, de Grandes borrachos colombianos, de Confieso que he bebido y de Guaromán y el Capitán Guayabo, el último éxito literario y debut cuentístico del poeta Jairo Farrasquilla Tomón.

Comienza a oscurecer.

Unos muchachos raros llegan al parque y nos miran.

Nos señalan.

De lo fiado solo queda la mitad de la segunda media de ron.

Inflamos condones, los tiramos al cielo y los explotamos con los cigarrillos.

El parque está casi solo.

—El amor no existe, el amor es la esperanza constante de pichar y ya, el amor es hormonas arrechas aguardando el desfogue —digo y le doy un pico bien dado a Reblujo en el cachete—. Esperá a que metás a otra en la cama y se te olvida Miranda, esperá y verás que vendrán tiempos mejores.

—¿Tiempos mejores?!, qué va, home. Los tiempos mejores nunca alcanzan a llegar, se desvían esos maricas, se entretienen por ahí en otros, se enredan en los suertudos.

Seguimos hablando del amor y del traguito compañero fiel y me preocupan la bicicleta, mi borrachera, la rasca de mi amigo. Reblujo se ve mal, muy mal, no se puede ni parar. Los muchachos raros que llegaron nos miran con insistencia. No sé qué hacer. Decido seguir bebiendo. Reblujo grita como una metralleta verborreica adjetivada: «Te fuiste, pero me queda la paja, rastrojera, grilla, piernisuelta, esquinera, comegringos, suripanta, soplanucas, callejera, cocodrilo,

fufurufa». Para. Respira. Me mira. «Te perjudiqué más de un millón de veces, sisas, mujerzuela, piruja, piltrafa, brincona, indelicada». Aspira hondo, hace gestos como de desconfiguración de cerebro y grita: «Te idolatro, mamasota, tarrao, no *bye bye, please*, bombón, volvé y te llevo a conocer USA, *my love*, volvé por tu criollo, no traicionés tu país, apátrida, no me perdás, *my life*, que yo soy un tierno, *true*». Los muchachos raros se ríen. «Gringo, mamón, devuélveme a mi chica, pichurria hijueputa, y ni se te ocurra echarle ningún polvo, pirobo, colonizador de sudacas ajenas, culionizador, *out* vos, sisas». Los muchachos raros nos señalan con la boca.

—¡Hey!, genio, amigo escritor, decime la otra frase que repetís borracho, la que me queda al pelo, la del chorro —dice Reblujo y me da una palmadita en la espalda y sigue bogando.

—¿La de Bukowski? —Reblujo dice que sí—: «Ese es el problema con la bebida (pensé, mientras me servía un trago). Si ocurre algo malo, bebes para olvidarlo; si ocurre algo bueno, bebes para celebrarlo; y si no pasa nada, bebes para que pase algo».

Los muchachos raros, metidos dentro de una llanta de tractomula enorme que está al lado de los columpios, fuman bareta ventiada y nos gritan carajadas y se burlan de nosotros y nos miran mucho y nos señalan mucho y juegan con un puñal y nos señalan con el puñal.

Le quito la botella a Reblujo y le digo que queda mucha noche y que no la acabe ya, tomando sin parar, sin control. Lo ayudo a levantar, a caminar, lo acerco a un árbol, le desabrocho la correa, le bajo el bluyín con calzones y todo, le recuerdo que vino a orinar y lo sostengo de la espalda. Tambalea. Sacudíselo, gritan los muchachos raros, dale piquitos, cogeles esas nalgas, y puras cosas así, guaches.

Miran la bicicleta.

No paran de reír.

Nos tiran piedritas para provocarnos.

Lo ayudo a recostarse contra el árbol y lo amarro de la bicicleta por si las moscas, por si las ratas. Sigo pensando: esos muchachos raros están muy raros. Voy a la tienda y pido otra media, que será bastante o mucho para hoy. Lo mejor es ir a otro lugar para evitar broncas bobas.

Me baila el piso.

Me da vueltas la cabeza.

Me dan ganas de mujer, de ver gente.

Regreso.

Lo despierto.

Lo desamarro.

—Qué falla no saber bailar —dice Reblujo y se pega de la botella—. Si supiera bailar y fuera más alto, mono, ojiazul, blanco, si fuera más inteligente, si tuviera más plata, Miranda estuviera aquí viéndome beber, sisas, pero, pero como dice alguien por ahí, el amor de los jóvenes no está en el corazón sino en los ojos.

—Estás muy Corín Tellado, marica —digo mientras miro a los muchachos raros de reojo—. Vámonos de acá, Reblu, mejor, vamos a rematar a otro lado que estos tienen un puñal, güevón, ya se los vi, marica, así de grande y puntudo, güevón.

De la nada nos llega uno de los muchachos raros y señalando la bicicleta me dice:

—Un vueltoncito por el parque que no me le demoro, bacán.

Reblujo le ofrece un ron y el muchacho raro se lo toma.

—No la presto, hermano —le digo.

—¡El amor es un hueco, hijueputa! —grita Reblujo.

—Un vuelcón y ya, pelao, un borondito, apá, de buena.

—Tomate el segundo gonorra home porque el amor es un hueco y eso hay que brindarlo —le dice Reblujo. El muchacho raro se lo toma y llama a sus dos amigos.

—No, compadre, es que no la presto, no puedo, es de un amigo policía que ya viene.

—¡La vida es un acabadero de ropa y el amor es un hueco, el de los hombres, el de ellas un palo!

Ahora los otros dos muchachos raros ayudan al primer muchacho raro a insistir en que les dé una vuelta en la bicicleta. Reblujo continúa con sus frases a todo taco, ignorando que estamos metidos en mero problema. Estoy paniquiado. El parque está solo y no hay manera de escapar. Todo queda lejos. El CAI siempre queda lejos. Se dan los plones y se toman el ron.

—Brinden por este indiviudo, viudo, no viduo, ¿captan, capullos? Miranda ya está difunta para mí, sisas.

Los muchachos raros se miran sin entender.

—Un borondo, maricón, o te ponemos a perder, mi rey; vos verás, gonorra —dice uno y me da una patada en el culo. Yo lo miro asustado.

—*Peace and love, peace and love* —dice Reblujo y les ofrece otro trago—; aunque el *love* es *sex*, un hueco o un palo, eso es *love* y nada más... Miranda me cambió por un gringo agüevao, sisas, y ya está muerta para mí, Miranda.

Me tomo un trago a la carrera y paso la mediecita para que los muchachos raros tomen, por estrategia. Les digo que no peliemos, que nosotros somos gente buena, con valores, principios y que tales,

que estamos farros, contentones, mera elegancia, que entiendan, que a él le robaron la novia, y un gringo para colmo, que si quieren un cigarrillito no es sino que digan a ver de una vez que ya nos vamos, tenemos que partir, nos están esperando, que otro día les doy el borondo en la cicla y que cuando compre carro digan nomás y de una les doy el visaje por la *city*, a lo bien, melo, que lo mío es de los míos.

—No, no nos vamos, compartamos con los amigazos —dice Reblujo—. ¿Cierto que yo estoy más bueno que ese gringo imperialista desabrido?

Me levanto.

No le respondo.

Lo ayudo a levantar.

Reblujo no para de decir bobadas que me dan rabia.

Lo reprendo.

Se cae.

Los muchachos raros se ríen.

Lo levanto de nuevo y pongo su mano derecha encima de mi hombro. Me agacho y agarro la bicicleta del manubrio. Empezamos a caminar despacio, dando tumbos. Reblujo se voltea y grita:

—¡El amor es hueco, cuca, nada más, el amor es panocha ventuada y nada más, el amor es...! La buena pa ustedes, muchachos queridos.

Uno de los muchachos raros se nos acerca. Nos impide el paso.

—Una vuelta o te matamos acá mismo, gonorrea, que no estamos charlando, pirobo, vos verás.

Reblujo está en otro planeta, ido, tiritando, medio dormido, babea y busca el trago, que quedó atrás, para ellos.

—¡El amor es hueco! ¡Mono albino carechimba!

En secreto le digo a Reblujo que no fastidie, que no diga más cosas, que no grite más cosas que nadie le está parando bolas, que esos manes raros nos quieren goliar la cicla, que nos vamos ya. A veces creo que se va a quedar dormido parado. Lo pellizco. Me pide otra frase de libro y me asegura que si la digo deja de molestar.

—«No es lo mismo estar dormido que estar durmiendo, porque no es lo mismo estar jodido que estar jodiendo»; no es lo mismo, Reblu, así que dejá de joder y vámonos, Reblujito, vámonos, por favor.

—Dejá de chistar y dame la cicla, malparido, soltala —dice uno de los muchachos raros y me empuja. Nos caemos.

Desde el piso Reblujo les grita a los dos relegados que vengan, que nos ayuden a levantar, que dónde la seguimos pues, que vamos a rematar a su casa, que le alcancen la botella, que las mejores, la buena, que yo soy escritor, la fama, que me publican cosas en *El Espacio*, que me aprovechen, que soy más grande que Gabriel García Márquez, Pedro Neruda, Cortarzán, que si él intercede les doy gratis un autógrafo a cada uno, que qué orgullo beber conmigo, que me voy a ganar el Nobel, que me traten bien, con respetico, que nunca ofendan a un escritor porque tarde o temprano se las va a cobrar por escrito, que está más bueno que el gringo, que él es un tierno, que hagamos la vaca pues para más trago, que él fue el primero en perjudicar a Miranda, que ella es sobrado de él, que ojalá el DIM descienda a la B para que Miranda sufra, sisas, que se le han caído mejores de la cama, que si nos vamos a putiar o qué...

La tienda está cerrada.

La calle oscura, sola.

El centro está lejos.

No hay nada que hacer.

Me levanto y ayudo a parar a Reblujo. Me aferro a la bicicleta. Lo regaño en secreto e intento acelerar el paso llevándolo del brazo.

—Yo me quedo con los parcebrios, andate vos, cagaparches, andate vos a hacer tu ejercicio, dejame a mí, dejame que la rumba apenas empiece —dice y brega a soltarse.

—Son ladrones, Reblu, nos van a robar, son enemigos, no son amigos, Reblu, son ratas, ratas, ladrones, Reblu, ratas, ladrones —le hago ver, le clavo las uñas en un brazo y disimuladamente le doy una cachetada para que aprenda, para que reaccione.

Ellos se van quedando atrás. No quieren lidiar con borrachos.

Vuelve la calma. La calma.

Nos salvamos.

—Radrones, radrones, lo que es con él es conmigo, o qué pues, radrones, pónganla como quieran, chandas —grita durísimo y yo intento taparle la boca con la mano.

No se ha ido el eco y ya vienen los tres como fieras corriendo. Cierro los ojos. Suelto la bicicleta y a Reblujo, que van a dar al piso. Nos patean con furia, con saña. Intentamos escapar del diluvio de patadas. Sacan puñales, navajas, chuzos. A Reblujo se le van encima y parece que lo chuzan, él grita, se revuelca, le entran y sacan un puñal en el estómago. Chorriamos sangre. Son animales. El dolor que expresa Reblujo anestesia el mío. Lo miro sufrir mientras recibo. Ahora parece muerto. Se llevan la cicla.

—Lo puntié, lo puntié... —dice uno de los muchachos raros y se van los tres montados en la bicicleta.

—Mátenme que me muero... Me murieron... —alcanza a decir Reblujo antes de desmayarse.

Cojo fuerzas de no sé dónde y lo levanto, lo cargo, corro con él en brazos, tambaliándome. Le pido que aguante, que hable, que no se muera. Estoy rojo, pintado de sangre. No hay nadie alrededor que nos ayude. Sigo corriendo. Reblujo está inconsciente.

—Hablame, Reblu, hablame, no te dejés morir, despertá que la fiesta apenas empieza, despertá, despertá y te invito a otra media.

No reacciona.

No pasan taxis.

No tengo fuerzas.

Creo que no voy a poder.

Mi camiseta está rojísima, mi amigo se desangra.

¡Ayuuudaaaaa!, ¡ayuuuudaaaa!

Nadie aparece.

Sigo corriendo.

Despacio pero corriendo.

Me pesa más a cada paso, el Reblujo.

—Hablame de Mirandita, hablame de ella... Sabés qué: ella te quiere, ella te quiere, Miranda te quiere, no te va a dejar, te lo juro, yo sé, Miranda te quiere, despertá, hacelo por ella, despertá, dejá de ser flojo.

Siento su pulso lento. Apuro el paso. Quiero que viva, que no se muera en mis brazos. Lo recuesto en una silla de cemento. Descanso. Le doy cachetadas para que despierte. Le abro la boca y soplo. Me quedo sin aire. Respiro profundo. De su celular le marco a Miranda y le cuento, le digo que me ayude, que vaya ya al hospital del centro, que ya vamos a llegar, que no me deje solo, que está

paila, repaila, casi difunto, que vaya ya. No la dejo hablar. Cuelgo. Saco fuerzas y arranco de nuevo con Reblujo a hombros. Estoy llorando, anestesiado, empapado de sangre. Siento que me desmayo, que me caigo, que me derrota el cansancio, el dolor, que me quedo sin aire.

—Vos sos fuerte, una puñaladita no es nada para vos, un rasguño, despertá y te invito a litro de ron, Reblujo, a cinco litros de ron, si querés, a siete.

Sudo.

Me siento frío.

Al fondo se ve el hospital.

Troto.

—Ya llegamos, Reblu, el hospital, despertá, ahí está Miranda, vela, marica, Miranda.

En la puerta de Urgencias, sin el gringo, Miranda. Nos ve y se tapa la boca con una mano, impresionada. Me ayuda a medio cargarlo. Salen los camilleros y lo subimos y se van los camilleros por el pasillo a toda velocidad con él. Le tiro una bendición atea cargada de vos podés, fuerza, vas a salir de esta, y me pongo a llorar por Reblujo y por mi dolor también. No tengo fuerzas. A Miranda se le encharcan los ojos y disimula. Me miro la camiseta emparamada de sangre y me da tristeza. Ha perdido mucha, a lo mejor no se salva, pienso.

—Lo puñaliaron, se está desangrando —le digo a un médico que pasa.

Al fondo, antes de entrarlo por una puerta, unos de bata blanca lo revisan, le quitan la camiseta, el bluyín. Lo voltean, lo vuelven a voltiar, lo desvoltean, lo esculcan, buscan algo. De un momento a

otro dejan de bobiar con Reblujo y nos miran a lo lejos, fijamente, y se dejan venir. Se nos murió el Reblujo, pienso.

—¡Se murió! —le digo a Miranda y la toco con el codo.

Sudo frío.

Tiemblo.

Siento un hormigueo ni el macho en el estómago.

Miranda lleva la mirada al fondo y ve venir al médico y a los de bata blanca detrás empujando la camilla. Lloro a gritos, desconsolada. Me da ira y pienso machistamente: ¡Miranda lo mató!

—¿Qué pasó, doctor?, ¿por qué lo devuelven?, tápenle la herida, cúñensela que se nos desangra —digo ofuscado.

—¡Su amigo está muerto! —dice y entonces siento como si una manada de hormigas me caminara por todo el cuerpo—... ¡Muerto de la borrachera!

—¿Y la puñalada?, ¿la sangre?

—¡Ni un pellizco!

Se le nota en la cara que me quiere matar. Y Miranda también, más duro. Yo no entiendo nada. Los de bata blanca bajan a Reblujo de la camilla y lo tiran afuera del hospital, en el piso, sin camiseta y con el bluyín abajito de las nalgas, como a una bolsa de basura.

—¡Basura! No pensé nunca que te prestaras para sus jueguitos. ¡Imbécil! ¿Mucha pinturita roja? ¡Payasos! —le alcanzo a oír a Miranda, que me da un golpe fuerte en el abdomen y se va hecha una fiera.

Siento mucho dolor ahí mismo donde ella me pegó, un dolor profundo, como de puñalada. Me levanto la camiseta y veo mucha sangre saliendo de mí. ¡Mucha! ¡Uy, marica, Reblujo debió cargarme

hasta acá!, alcanzo a pensar antes de que la camilla arranque a toda conmigo encima para adentro que me les muero hijueputa.

El prendido desprendido

Desprendido desprendido lo que se dice amplio botado obsequioso estando yo sobrio jamás, nunca, pero yo entonado, ventiado, prendido que se me escondan las cosas mías porque no respondo, porque me enloquezco de caridad, se me parte fácil el corazón, me conmuevo, me desmorono, se me alebresta la amplitud y arranco como una moto a darle al que se me atravesase en el camino; que se me escondan las cosas mías porque a mí carnavaliado se me despierta el desprendido que me vive adentro dormido esperando un trago y que me tiene como me tiene por culpa de Ramiro, ser de luz y de energía bonita, el hijo mayor que yo que yo nunca tuve y que a pesar de todo, de lo que me hizo ayer, me llena de orgullo verlo hecho, gracias a mí, todo un triunfador.

Llevaba seis meses largos sin tomarme un trago, juicioso, despejado, sin conflictos, acabado de desempacar del Centro de Rehabilitación Papá John sanándome por dentro de las ganas de beber, yo, buen bebedor, profesional del guaro, sin compulsiones, sin excesos, sin ese vicio, y sobre todo desintoxicándome a punta de las terapias del señor John Jairo de esa maña fea mía de la amplitud, de dar por dar por no dejar de dar al que me diera lástima, yo, eso sí, vicioso de eso, hundido, consumido, porque vicio vicio lo que se dice vicio no es lo de todos los días a toda hora en todas partes sino eso poquito que no controlás, que se te sale de las manos, que se te

impone, tranquilo, así andaba yo, sin pensar ni por equivocación en una gota de alcohol, sin pensar ni por equivocación en dar, callejando un rato, caminando derecho, exhibiendo y presumiendo mi sobriedad, dándole gusto a la vista en el centro, optimista, cuando vi sentado en la rotonda del parque Bolívar a un señor en los meros huesos, sórdido, tronado, traquiao, entelerido, desgarrado, enclenque, achacoso, langaruto, viendo jugar ajedrez a dos muchachos desatinados tirados en el piso.

Más que un señor era un viejo metido a la fuerza en una camisa y en un pantalón cajetiados que con solo verlo a la distancia, de lejos, destilaba por los poros taponados de mugre y animalitos invisibles una energía toda especial que pasó la calle esquivando carros y gente y cosas atravesadas y malas energías sin respetar el semáforo y llegó a donde yo estaba comiéndome una empanada y se fue para lo más profundo de mis sentimientos, me electrizó por dentro, despertándome unas ganas aterradoras de beber.

Me compré media de aguardiente en el estanquillo que queda a todo el frente del CAI, me le senté cerquitica haciéndome el que le hacía fuerza a uno de los gamines, al más trabado y rayado y que estaba más lejos de la vida real, que movía por inercia las fichas ensacoladas del ajedrez, y me puse a mirarlo con disimulo. Debe de ser una belleza de persona, pensé. A la media de la media, desinhibido, contentón, me animé y le ofrecí un trago. Se lo tomó sin asco y sin escrúpulos del pico de la botella y enseguida, sin la vergüenza que da la calle, me dijo:

—Amigo, gásteme una gasimba que estoy seco —y estiró la mano abierta sedienta de monedas—. Está fuerte la calor.

Sin decir palabra ni pedirle permiso me paré y me fui trotando y en menos de lo que canta un gallo regresé con otra media, una Coca-Cola tamaño familiar y un pollo de Kokoriko. La cabeza del ajedrecista al que este pecho le estaba haciendo barra reposaba privada, suspendida en el aire como flotando, sobre un peón.

—Un detallito —y le entregué el pollo y la gaseosa.

—Amigo, usted tan desprendido —dijo rasgando desesperado la bolsa del pollo.

Luego de otras dos medias de guaro viéndolo comer como un animalito y de escuchar los ronquidos del ajedrecista en mate me dio un arranque y le regalé el saco, la camisa y el sombrero que llevaba puestos.

—Huuuuyyy, qué caché, amigo, qué berriondera —dijo emocionado cuando le dije que era ropa de marca, cara y acabada de comprar—. Usted tan desprendido.

Anohecimos juntos dele que dele a la bebida y a la parla y yo a Ramiro lo que pidiera y cuando dejé de ser persona arranqué a pie limpio para la casa, descamisado, con la contentura y la desvergüenza que da el trago.

Sin comer nada ni cepillarme los dientes ni quitarme el pantalón me acosté ventiado pensando en Ramiro, en lo poco que le había dado sabiendo lo mucho que se merecía por su zarrapastrocidad tan espontánea, pulcra y bien llevada, por su pobreza sincera, elegante y refinada que ni un rico podía lucir tan bien, tan perfectamente, por esa energía tan bella que proyectaba, decepcionado de mí, de mi angurria, de mi miserabilismo, de mi achapamiento aunque estando prendido. Me dormí con la cama dándome vueltas sintiendo que yo era lo peor que había conocido y que me había pasado en la vida.

Al otro día, cuando desperté, sobrio, me sentí como un culo recordando que le había regalado mi ropa nueva de Arturo Calle. Enojado conmigo, para olvidar ese insuceso, para no recriminarme más y por ahí derecho reducirme hasta el punto de acomplejarme a mí mismo a punta de mi cantaleta, fui a la tienda de la esquina y me compré media. Al rato salí para el parque Bolívar con la intención de vaciar a Ramiro por haber cambiado por vicio lo que le había dado con tanto cariño en un momento de debilidad.

Y ahí estaba, destilando su energía bonita, su bonito carisma, en el mismo lugar, como la primera vez, viendo jugar ajedrez, bien vestido de la cintura para arriba y encarcelado en ese pantalón marranero vuelto nada, alérgico al agua, al jabón, a las costuras y remiendos, que lo vio crecer. Viéndolo así vestido me sentí ruin, una escoria. Me senté lejos sin voltiar a mirarlo, con media de guaro en la mano y media puesta desde la casa hasta el parque, cuando de golpe me vi mirado con alegría y sorpresa desde unos ojos tristes de toda la vida que estaban en Ramiro mirándome y al mismo tiempo viendo para adentro de él, precisamente para el lugar de uno donde están los recuerdos tristes acumulados de la perra vida de la gente.

Le devolví la mirada y Ramiro, con el agradecimiento del que nunca ha recibido nada, se señaló la camisa y el saco y se quitó el sombrero y me mató el ojo como diciéndome con esos gestos que todavía estaba estrenando y que muchas gracias. Eso tan bonito de Ramiro me volvió a desbaratar lo armado mío y me ablandó lo duro con corazón y alma incluidos y todo, y, conmovido, luego de un guaro doble, hecho hilachas, trozos, trizas, me le arrimé y sin que me pidiera nada, ser desinteresado y cándido, me quité el reloj y se lo di.

—Amigo Adolfo, yo nuncamente he tenido relojito —me dijo desde una boca más estirada de la cuenta por culpa de la sonrisa que se le hizo—. Usted tan desprendido.

Ese «nuncamente» tan tierno, tan hermoso, tan ignorante saliendo de la boca de Ramiro me ariscó la generosidad haciendo que bajo los influjos efluvios del aguardiente me quitara el pantalón delante de ajedrecistas bataniadores, desempleados bataniadores, jubilados bataniadores, predicadores bataniadores, vendedores ambulantes bataniadores, putas bataniadoras, atracadores bataniadores, artistas, artesanos, malabaristas, mimos charlatanes, travestis, sacoleros, lustrabotas, limpiaparabrisas, policías urgidos de mariguaneros, piperos bataniadores y chacoteros y fregones y recocheros silbando como pájaros endemoniados y enloquecidos y bataniadores y se lo regalara con correa y todo. Ramiro, viejo magnánimo, caritativo y amplio, sin pensarlo ni dudarlo, me dio a cambio el suyo.

—Amigo, usted tan desprendido —me dijo y me dio la mano.

—Desprendido vos, home Ramiro, qué bondad la tuya, qué filantropía tan bella la que te mandás —y, copetudo, me puse su pantalón sin asco.

La gratitud y el desprendimiento de Ramiro me emocionaron tanto que me bogueé lo que quedaba de la media sin respirar ni hacer malacara y aprovechando la euforia le obsequié los zapatos Ferragamo y las medias Lacoste para que quedara bien pintoso.

—Aprovechame prendido que yo en sano juicio soy lo más codo del mundo y no doy ni del cuerpo —le dije. Y luego le acabé de descubrir mi debilidad sin fijarme—: En cambio enfiestado, home Ramiro, me da por dar parejo. ¡Hasta culo doy!

—Usted tan desprendido, amigo —insistió y se puso a esculcarme con la mirada, como probándose desde antes las pertenencias mías que todavía no le había regalado.

Para que me probara finura y honradez le entregué un billete para que fuera por media al estanquillo. Salió empitado, feliz por la confianza y llegó sudando y dichoso porque me iba a charlandiar la media con él. Entre trago y trago me contó que cuando no se levantaba los tres mil pesos para la pieza dormía en un cambuche improvisado afuera de un garaje de una casa de una familia sin carro detrasito del centro comercial Villanueva. Me contó que llevaba treinta años en el parque Bolívar con los ojos clavados en el tablero de ajedrez pero que seguía sin entender por qué el caballo andaba así si los caballos andaban de otra forma. Me contó que lo de él no era vagancia sino extravagancia porque se daba el lujo de no hacer nada el día entero. Me contó que le encantaba quemar moño y darse los pases que no tenía para comprar pero que no faltaban los fiados ni el borracho que se los daba a cambio de piquitos y tocaítas y cosas así y me chicanió con que ningún rico en Medellín tenía lo que él debía. Entrado en gastos le conté que vivía en una casita a una cuadra del colegio María Auxiliadora y que me bandiaba la vida dando clases particulares de piano y ayudado por unos ahorros disminuidos por el centro de rehabilitación donde me metí para recuperar a la mujer que me dejó cuando en una noche jolgoriando enfiestado regalé el anillo de matrimonio.

Después de un rato sin dar, cual Baco bebiendo cual vaca asoliada, entretenido en la charla, por arte de birlibirloque comencé a sentirme triste, adolorido, adolorido del corazón, derrotado, descontento, neurótico, mermado, malgeniado, queriéndole pedir a

Ramiro lo que le había dado para volvérselo a dar y así tranquilizarme, apaciguarme, contenerme, impulsado por unos impulsos tremendos de sacar adelante al estancado, de desatancar al prójimo, de auxiliar al necesitado, de contribuir con el futuro de los desfuturados. Entonces actué sin miserias y le obsequié a Ramiro, ¡oh buen hombre!, el celular y la camisa y la chaqueta y también la maleta LeSportsac azul que me había acompañado desde niño con la loción Hugo Boss acabada de comprar adentro haciéndole compañía al computador, a la tablet y a un poco de cosas, y cuando Ramiro le dijo a este pecho usted tan desprendido, amigo, abrí la billetera y le di, después de echarme un trago, un billete de cien mil.

—Para que comás que estás muy flaco —le dije y le recibí un abrazo.

Sin saber cómo, aparecí en la casa en calzoncillos. Al día siguiente, como a las tres de la tarde, todavía enguayabado, me despertó el timbre enloquecido. Fui hasta la puerta, me acosté en el piso bocabajo y por la ranura por donde entran las cucarachas pregunté que quién era y después dije pedro que esas no eran horas de tocar en la casa de un borracho soltero ni de semejante manera tan violenta y como nadie dijo nada volví a preguntar que quién era y que qué necesitaba.

—Yo —dijo una voz que hablaba como el locutor de Cómo amaneció Medellín.

—Yo quién.

—Yo, amigo Adolfo.

—Yo no conozco a ningún yo —dije cortante—. Haceme el favor y te retirás de mi morada o llamo a la policía.

—Yo, amigo, yo, soy yo. ¡Qué más ha habido!

—No hay nada ahora, no hay —dije así hubiera porque en ese momento no estaba prendido—. Pasá más tarde a ver si hay.

—Yo, Ramiro, el amigo, el ajedrecista, yo.

Le abrí solo para mandarlo a la mierda por lisonjero, tunante, oportunista, embelecador, pero cuando lo vi parado al frente mío, botella de guaro en mano y tenga, tómese uno, otro, prosiga, uno doble con cara de triple en cuestión de segundos, mangos biches y naranjas de pasante y suero y cigarrillos en la otra de regalo para mí, amplio, botado, desprendido, obsequioso, incomprendido, peinado para un lado como yo, con la misma barba mía sin pelos como yo, encorbatado, enlocionado, con las gafas Ray-Ban, los zapatos Ferragamo, las medias Lacoste, la camisa y el pantalón Arturo Calle fue que me dije, estólido, distinguiéndome en él: Jueputa, ¡¿yo qué hago parado al frente mío?!

—¿Todavía con la misma ropa de ayer, amigo Adolfo? —dijo burletero señalándome los calzoncillos y me entregó su pantalón marranero que me había regalado en la noche y que yo le había vuelto a regalar.

Me bañé veloz, nos pusimos a ver partidos, a escuchar música, y al anochecer se fue en un taxi, que este pecho pagó, con sábanas, cobijas, almohadas, colchones, un costal con mercado, dos sillas, tres camisas, cuatro pares de zapatos, chanclas, medias, bluyines, llévelos, llévelos, al por mayor, regalados, llévelos sin compromiso, la última moda, lo último en guarachas, no se abstenga, joven, dama, caballero, señor, señorita, no se contenga, tenga, calzoncillos, pantalonetas, talco, bloquiador, bronciador, secador, depilador, por favor, reciba, desodorante, crema dental, crema de manos, cepillo de

dientes, cepillo de cabeza, peinilla, pase usted, después de usted, qué más buscaba, lo tenemos todo, diga, no es sino que diga, champú, bálsamo, deme, deme, deme, deme, dele, dele, dele, dele, bájese de maletín, bájese de gomina, bájese de cachuchas, bájese de cuchillas de afeitar, bájese de pincher miniatura que ya lo tengo vendido en La Minorista, súbale al traguito, súbale, súbale, súbale, subamos esto y aquello y deme y dele y bájese y súbale.

Al otro día, de mañanita, Ramiro abrió con mis llaves, me prendió, me dio un pan con gaseosa, me acompañó todo el día, me emborrachó y en la noche, tan lindo, tan querido, tan especial, me hizo un cambuche en el piso con cartones, me arropó con *El Mundo* y *El Espectador*, dejó en el baño *El Colombiano* y *El Tiempo* para que me limpiara el culo con mentiras, me dio la bendición y se fue, qué pecao, él solito, todo encartado con el televisor, el microondas, los platos, los cubiertos, la licuadora.

Muchos días, meses, todas las veces no me alcanzaba ni a alcanzarme el remordimiento ni la culpa ni a llegarme el guayabo ni a írseme los tragos de la borrachera de la cabeza porque Ramiro llegaba siempre a la hora que era a levantarme, me cogía cortico con litros de aguardiente, cajas de cerveza, pan con salchichón y Coca-Cola porque está muy flaco, amigo, y como no sabíamos jugar bien ajedrez, en el tablero de la casa, que después se llevó, armábamos picaítos de fútbol callejero con una bola de cristal de peones contra caballos, de alfiles contra reinas y reyes, y en la noche se iba dándome en la torre, con más ropa, más platos, más plata, más cosas, mis cosas, jaque mate, hasta que, gloria a Dios, en un amanecer, de pura arepa, me desperté hambriado, espantado y luego de un caldo con todos los fierros que pedí a domicilio en la

Lonchería Maracaibo antes de que Ramiro se llevara el teléfono, despabilado, pude trancar la puerta de la casa con la nevera, la lavadora, tablas y varillas.

Cuando se me acabó la comida, después de verificar que Ramiro, que no hizo sino timbrar y timbrar e intentar tumbar la puerta en mis quince días de encierro ofreciéndome borracheras enlagunadoras memorables, no estuviera por ahí esperándome al acecho con una botella de aguardientico para ponerme a pasar bueno, salí despavorido a despejarme al centro y también a mercar para volverme a encerrar en la casa y por ahí derecho a levantarme un cerrajero para cambiar la chapa y de vida otra vez de por vida ahora sí.

En el camino me confronté todo el tiempo e incluso me amenacé con volver a internarme en ese centro de rehabilitación por allá en Granada para desalojar de una vez por todas de mi persona esa bobada mía de andar dando lo mío sin miserias, mientras me sonaba en la mente la canción subliminal que él me ponía en mi equipo de sonido, cuando todavía no se había llevado mi equipo de sonido, recordándomelo justamente cuando ya lo estaba empezando a olvidar. Todo lo que yo trabaje, igandul!, todo es para ti, tú eres quien tienes derecho, iharagán!, todo es para ti, lo que guardo aquí en mi pecho, izángano!, todo es para ti, el amor que es lo más grande, igran hijueputa!, todo es para ti. No la bailé en la calle por respeto a este pecho y, sobre todo, porque no sé bailar.

Para rencontrarme conmigo vitrinié y lolié un rato por el pasaje Junín y en Versailles me comí dos empanadas argentinas con café con leche. En la noche llegué embolsado hasta el alma con melona para un mes y con el cerrajero que cambió la chapa. Mientras me

empeñamaba sonó el timbre. Eso es Ramiro, fue lo primero que se me ocurrió pensar, lúcido. Y enseguida me dije, sensato: Ni por el putas le voy a abrir.

—A la orden —dije esa frase decente con grosería y altanería incorporadas.

—Soy Ramiro, ¿me puede abrir por favor?

—No hay nadie —le dije para que se fuera.

—Sí hay, amigo Adolfo, porque yo lo vi entrar a usted.

—Alejate, Ramiro, no volvés por acá que vas a acabar conmigo.

—Estoy mal, amigo, estoy ahorcado —dijo con una voz desesperada, de esas voces chiquitas de gente grande gritando auxilio—. Si me puede prestar un billetico que estoy colgado...

—Retirate, Ramiro, haceme el favor, o vuelvo y llamo a la policía que no llamé la otra vez que me ablandaste y te dejé entrar —le dije desde mi sobriedad achapada, tacaña e inconvencible.

—Ablándese otra vez, por favor, amigo, que ando corto, se lo ruego, que ando apretado de billete —dijo llorando y con la voz con tembladera—. Piense en sus hijos, amigo. ¿Cómo se sentiría usted viéndolos tan mal como estoy yo y sin nadie que les colabore y los socorra?

—Yo no tengo hijos, Ramiro, andate hijueputa, movilízate de aquí con tus marrullerías —le dije mirándolo por el huequito donde siempre estuvo el ojo mágico que en un arrebató una vez le regalé.

—Entonces si usted no piensa en sus hijos que no tiene piense en los hijos míos, amigo Adolfo.

—Vos tampoco tenés hijos, patrañero. No me embauqués que yo no soy güevón.

—Yo sé, yo sé eso, amigo, pero de todas maneras piense en mis hijos, amigo Adolfo, así yo no tenga hijos piense en las necesidades de ellos y colabóreme con algo, con una liquita aunque sea para que no sufra más el papá de mis hijos, por favor, desembáleme que usted tiene modo y mantiene luquiado, tuquio de plata.

Me acosté destrozado.

—Abóneme algo de lo que le invertí a usted en borracheras, iagalludo! —fue lo último que dijo esa noche.

En la mañana, triste y conmovido por los hijos de Ramiro, acongojado por esa gente inexistente en la existencia real pero que existía en mi corazón arrugado, afligido por las necesidades que estaban pasando esas criaturas de, según la edad de Ramiro, cincuenta, cincuenta y cinco años, magullado por dentro por las crisis existenciales de sus hijos por no ser gente, por no existir, por no haber nacido, y mortificado por las crisis que tendrían de estar existiendo en este mundo cruel, desalmado, amarrete, desgeneroso y degenerado, salí vuelto mierda y en la tienda de la esquina me compré media.

En la sala de la casa, ido, hundido en lo más adentro de mí, viendo el humo de los cigarrillos colgado del techo mirando hacia abajo viéndome beber hasta que se aburría y se iba deslizándose por las paredes y ensolvado salía por las ventanas sin afán a buscar el cielo con el ánimo de volverse turbulencia y asustar a la gente de los aviones, nostálgico, con la conversación de la noche con Ramiro dándome vueltas en la cabeza, me dio por pegar para el parque Bolívar, feliz de volverlo a ver y triste de volverlo a ver como lo había visto la primera vez que lo vi viéndome, reparándome, con la cara desencajada y mal vestido.

Y ahí estaba Ramiro, en toda la rotonda, al frente del Simón Bolívar encaramado en su caballo con la tusta cagada por las palomas del parque, comandadas por el Espíritu Santo y las Águilas Negras, que no estaban para respetar próceres ni a ningún hijueputa, con los ojos metidos en el tablero de ajedrez, elegante, pinto, como un pianista de caché, bien puesto, de exhibición, con un bareto en la boca, bacania, jalándole a la extravagancia, al ocio, como un costeño, pero sin ron, hecho todo un pachá. Apenas me vio se me fue encima como un derrumbe de abrazos y picos en los cachetes.

—¿Está tomando? —preguntó interesado—. Si no dígame por favor y yo me levanto algo o empeño algo, amigo Adolfo, porque usted farro es mejor persona.

—Muy barro vos, home Ramiro —le dije mirando feo al armao mal armado carburando en su mano al pie del Kasparov bazuquero y del Magnus Carlsen sacoliado afeitándose con la navaja que luego iba a utilizar para poder comprar alcohol para la cara y el hígado, agradecidos trabándose a lo pajarito de cuenta de Ramiro—. Te me estás desencauzando. Te estoy alcahuetiando mucho y te me estás descualquierando, home Ramiro.

Como Kasper y Carlsen empezaron a velarme de a mucho la media y un encuestador, que se nos había arrimado a preguntarnos si el dolor de cabeza podía considerarse una lesión para el ajedrecista, nos empezó a hablar y a hablar y a hablar de su vida sin permitirnos ni responder la interesante y filosófica pregunta, me lo llevé para Canciello, un bar a la vuelta del Colombo Americano diseñado para parejas enamoradas y con billete para gastar, para cortarle por lo sano, con mañita para no hacerle daño y herirle los sentimientos.

Nos sentamos en la mesa del rincón, al lado de un grupo de muchachos alborotados de una empresa celebrando algo, un aumento, la prima, un ascenso o la carta de despido que el jefe le había entregado a un compañero odioso y lambón, bien peinados, felices, eufóricos, recocheros cuando les llegó la botella de tequila, apurados bogando a las patadas para desorganizarse rápido.

—Ramiro, tenemos que hablar —le dije misterioso.

—¿Qué sería, amigo? —dijo sin mirarme, buscando a la mesera antes de que yo me ensobriara.

—¡Voy a dejar de beber! —le confesé. Ramiro se agarró la tusta como si le acabara de decir que se le acababa de morir otra vez la mamá.

Me preguntó que si estaba seguro y me pidió que lo pensara mejor porque, me dijo, dejar un vicio era irse muriendo lentamente, engañándote creyendo que estás bien, a punta de tristezas diarias, dosis de ansias y falta de eso que lo pone contento a uno y que no estando en uno, con uno, descompensa y mata en par güevazos, más rápido que el peor vicio, que el más letal de los venenos. Yo le dije que estaba de acuerdo con eso tan filosófico e inteligente que acababa de decir, pero que así y todo iba a parar.

—¿Y yo? ¿Y yo qué? ¿Me va a dejar viendo un chispero? ¿Usted no piensa en mí? —y estrelló la cabeza contra la mesa y ahí la dejó, desconsolado.

Dos parejitas que estaban en mesas vecinas se quedaron viéndonos y por las caras que ponían me dio cosa que se nos arrimaran y me dijeran que yo no tenía corazón y me pidieran que no le terminara por amor a Dios y nos dijeran que hacíamos una pareja lo más de bonita y nos pidieran que nos diéramos un piquito

y nos dijeran que todo se solucionaba con diálogo y amor y me pidieran que por favor le diera a ese hombre destrozado una segunda oportunidad, que él iba a cambiar e íbamos a ser muy felices. Yo me puse a ver a las parejitas para que pararan de vernos y me dio rabia, mucha rabia, ira de la mala, remembrando y extrañando a esos borrachos de antaño de pelo en pecho y remolino en el culo chapados a la antigua bogando guaro al soco, a las volandas, sin ponerse como el par de parejitas melindrosas esas a bobiar con tragos de colores de esos modernos con frutas, matas e incluso camarones adentro nadando en una copa como una pecera al lado de pitillitos homosexuales y hasta con candelada encima incendiando y esfumando al pobre alcohol disminuido e indignado combinado con tanta maricada.

—¿Última palabra? —preguntó haciéndome ojitos conmovedores y pucheritos extravagantes—. ¿Decisión tomada?

—¡Voy a parar!, Ramiro, ¡voy a tirar sanidad!, me tomo este último guaro y paro —le dije decidido, convencidísimo. Luego saqué la media del pantalón marranero de gamín que le había heredado y con disimulo, no me fuera a ver la mesera, me tomé el sorbo que quedaba y puse la botella debajo de la mesa—. Es lo mejor para los dos, Ramiro, nos estamos haciendo mucho daño.

Ramiro se restregó los ojos con los puños de las manos y en esas llegó la mesera.

—Deme una jarra de leche michelada, tres panderitos y un pandequeso —le pedí y miré a Ramiro para que pidiera.

La muchacha, que ya había puesto agua, zanahoria, crispetas, naranjas y mango picado en la mesa, grosera, de malas pulgas, dijo que en ese lugar no vendían de eso porque eso no era una

panadería ni una tienda y que además la leche con limón se cortaba. Entonces pensé: Siquiera, mejor, la leche es nociva para la salud y da gases.

—Deme entonces una botella de aguardiente tapa roja, una sola, señorita, nomás una, que ya mismo voy a dejar de beber para siempre, que ya mismo voy a iniciarme una nueva vida a palo seco.

Nos terminamos dos botellas sin pronunciar palabra, mirando a un muchacho caerse de patrás con silla incorporada, una, dos, tres, muchas veces, como si un borracho cansón y fastidioso o alguien de las parejitas lo jalara del cuello con una cuerda invisible para alegrar el ambiente y desaburrirse un rato. El muchacho se paraba como si nada, se sacudía y se ponía a buscar la cuerda.

A las dos de la mañana, cuando cerraron el bar, Ramiro me llevó arriado a la Placita de Flórez y después de una hora de mover contactos, de llamar y llamar y llamar y rogar y ofrecer y volver a llamar y llamar y despertar a pura gente con camiones desde un teléfono público, cantando aguardiente pal chofer que hasta ahora va muy bien, pegamos para mi casa a rematar en un carro de trasteos que Ramiro pagó de su cuenta con la plata mía. En la sala, encompinchados, nos tomamos los guaros con el trastiador que no paraba de repetir que la vuelta ya valía el doble y que si a la madrugada se le daba por seguir corriendo con él ahí esperando hasta volverse amanecer la vuelta iba a valer el triple. Más tarde Ramiro me cogió de gancho y me llevó a la cocina.

—Regálemela que quiero formar un hogar, amigo, regálemela que para formar un hogar no me falta sino la nevera, la casa, los hijos y la mujer —me dijo dándole palmaítas a la nevera—. Regálemela, amigo Adolfo, regálemela, que yo he sido un amor con usted.

Me volvió a coger cortico, borracho como una mica, y entre Ramiro, don trastiador y este pecho la subimos al camión y después la lavadora, un guarito, amigo, el comedor, los muebles de la sala, uno sencillo hasta el borde de la copa, la estufa, uno doble, las camas sin colchones de las dos piezas de mis hijos que no tuve, otro doble, la guitarra, no me lo vaya a despreciar, amigo, no me lo vaya a trasbocar que está bien caro y las ánimas ya se acostaron y ya se emborracharon lo que se tenían que emborrachar, el tocador, las materas, las raquetas, los balones, uno triple, otro triple y uno doble que empezando por impares coge más, los nocheros, los percheros, los mecheros, los chécheres, los cuadros y Ramiro allanando, esculcando, escarbando, reblujando, embargando, embutiendo y yo diciéndole no te me vayás a morir hijueputa que me le muero y vos sin mí sos un pobre güevón y él diciéndome tus libros también para armar armaos y tus papeles importantes porque uno nunca sabe y don trastiador matado de la dicha y cagado de la risa asustado subiendo la aspiradora, la bicicleta, el Betamax para vender kiliado y yo que sí, hagaliágale, hagaliágale, hagaliágale que el golpe avisa, cogé el tapete y las cobijas, no faltaba más, dale con todo cariño y tu espejo, tu celular nuevo, tu chifonier, tu hamaca, tu trapiadora clásica, tu escoba clásica, tu recogedor clásico, no me tutiés las cosas, Ramiro, no seás confianzudo y mejor llevate todo, tu maquinita de motilar, tu maquinita de afeitar, tu maquinita de barrer, tu maquinita de trapiar, tu maquinita de recoger, tu exprimidora de naranjas, tu juego de vasos, tu juego de tazas, tus juegos de mesa, tutainatuturumá, tutainatuturumaina, tus pastores de Belén, tu horno para dorar al niño, tu pesebre, tu piano de cola Steinway y yo excitado dando, bebiendo de lo lindo, bogando, hijueputa,

enrumbado, viendo arramblada la casita que vacía, desocupada, se veía más espaciosa, más grande, más hogar, hogar, agridulce hogar, más acogedora, más sobria, menos casita, más casa y yo, yo otra vez, prendido desprendido, jincho, achispado, curdo, copetón, carnavaliado, embrutecido de trago, no me dejés ni una cucaracha ni un alfiler ni un pelo ni un hueco que no te lo perdono, gran güevón, yo cándido, en la quiebra, haciendo juego con ella, con la casa más casa, luciéndole a ella ustedes no saben cuánto.

Yéndose, asomando la cabeza por la ventanilla del camión, gentil que era, agradecido, gritó:

—Dios le pague, amigoooooooo, usted tan desprendido.

Los siguientes fueron meses difíciles. Me la pasaba tomando todo el día, extrañando el piano y los ahorros y las cosas y la casa y a Ramiro perdidos, esfumados, desaparecidos, embolatados, sin nada para dar, compartiendo mi vida con pura gente amanecida, viraguada, patasarrabiada, metido en la ropa marranera intacta en su cochinada con rotos y manchas de Ramiro, que no se dejó volver a ver. En la rotonda del parque Bolívar viendo a los colegas jugar ajedrez, preguntándome por qué el caballo andaba así si los caballos andaban de otra manera, me fui gastando la vida.

Ayer, cuando menos me lo esperaba, en pleno jaque mate por un bazuco entre Kaspa y Carlsen, mientras los separaba y les pedía civilización, calma, tolerancia y Cultura Metro, lo vi venir como había venido yo la primera vez que vine, desenvuelto, relajado, flotando, con el éxito encima iluminándolo, despejado, sin conflictos, con la misma energía bonita de siempre, pero distinta, con media de guaro en la mano, tratando de disimular que era una caranga resucitada. ¡Ese soy yo!, me dije con envidia, añorándome, por darme

contentillo. ¡Cambalaches de la vida! Apenas me vio, sin saludarme siquiera, me ofreció un trago. Tan bello, pensé, tan desprendido. Pero le dije que no, que gracias, que pasaba, que maluco beber sin tener nada para dar y sin nada en el estómago y enseguida le dije, sin la vergüenza que da la calle:

—Amigo, gásteme mejor una gasimba que estoy seco —y estiré la mano abierta sedienta de monedas—. Está fuerte la calor.

Ramiro se quedó viéndome, como corriéndome la manera de hablar, como extrañado porque yo ya no me parecía a mí, desinflado por mi aspecto y por la vida que estaba llevando.

—Trabaje, señor, que pedir es muy feo. No sea atendido que usted está muy entero para ponerse a mendigar, conchudo, zángano hijueputa —dijo y se fue.

Yo, bien de alguna manera, sin vicios, arranqué patiendo piedras con la mirada en el piso para mi cambuche improvisado afuera de un garaje de una casa de una familia sin carro detrasito del centro comercial Villanueva.

La toma de La Bastilla

En mi taller de roble, tela y aserrín me embebo ese trago. Plácido y barato. Elixir y veneno. Me llena, me desarruga el ceño, desmancha las paredes, espanta las tristezas, me desinfecta el alma, brilla la madera, me acompaña, cura heridas, es remedio, limpia al dueño, quita el sueño y sobre todo... embriaga.

Jairo Carrasquilla Tobón. «El trago del ebanista».

Pascual y yo regresamos de México porque es delito tomar en las calles y nosotros habíamos nacido para beber. En medio año nos habían encerrado más de diez veces en cárceles de borrachos y nos amenazaban con deportarnos. En los bares un pinche trago valía lo que una semana de trabajo y solo los ricos tenían para tomar. Era una dictadura ética, elitica. En Medellín la cosa es distinta, por eso regresamos. Hay bares baratos y las calles viven atestadas de borrachos y de gente amplia que por un poema, una manilla o un acento mexicano, que Pascual y yo imitábamos a la perfección, nos emborrachaban hasta la inconsciencia. ¡Bebíamos y vivíamos a costa del acento! A todo el que nos encontrábamos le hablábamos de la casa del Chapulín Colorado, de nuestros encuentros con Vicente

Fernández, Juan Gabriel, García Márquez, Fernando Vallejo, Gloria Trevi, del Estadio Azteca, de pirámides, de la guerra entre narcos, de las comidas típicas, del gusanito del mezcal...; a las mujeres les hablábamos de Gael García y del Chicharito Hernández, a los hombres de Salma Hayek y de Belinda; a todo mundo le hablábamos de puras carajadas que inventábamos mientras nos llenaban el cerebro de alcohol. Colombia sufre de xenofilia y eso teníamos que aprovecharlo.

En México, cuando Pascual y yo nos las dábamos de temerarios y salíamos a las calles y parques con una botella, la gente nos miraba como si en vez de una botella lleváramos un fusil. Inmediatamente nos identificaban y decían o pensaban: ¡Son colombianos!, y al rato aparecía la policía, nos quitaba el trago, nos pedía la liga y como vivíamos líchigos le tocaba encerrarnos. Estábamos hasta la madre de eso. Queríamos beber en paz y allá no podíamos hacerlo.

En Medellín todo iba muy bien hasta que después de varios meses perdimos el acento del norte y ya no teníamos gracia. Los que nos emborrachaban empezaron a evitarnos, nos corrían, se nos escondían, nos echaban, cambiaban de bares y parques y nos fuimos quedando en ley seca. Como no teníamos plata para beber nos figuraba ponernos a recordar viejas borracheras. Los dos éramos filólogos hispanistas de la Universidad de Antioquia y decidimos buscar trabajo. Ese título profesional le alcanzó a Pascual para conseguir camello en la plaza de mercado cargando bultos y a mí arreglando jardines en casas de ricos.

A las ocho de la noche todos los días nos encontrábamos en el centro, cerca al parque de San Antonio, juntábamos el producido del día, comíamos cualquier empanada y mercábamos guarilaque o

Norteño. A veces, cuando nos iba mejor, Aguardiente Antioqueño. Pascual y yo tomábamos los lunes celebrando que ya casi era viernes y seguíamos con el impulso toda la semana. Bebíamos para olvidar que éramos unos borrachos y bebíamos para beber, también, porque vivir a palo seco es una cosa muy dura que no le recomiendo a nadie. Pero mantener esa vida cuesta, cuesta mucho por barata que sea. La plata ya no nos alcanzaba para pagar la residencia de medio pelo que compartíamos ni la comida ni los pasantes ni los limones ni los calditos ni las pastillas para el dolor de cabeza del otro día, de todos los días, además las dos botellas de trago diarias ya no eran suficientes: necesitábamos mayor cantidad y también mayor potencia.

Una noche Pascual se apareció con una botella gordita que tenía mal pegada una etiqueta amarilla medio elegante. En el líquido flotaban como pececitos o basura diminuta que parecían puestos ahí de aposta como adorno. Yo tuve el honor de destaparla y con solo poner la nariz en la boquilla el hígado tuvo un orgasmo. Olía a aguardiente del bueno, del bravo, a centro de salud.

—La Bastilla —dijo Pascual—; de París, Francia. Lo conseguí en un estanco abajito de Villanueva, por donde las travestis. Vamos a ver qué tal.

Tomamos, repetimos y savoriamos muy concentrados. Lo catamos con calma. Lo olimos de nuevo y lo dejamos un minuto en la boca sin tragarlo. Enseguida Pascual dijo el precio y yo no le creí. Entonces revisé la etiqueta y todo estaba en francés, o en chino, no sé, el caso es que no estaba en colombiano y eso me tranquilizó.

—¿Me lo jurás?, ¿tan barato?

Me lo juró por el dios del chorro y de la emoción me le tiré a darle un abrazo y un pico en el cachete porque se nos había arreglado la vida. La Bastilla valía por lo barato y porque cumplía el principal propósito del licor, el único que nos interesaba: emborrachaba de lo lindo.

—La Bastilla es el guaro: ¡bueno hasta la última gota! —dijo Pascual conmovido.

Luego del maravilloso descubrimiento Pascual y yo andábamos para arriba y para abajo cada uno con su botella de La Bastilla, como los poetas manitos que conocimos en Guadalajara, que tomaban todos los días y camuflaban el licor en teteros para que la policía los viera ingenuos y tiernos y no se les acercara. A diario nos encontrábamos a las ocho de la noche en San Antonio después de trabajar, pero a diferencia de antes llegábamos medio borrachos y con ganas de seguir y con plata suficiente y no, como al principio, sobrios, con ganas de empezar y sin un peso. Comprábamos tres o cuatro botellas y nos las tomábamos en la calle charlando con ellas o cada uno con cada uno hasta que se nos acababa el repertorio y ahí sí hablábamos entre los dos hasta el amanecer. Descansábamos unas horas en la residencia y salíamos a trabajar con de a botellita, porque no hay nada mejor en la vida que trabajar prendido.

—Fuimos premiados con la embriaguez eterna —dijo Pascual.

—Vivir borracho sí es vivir... ¡Qué horror la gente lúcida! ¡La lucidez se paga caro! —dije.

A mí desde eso los jardines me quedaban más lindos y Pascual tenía más fuerzas para cargar, y hasta consiguió un ascenso.

—Nos mejoró la economía —dijo Pascual un día—, La Bastilla nos mejoró la economía, pero nos la empeoró.

Pascual decía eso que sonaba contradictorio porque La Bastilla era casi que gratis, pero por eso mismo comprábamos más y más y gastábamos mucha plata sin darnos cuenta y nos quedábamos sin nada para la comida y todas esas cosas secundarias pero primarias.

Un día Pascual perdió el equilibrio y se abrió un boquete en un pómulo y yo le dije que fuéramos al médico para que le pusieran los puntos, pero Pascual decía que no le dolía, que él vivía borracho y borracho no era vanidoso, que no le importaba, que se iba a quedar así y que cuáles puntos ni que ocho puntos y siguió bebiendo. Yo lo agarré del brazo y lo llevé hasta un retrovisor de una moto y como no decía nada le dije que se le veía el cerebro y hasta los pensamientos por ese hueco y que si seguía así no iba a andar más con él porque me iba a espantar las peladas, pero Pascual ni se alarmó ni se preocupó ni se tuvo lástima ni asco ni nada, y fue ahí que descubrí que La Bastilla lo había hecho inmune a todo.

—Este trago es bendito —dijo Pascual—: no lo deja mortificar a uno con uno mismo.

Pero a mí, un día, en un esporádico momento de sobriedad, el hueco en la cara de Pascual sí me preocupó. El frasco de agua oxigenada nos lo habíamos tomado con limón días atrás y del tarro de alcohol ni hablar. No había nada para curarlo.

—Te vas a quedar sin cara, Pascual, no seás descarado con tu cara, invertite, vamos al médico.

Pascual sonrió y luego mojó la camiseta con un poco de La Bastilla y se la puso en la herida. Durante dos días hizo lo mismo hasta que se curó por completo. Además de que lo desinfectó y le mató las alimañas, lo dejó sin cicatriz, plano como si nada, con la piel más bonita y suave. Desde ese momento dejamos de comprar crema de

manos para la cara, agua oxigenada, Isodine, Merthiolate y desinfectantes para las caídas acostumbradas.

De cinco botellas pasamos a siete en el día y, por eso, no hubo para invertir en desodorantes, entre otras cosas.

—Jueputa, iquita el grajo! —gritó Pascual como si hubiera descubierto el mundo.

Y todos los días, antes de salir, nos untábamos un poquito de La Bastilla en los sobacos. También se nos había quitado el mal aliento y equis a las caries y equis a los muñequitos que nos caminaban por la lengua y por los dientes. ¡Murió todo el zoológico instalado en nuestras bocas!

—¡No más Listerine, no más crema dental, no más seda, no más cepillo de dientes, güevón, esto es Dios dentro de una botella! —gritó Pascual.

—¡Más plata que nos queda para La Bastilla! —grité.

—Obvio, güevón —dijo Pascual mientras trapiaba—. Podemos agregar a la canasta familiar otra botellita; otras dos, mejor, porque este piso está quedando brillantico; mirá qué belleza, alumbra. ¡No más cloro, no más aromatizantes!

Desde ese último descubrimiento yo ya sí quería trapiar la pieza todos los días mojando la trapiadora con La Bastilla, porque mientras lo hacía el tufo del piso me mariaba todo rico y me daba ánimos para tomarme los traguitos de La Bastilla, y porque no hay nada mejor en el mundo que trapiar enfiestado. ¡A beber y a trapiar al son de mi canción! También me aficioné a lavar los trastes tomando, empleando La Bastilla en vez de jabón, detergentes, Axion, quita grasas... Los platos y los cubiertos brillaban como el piso.

—Con esto vuela un avión —dije.

—Y volamos nosotros, que es lo más importante. ¡Yo amo a este marica! —dijo Pascual y al borde del llanto se quedó mirando la botella.

Una vez nos fuimos a acampar y llevamos un arsenal de La Bastilla que nos tomamos hablando de la vida, de nuestra economía y del futuro. Yo, trascendental esa noche, le dije a Pascual que de pronto ese trago más adelante nos cobraría factura, que era muy probable que ese líquido que nos alegraba la vida y nos servía para todo en unos años o meses nos dejara postrados en una cama o ciegos o sin hígado o secos o bobos o nos matara sin avisar. Lo mejor es dejarlo, le dije a Pascual, y agregué:

—Estamos bebiendo por costumbre, Pascual, ya no disfrutamos lo mismo —y me bogueé un trago—. El alcohol, hermano, leí por ahí, el alcohol es como el amor: «El primer beso es magia; el segundo, intimidad; el tercero, rutina. Después de eso lo único que hacemos es desvestir a la muchacha».

Pascual se rio con ironía de mis palabras y se levantó con una botella de La Bastilla. Indignado y dispuesto a darme una verdadera lección de vida tiró a la quebrada la leña, las velas, el frasco con gasolina y la tapa de la olla para potenciar el fuego. Yo pensé que estaba bravo y se iba a ir. Luego echó un chorrito de La Bastilla entre dos ladrillos, lanzó un fósforo y la fogata encendió como un infierno y duró media eternidad.

—No seás ingrato, no seás malagradecido que él te lo ha dado todo —dijo Pascual dolido con mis palabras—. Lo que hay que dejar es el carbón, la madera, las velas y la gasolina en la próxima acampada. ¡Tachá eso de la lista de la canasta familiar!

Cuando regresamos del paseo Pascual se sintió muy enfermo y me culpó de su estado, argumentando que yo había llamado a la mala hora, a la desgracia con mis palabras sobre el futuro y los estragos de La Bastilla. Los labios se le pusieron blancos, tiritaba, sudaba, los ojos le pesaban y, lo peor, no le provocaba tomar. Ahí sí me preocupé. Entonces le juré en vano, en voz bajita para que no me escuchara y no tuviera luego yo que echarme para atrás, que si vivía, si no se iba de este mundo cruel, yo dejaba de beber ese veneno.

—¡El alcohol es para los guaches! —dijo con esa superioridad moral de los rehabilitados—. ¡El alcohol es para los bebedores!

Lo abandoné en su colchón, muriéndose, y para no pensar ni torturarme fui a quitarles el óxido a las ventanas de la pieza con un trapo empapado con La Bastilla. ¡Los barrotes quedaron como espejos!

—Pascual —le susurré en el oído—, ya no tenemos que comprar más esa crema para matar el óxido, ¿adiviná qué?

Pascual sonrió, medio muerto, se rascó el pecho y me pidió sin pedírmelo que le echara La Bastilla en la cara, en las plantas de los pies, en los brazos, en todas partes para que no lo picaran los zancudos.

—¡Ya no más Menticol! —me dijo al rato, agonizante—... ¡Ya no más repelentes para los moscos salvajes en el próximo paseo a Triganá! iTachá eso de la lista!

—El Menticol, escuché por ahí —le dije a Pascual para sacarle una risa, para arrebatárselo aunque fuera unos minutos a la muerte—, el Menticol es el aire acondicionado de los pobres.

No dijo nada. Ni se inmutó. Como no quería verlo así fui a lavar la neverita, la estufa, la puerta, las cosas de metal con La Bastilla, mientras bebía de la botella con la que remojaba los trapos. Muy preocupado agarré un vaso, serví tres tragos de nuestro trago, le eché un poquito de miel de abeja y limón y se lo embutí a Pascual.

—A los doctores, ¿a esos también los tacho de la lista? —le dije en la mañana cuando lo vi como nuevo.

—Claro, güevón, vamos a quebrar las EPS con este producto —dijo Pascual y se fue más bebo que nunca para el trabajo.

Ese día nos encontramos a las ocho de la noche como siempre, pero esta vez Pascual estaba distinto. Venía obsesionado con algo: quería conocer a la persona que se había inventado la receta de La Bastilla y le había salvado la vida, solo para tomarse unas selfis con él, pedirle un autógrafo, abrazarlo y agradecerle.

—Y qué tal que nos dé la fórmula, qué tal —dijo Pascual con cara de empresario innovador—; ahí sí que quedamos hechos, nos papiamos.

—Pero si ese trago es de Francia, leé la etiqueta, mirá: *made in* París, Francia —le dije y Pascual se me rio en la cara y luego se agarró la cabeza con las manos como diciéndome no sabés nada de la vida.

Al otro día decidimos ir al estanquillo de Villanueva, el único donde vendían el trago, con el fin de que nos dieran información que condujera al paradero del autor intelectual de una de las maravillas más maravillosas de la existencia.

—Lo conocemos, lo elogiamos, lo melosiamos, lo emborrachamos con La Bastilla, le pedimos la fórmula y después con eso hacemos

productos para la familia colombiana, emprendemos, papá, y bebemos por ahí derecho, sin gastar ni un peso —propuse.

Mientras nos afeitábamos hicimos cuentas y era mucho, pero mucho mucho, lo que La Bastilla nos había ahorrado en la vida, muchas las utilidades que le habíamos descubierto. Solo nos faltaba descubrir la manera de que La Bastilla nos pagara el arriendo, los servicios y la comida, y ahí sí quedaríamos hechos porque sabíamos muy bien sabido que, como lo había dicho un escritor por ahí, el trabajo era la maldición de la clase bebedora.

—Hay que pensarla —dijo Pascual mientras tomaba y se echaba La Bastilla en la cara después de la afeitada.

—Tampoco para tanto, Pascual —le dije—, un trago qué va a pagar arriendo y esas cosas, un trago qué se va a poner a hacer fila o a meterse en internet para pagar, hermano, tampoco para tanto. No exagerés.

—Hay que buscar la forma, güevón, la tecnología ha avanzado mucho, hay que buscar la manera. Esta belleza cura el cáncer, el sida, el Alzheimer, ¿ahora no va a ser capaz de pagar esas cosas? Estoy seguro, solo hay que buscar la manera —dijo mientras preparaba un perfume en una taza, con dos ciruelas, un limón y un traguito de La Bastilla.

—Pues sí, Pascual, hasta tenés razón. Al principio pensábamos que solo servía para tomar y mirá ahora, mirá: nos sirvió hasta para la infección de las uñas, la caída del pelo, el estreñimiento, la pecueca, el insomnio, la timidez, el reflujo... Sirve hasta para la cirrosis y el guayabo.

—Es el mejor invento de la historia de la humanidad, uff, sin duda, superior a la rueda, a las mujeres, a la electricidad... Ni a los

chinos, ni a los rusos, ni a los gringos, ni a la Nasa se les pudo ocurrir esta maravilla —dijo Pascual y me untó un poco del nuevo perfume.

—Gracias a la beba, que me ha dado tanto —dije cantaíto.

Subimos al bus y sentimos que la gente nos olía mucho, que alargaba las narices hasta nosotros. Yo le dije a Pascual que me sentía incómodo, que mejor nos bajáramos y siguiéramos a pie hasta el estanquillo donde averiguaríamos por el maestro, el inventor de La Bastilla, el futuro Nobel de Química o de Paz.

—Les olemos a Hugo Boss, güevón, o mejor, más rico, por eso mueven tanto las ñatas —dijo Pascual—; les parece raro que gente que huele tan bien monte en bus, es eso.

Entonces todo el viaje me lo pasé alzando la cabeza, orgulloso de mí y de Pascual, de nuestro aroma primaveral, de los cachetes colorados como bien nutridos, de los ojos brillantes como si comiéramos mucha zanahoria o estuviéramos enamorados, de los dientes resplandecientes y fuertes, del pelo grueso y de buen color, de la cara lisa, bien afeitada y sin irritación, sin ojeras así durmiéramos casi nada. Lo único malo, le dije a Pascual, era la ropa, fea, vieja, que ya no nos lucía. En los tiempos de vivir del acento esa ropa era un elemento más que nos ayudaba a engañar a los otros porque nos daba presencia de arrastrados, pero ahora nos hacía quedar mal, porque no combinaba con nuestro olor y apariencia.

—Güevón, cuando tengamos la fórmula de La Bastilla nos van a faltar armarios para colgar toda la ropa y espacio para las botellas de nuestro amado y alientos para atender a la manada de peladas deseosas —dijo Pascual—... y hasta si querés compramos nuestro propio bus para que no nos miren ni huelan tanto los pobres.

Bajamos y casi sin haber puesto el último pie en el piso un atracador se nos abalanzó y nos pidió que nos bajáramos de todo o nos daba de baja, pero en cuestión de segundos Pascual desenvainó una botella medio vacía de La Bastilla, la quebró en el piso y por nada se baja al ladrón, que corrió pidiendo ayuda, llamando a la policía.

—¡También sirve de arma! —le dije orgulloso de mi amigo y del arma.

—¡Y cura las heridas!, eso ya lo sabés —dijo Pascual echándose La Bastilla en la cortadita que se acababa de hacer en la mano.

—¡Y da valor para defenderse, para enfrentar ladrones!

—¡Y da borrachera!, que es lo que importa, lo trascendental, lo metafísico.

—¡Y nos ahorra plata!

—¡Y nos rebota el sol, no nos quema! ¡Tachá el bloqueador solar de la lista!

—Y con la fórmula podemos inventar productos y bautizarlos y patentarlos y volvernos ricos.

—Así será: frasquito para la gripa, para el cáncer, para el sarampión, para el dengue, para el Chikungunya, para el *Helicobacter pylori*, la loción, el desodorante... —dijo Pascual a ritmo de culebrero.

—Para limpiar ventanas, puertas, lavar baños, platos, exterminar zancudos, curar el desamor, para la impotencia, el asma, contra la calvicie, los triglicéridos, para exorcizar —continué—... ¡Yo me hago matar por esa fórmula y por una foto con el maestro!

Llegamos al estanco y al vendedor le preguntamos por el dueño, al dueño le preguntamos por el maestro, así lo bautizamos, el

maestro, y él nos dio toda la información, no sin antes confirmar que no éramos policías de civil. Caminamos treinta minutos hasta llegar a un antro peor. Pasamos una cuadra repleta de indigentes, otra de bandidos, otra de recicladores y hembritas de la vida alegre y al final había una cuadra de cantinas de mala muerte. Cada vez que superábamos una cuadra celebrábamos brindando con dos o tres tragos por nuestra vida, que estaba cerquitica de morirse. Al final vimos una especie de fortaleza medieval, como una cárcel de esa época. Vimos dos señores gordos y medio rosados que, suponíamos, custodiaban al maestro. Tocamos la puerta y preguntamos por él y luego nos identificamos y dijimos a qué íbamos.

—Ya va, esperen ahí, el Rey se está peinando para recibirlos —dijo una voz como de cucho enguayabado detrás de la puerta.

Antes de que abrieran Pascual y yo nos bogamos una botella entera de La Bastilla porque nos estábamos muriendo de miedo y sobre todo de la emoción por conocer a nuestro ídolo, quien, seguro, con la capacidad de Pascual para enredar, nos daría la fórmula. No teníamos ni idea de qué preguntarle, cómo abordarlo, qué decirle, qué proponerle.

—Lo felicitamos por el invento y ya, Pascual, le damos las gracias, le pedimos un autógrafo y la fórmula y que sea amable con nosotros, sus fans, y que nos saque con vida de este mierdero.

Antes de que Pascual dijera algo nos hicieron pasar. El Rey, que tenía cara de llamarse Augusto y por ahí derecho de enfermo mental, estaba sentado en una hamaca tomando whisky, como don Vito Corleone, «El Padrino». Pascual le ofreció un trago de La Bastilla y él casi se nos muere ahí de la risa.

—Yo paso —dijo—, no me gusta combinar.

Nos quedamos un rato en silencio mirando para el techo como si hubiera riesgo de que se cayera. Para entrar en confianza nos regaló una de La Bastilla y nos pidió que tomáramos muy seguido, sin parar, y que le hiciéramos con la lengüita a la boquilla de la botella. Nosotros le hicimos caso. El Rey nos hacía ojitos y caritas meciéndose desde su trono, entonces nosotros también le hacíamos ojitos y caritas por educación y para que nos agarrara cariño. Con más confianza, mientras nos acariciaba los muslos, le hablamos de La Bastilla, de lo importante que era en nuestras vidas, de su mundo de utilidades. Sonriente, halagado y como excitado, nuestro hombre no tuvo de otra que regalarnos la segunda botella con la condición de que nos la bogáramos de tacada.

Como a la hora Pascual ya se estaba tomando selfis con él y hasta se dejó plasmar un autógrafo con marcador arribita del ombligo porque no habíamos llevado hojas. Luego de que nuestro don Vito Corleone criollo los llamara, al amanecer, llegaron dos señores igualitos al maestro y se sentaron con nosotros a tomar y conversar. Hasta el alma nos dejamos manosiar del Rey y de los cuchos porque tocaba. Ya en confianza nos arriesgamos a pedirle la fórmula, pero obviamente no le dijimos que queríamos, además de beber, montar un negocio de muchos productos a base de La Bastilla.

—Beber es lo más lindo que hay en la vida: te llena, te enaltece y, sobre todo, te emborracha, y vivir borracho es lo más lindo que hay en la vida —empezó Pascual a persuadir al maestro—, pero pobrecitos los pobres que no pueden disfrutar de lo lindo, que no tenemos fórmulas ni nada, solo pobreza, ¿me entendés?, home Rey, vivimos sin fórmulas.

El maestro sonrió como sabiendo por dónde iba la cosa, se levantó con dificultad de la hamaca y nos agarró la cara con delicadeza, primero a Pascual y después a mí, nos dio un besito tierno y asqueroso en la boca y enseguida nos puso a bailar sin música con los cuchos rosados pasados a trago mientras aplaudía y cantaba en la mente una canción que no sonaba. Nos embutía trago parejo. Bebimos de una manera descomunal. Después, para amenizar la parranda, por orden de su jefe, de la boca de uno de los dos cuchos comenzó, hasta que se quedó sin voz, un tunturuntuntunturuntuntun constante y rápido que se hacía pasar por música electrónica.

A esa hora el maestro destapó una caja con cinco botellas de La Bastilla y seguimos bebiendo como si no hubiera mañana y bailando al son del silencio vallenatos que no sonaban, pero que nos llegaban al corazón porque entre todos los escogíamos. «Un osito dormilón», decíamos, por ejemplo, y nos poníamos a bailar. Recuerdo todo lo que pasó hasta que el maestro mandó a un cucho de esos por otra caja de cinco y una botellita de whisky. Hasta ahí también recuerda Pascual. Los dos recordamos que después del baile, cuando estábamos hablando de lo bonito que era beber, sin rogarle ni nada, así, de bacán, nos dio la fórmula, que no apuntamos porque eran dos o tres ingredientes básicos. ¡Qué alegría tan tesa!

Eran las nueve de la noche de yo no sé qué día cuando desperté en mi cama con un dolor de cabeza violento. Mátenme, fue lo primero que pensé cuando abrí los ojos. Y lo segundo que pensé fue ¿cómo llegamos?, pues hasta que recuerdo nunca nos habíamos ido de la casa del Rey. Pascual, como yo, a mi lado en su colchón, estaba vestido. Lo desperté con el pie. Pascual también se estaba

muriendo y tampoco recordaba cómo habíamos llegado al cuchitril de nosotros ni a qué horas, si en taxi o gatiando o arrastrándonos, ni la cara del Rey ni de sus dos amiguitos, ni cómo habíamos salido de ese lugar tan peligroso.

—¡Qué borrada de casete tan hijueputa! —dijo Pascual mientras buscaba desesperado una botella de La Bastilla.

—Pascual, la fórmula, marica, ¿cómo es que era?

—¿La fórmula?! ¿La fórmula?! Agua... Agua... Ah, güevón, ¿cómo es que era?

Un día entero estuvimos sin pegar ojo, aguantando ese dolor de cabeza tan bravo, bregando a recordar la fórmula. En ese bregar nos llegaban imágenes difusas de los besitos del Rey en la boca, de los dos bailando sin música imaginando la canción que no sonaba. Hasta ahí.

De pronto Pascual se enloqueció y lanzó una botella de La Bastilla contra la pared.

—Jueputa... ¡Me arde el culo!

—Tranquilo, Pascual, hermano, que esas no son penas —le dije tratando de ignorar el ardor en el mío, mientras me tomaba un trago laaaaaaarrrrrrrgooooo de la botella, que luego le pasé a él para que bogara—. Cogela suave, Pascual, que además de todo, para mal y para bien, La Bastilla también sirve para olvidar.



TRAS SU
DESTILACIÓN

Y MADURACIÓN

A CARGO DE EDITORES

Y CORRECTORES SOBRIOS,
Y MIENTRAS AUTOR Y
PERSONAJES EMPINABAN
EL CODO, ESTE EJEMPLAR

SE TERMINÓ DE ENVASAR EN LOS TALLERES

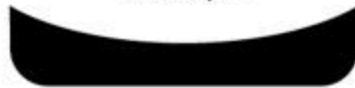
DE PENGUIN RANDOM HOUSE

(BOGOTÁ, MAYO DE 2026).

PARA SU COMPOSICIÓN SE
UTILIZARON CARACTERES BEMBO STD.

CONTENIDO APTO PARA LECTORES

SEDIENTOS. ¡SALUD!





«En estos cuentos los personajes solo conocen la grandeza y la dicha hacia dentro, en sus fantasías alcoholizadas, porque cuando el guayabo los regresa de un guarapazo al duro suelo de la realidad lo único que les queda es esa miseria ansiosa que solo se cura fugazmente con otro trago. Casi todo lo que se cuenta aquí es disparatado y horrible y, sin embargo, uno no puede dejar de reírse. A comienzos de 2026, mientras bebíamos en el parque de Jericó, una señora nos contó un cuento que había leído en un periódico de Medellín. No voy a contar el cuento, porque aquí lo pueden leer. Solo quiero contar que la dicha que le subía a la señora hasta salirse por los ojos y la boca no se debía únicamente a las varias cervezas que ya se había tomado, aunque también. La carcajada ffinal con la que inundó el parque venía impulsada por el recuerdo del cuento que había leído y cuya alegría quería compartir con nosotros en medio de la rasca. Luego leí el cuento y me reí con ganas. Luego leí todos los cuentos de Bebestiario, uno tras otro, como tomando trago, y en cada uno solté alguna carcajada y sonreí varias veces. Así que si alguien me pregunta por qué leer este libro, yo me tomo otro trago y le respondo con una pregunta de Platón: ¿pero quién se pregunta para qué sirve la alegría?».

Pablo R. Arango





DAVID BETANCOURT

David Betancourt (Cosecha 1982). Destilado en Medellín, con un alto contenido de sarcasmo y desparpajo. Doctor en Literatura Hispanoamericana por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, título que obtuvo tras años de añejamiento académico en barriles de tequila, mezcal y teoría literaria. Autor de ocho libros de cuentos de prosa nerviosa y borracha. En 2025 descorchó su novela *Los hijuetantas*, Premio Latinoamericano Sergio Galindo y primera entrega de su «TriEGOlogía (involuntaria) de un narciso». Premio Hispanoamericano Asociación Civil Internacional de Escritura Creativa (2012), Premio Nacional de Cuento Universidad Industrial de Santander (2014), Premio Nacional Jorge Gaitán Durán (2015), Premio Nacional de Cuento La Cueva (2016), Premio Iberoamericano Ventosa-Arrufat y Fundación Elena Poniatowska Amor (2024), entre otros. Bajo el sello Random House ha puesto a circular sustancias de alta peligrosidad, como *La conjura de los vicios* (2020), *El fracasador*

(2025) —segundo trago de su «TriEGOlogía »— y este *Bebestiarío* (2026).

Fotografía del autor: © Alan David / archivo personal



Este libro fue escrito bajo la influencia de La Bastilla.

Título: Bebestiario

Primera edición en Random House: julio de 2026

© 2016, David Betancourt

© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.

Carrera 7 # 75-51, piso 7, Bogotá D.C., Colombia

PBX (57-601) 7430700

penguinlibros.com

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial /Juan Camilo Ortiz

Ilustración de cubierta: © francescoch, Getty Images

Botella: © aizerx02, Magnific

Página 184: Botella: © Olga_spb, Magnific

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna

manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de datos.

ISBN: 978-628-7811-55-3

Conversión a formato digital: [Numerikes](#)

Índice

Bebestiario
Dedicatoria
Epígrafes
Beber para contarla
La rebelión de las rascas
Bebestiario
El emborrachamiento engañoso
El mundo ha bebido equivocado
Nos volveremos a beber
Anís era una fiesta
El don de la beba
Confusiones de una rasca rara
El prendido desprendido
La toma de La Bastilla
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos

Table of Contents

Bebestiarlo
Dedicatoria
Epígrafes
Beber para contarla
La rebelión de las rascas
Bebestiarlo
El emborrachamiento engañoso
El mundo ha bebido equivocado
Nos volveremos a beber
Anís era una fiesta
El don de la beba
Confusiones de una rasca rara
El prendido desprendido
La toma de La Bastilla
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos